

N**CHES**
DE
LUNA
ESCARLATA

Primera edición: Mayo 2023

Queda prohibida, sin la autorización escritura de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia. La autora reconoce la condición de las marcas registradas que hayan sido o pudieran ser nombradas en la obra. El uso de dichas marcas no significa una esponsorización de la obra por parte de sus propietarios.

Copyright © 2023 Sara Alonso Barber

Todos los derechos reservados

ISBN: 9798387762420

Composición de la portada: Khaled Loubani Torcuato

Maquetación y corrección: Lorena Grande

Imágenes interiores libres de *copyright*

NOCHES DE LUNA ESCARLATA

Sara Alonso Barber

CAPÍTULO I

—Una magnífica interpretación. —Se oyó entre la multitud—. Nadie es capaz de ejecutar El concierto para violín en Re Mayor con tal virtuosismo.

Acostumbrado a recibir elogios después de acabar cada concierto, apenas hizo caso de aquellas palabras de alabanza y salió por la parte trasera del Musikverein, inaugurado en 1870.

Paseó por calles menos transitadas para evitar a la multitud que se agolpaba en la puerta principal. La soledad de esas callejuelas estrechas le agradaban, y continuó con pasos lentos, sumido en sus propios pensamientos.

A sus veintitrés años era uno de los violinistas con mayor reputación mundial. Una fama que le costó esfuerzo y muchas

horas de ensayo. Noches en las que apenas descansaba y veía asomar el sol por la ventana. Poseía un Stradivarius, un regalo de sus padres que él consideraba una parte de sí mismo.

Se detuvo delante de una puerta de color rojo algo descolorida por el tiempo y llamó tres veces: Un golpe largo, tres cortos y otra vez largo.

—Bienvenido, te estábamos esperando —saludó un hombre con barba gris.

Tomó asiento al lado de una joven de piel blanca y ojos rasgados, tenía el cabello negro y liso cortado a media melena.

Algo más alejado, vio a un hombre de escaso cabello y enjuto que permanecía de pie.

Una bombilla colgada de un cable iluminaba la habitación, suficiente para poder verse unos a otros. Las paredes grises oscuro le daban un toque misterioso y lúgubre a aquel sitio.

Una mujer de mediana edad rompió el silencio que se había formado. Era Almudena Rialto, afamada por su capacidad de interpretación. Se decía que llegaba a las notas más agudas, y según las leyendas firmó un pacto con el mismo diablo para llegar a ser la mejor.

Todos sacaron de sus pertenencias la nota que les citaba en ese lugar sin ninguna explicación: Tan solo una fecha y la dirección donde debían acudir.

—Hemos sido citados por algún motivo y en mi humilde opinión sería conveniente conocernos primero —dijo Almudena.

Tras un breve silencio y miradas de desconfianza la primera en hablar fue la más joven de allí.

—Mi nombre es Rin Tanaka y he nacido en Tokio. Soy pianista y a pesar de mi corta edad, he tocado en los palacios de música más importantes.

—Yo me llamo Mihail Smirnov, soy barítono de procedencia rusa y al igual que Rin, he actuado en los teatros más influyentes.

—Soy Almudena Rialto Ibáñez, soprano. He nacido en España y he cantado en los mejores teatros.

—Mi nombre es Angelo Paganini y soy violinista, de Italia.

—Bien, ahora que todos sabemos nuestros nombres y nuestras procedencias, voy a presentarme: Me llamo Otto Hunk y yo mismo he sido quien os ha escrito citándoos aquí en nombre de la señora Theresa, para custodiar un bien muypreciado que ha sido guardado durante siglos e incluso se ha dado la vida por ello.

Mientras hablaba se fijó en el violín de Angelo, una magnífica pieza artesana.

—¿Me permites? —Sus huesudos dedos alzaron la funda que protegía el instrumento.

Con sumo cuidado lo sacó y observó la perfecta anatomía del instrumento. Acarició con manos temblorosas la madera del violín y con ojos chispeantes se dirigió al dueño de aquella maravilla.

—El mismo con el que Giuseppe Tartini interpretaba sus obras. Un instrumento magnífico, a pesar de la desgracia que se cierne sobre él.

Le devolvió el violín y respiró un par de veces, mientras sentía en su cuerpo un escalofrío que le hizo estremecerse.

Después acompañó a los invitados a una sala más amplia, en ella se podía ver una araña de cristal de bohemia colgada del techo, en el centro de la estancia, había una mesa ovalada de madera de cedro con patas amplias que representaban a ángeles tocando el arpa.

—Adelante, tomad asiento.

Mihail, Rin, Almudena y Angelo se acomodaron en las sillas de terciopelo rojo situadas alrededor de la mesa.

—Este es el motivo por el que estáis aquí. Debéis guardar la partitura con vuestra vida si es necesario. Sería terrible que cayera en manos inapropiadas. —El anfitrión

sacó una hoja amarillenta del bolsillo de su chaqueta descolorida.

Ante la curiosidad y el misterio tan grande formado en aquella sala, Mihail preguntó por qué tanto interés en ser ellos los encargados de proteger la partitura.

—Es una pieza única compuesta por el médico de Isabel de Baviera. Él también era compositor, aunque nunca ejerció como tal y advirtió que la humanidad peligraría si alguien interpretase la pieza entera —. Mientras hablaba sentía vibrar su cuerpo huesudo, fruto de la emoción y el miedo. Su apreciada Theresa le indicó instrucciones muy precisas.

A medida que el tiempo avanzaba, los invitados acusaban el cansancio producido por el largo viaje desde sus respectivos países hasta la capital austríaca y las pocas horas de sueño.

—¿Has terminado de contar esa fantástica historia? —La voz de Angelo rompió el silencio creado en aquel salón—. No pienso perder el tiempo en leyendas inútiles.

El violinista se levantó y cerró la puerta de golpe, y al poco tiempo los demás músicos hicieron lo mismo.

Se alejó del callejón y se entremezcló con la gente que paseaba por la avenida más conocida de Viena. Aquella reunión le parecía una pérdida de tiempo.

—Angelo. —Oyó como alguien le llamaba.

Se detuvo en seco, y al ver que eran las mismas personas de

antes continuó su camino.

—Espera, por favor —insistió la pianista.

—No tengo tiempo para gilipolleces. No he dormido casi nada y quiero descansar antes de regresar a mi casa.

—Todos estamos agotados. Hay algo de lo que me he percatado durante la reunión.

—Está bien —resopló ante la insistencia de la chica—. ¿Qué es eso tan importante que tienes que decir?

Antes de que la joven pianista comenzara a hablar, Almudena la interrumpió.

—Nuestros antepasados recibieron esa misma nota, esto no es ninguna casualidad.

Los tres se sorprendieron con las palabras de la soprano.

—Sois demasiado jóvenes para recordar nada —dijo Mihail—. Mi padre guardaba una partitura, la misma que se nos ha enseñado hace un momento. Cierta día, en mi afán de ejecutar una nueva pieza, fui a su despacho y ensayé durante horas. Aunque eso no es todo, al sacar la hoja del cajón cayó al suelo una nota idéntica a la que tengo ahora en mis manos.

Almudena Rialto escuchaba con atención la historia

de su compañero, mientras que Rin y Angelo se mantenían algo más alejados.

—Por desgracia, no pude preguntar nada acerca de esa nota —continuó con un leve tono de tristeza— mi querido padre se suicidó.

—El día de su primera actuación en el Teatro Real, encontraron el cuerpo sin vida de mi hermana cerca de la plaza de Oriente. Unos desalmados abusaron de ella y después la estrangularon —Almudena se acercó al barítono—. Fue después de encontrar esa partitura.

La noche iba cayendo en aquella magnífica ciudad y poco a poco el frío cobraba protagonismo. El cielo estaba sumido en tinieblas y tan solo el tenue brillo de las farolas iluminaba la calle.

—Será mejor ir a algún sitio donde tomar algo caliente. — Rin se frotó las manos para entrar en calor.

Todos parecían estar de acuerdo en cobijarse del frío cruel y la oscuridad de la noche.

—¿Por qué tendría que seguiros o creer todas esas historias? No os conozco a nadie, tan solo tenemos en común la misma profesión. —Angelo los miraba con desconfianza.

Almudena se disponía a hablar cuando Mihail la detuvo, estaba en todo su derecho de no creer nada de todo aquello.

Mientras los tres caminaban hacia una cafetería situada en

una calle bastante larga y apartada del turismo, el violinista fue en dirección contraria hasta su hotel.

El frío era cada vez más intenso, obligándole a apresurar sus pasos y el viento helado le cortaba la piel del rostro. Al fin llegó y saludó a la recepcionista que permanecía allí con cara de pocos amigos.

Reservó en ese discreto lugar lejos del bullicio del centro y de cualquier periodista entrometido o peor aún, fotógrafos esperando a la puerta en busca de un primer plano suyo.

Al entrar en la habitación cerró con llave de inmediato y al encender la luz, vio algo que hizo que el cuerpo se le paralizase. El corazón parecía querer salir del pecho y se desplomó en una butaca.

Cuando recuperó el aliento fue a avisar a la recepcionista. La mujer, acostumbrada a que la molestaran por cualquier capricho, se levantó de la silla y arrastró los pies con total parsimonia.

«Otro cretino con sus tonterías, la fama y el dinero les vuelve insoportables».

Sacó el manojó de llaves de su uniforme, esperaba encontrar cualquier necesidad. Cuando abrió su enorme boca para hablar, enmudeció al ver al hombre desnudo en la

cama, con una herida profunda en el abdomen y las entrañas fuera de su cuerpo junto a una inscripción escrita con sangre en la pared cerca del muerto: SACRIFICIO.

CAPÍTULO 2

Mihail, Almudena y Rin se acomodaron en una mesa situada en el fondo del local. Varias personas se encontraban en ese lugar tan cálido y acogedor. La mayoría estaban sumergidos en la lectura del periódico depositado en cada mesa mientras saboreaban un aromático café.

—Por favor, un trozo de tarta de cereza —pidió Rin al chico que les atendía.

Mientras se relajaban delante de sus bebidas, no podían evitar pensar en todo lo acontecido: Las misteriosas notas, la leyenda que se cernía sobre la partitura y aquel tipo enigmático que les citó a todos.

—Tanto a Almudena como a mí, nos es familiar la nota

que hemos recibido. Eres muy joven y quizás nunca hayas visto esta partitura.

La chica los miró con atención y durante una milésima de segundo dudó de si debía confiar en ellos. A decir verdad, no los conocía de nada y no tenía pensado entablar amistad con nadie.

—Sé lo que piensas —intervino Almudena—. Todo esto es muy extraño, se nos ha elegido por alguna razón y has escuchado que tanto Mihail como yo, estuvimos en contacto con esa partitura.

—Cuando cumplí ocho años, estaba jugando con mi primo Jiro. Mis padres no estaban y buscamos en casa algo que nos pareciera interesante. —Su voz sonó con un leve tono de nostalgia—. Vi la misma partitura de hoy encima del escritorio de mi madre. Al poco tiempo, enfermó y murió. Ella también era pianista.

La noche tomaba protagonismo el astro rey dejaba paso a su majestad la luna seguida por un séquito de estrellas.

Los tres músicos estaban a punto de marcharse de la cafetería, cuando oyeron las noticias de última hora:

—«Ha aparecido un cadáver en la habitación donde se alojaba el famoso violinista, Angelo Paganini. Las

autoridades han detenido al músico como el principal sospechoso».

Tras escuchar la noticia la preocupación acudió a todos ellos. Reconocieron de inmediato a la víctima, era el mismo hombre que les citó en aquella casa.

—Todo esto es muy extraño —dijo Mihail.

—Angelo es conocido por su carácter temperamental, aunque dudo que haya sido capaz de algo así.

—¿Y si esta vez no ha podido controlarse? —dijo Rin—. Quizás sabía quién era ese hombre. Consiguió que fuera hasta el hotel donde se alojaba y lo asesinó. Quizás se trate de alguna venganza. Nosotros mismo hemos experimentado el dolor y la tristeza en nuestras familias, no conocemos su pasado y visteis como se negó a hablar de ello.

Pasearon un buen rato por Ringstrasse, la avenida más importante de la ciudad. Durante la caminata se cruzaron con toda clase de personas. Era la última noche que pasarían en Austria, a la mañana siguiente regresarían a sus respectivos hogares.

Mihail volvería a Pittsburgh donde vivía con su esposa, Almudena regresaría a Madrid con sus dos nietas, dos niñas que lo eran todo para ella. Rin ansiaba poder abrazar a su familia. Su padre se casó con una abogada, Keiko era una mujer buena y comprensiva, y a pesar de la joven pianista sentir el vacío que dejó

su madre, notaba un gran apoyo en ella.



A la mañana siguiente tras haber dormido y recuperado fuerzas, abandonaron las habitaciones y acudieron a desayunar al buffet del hotel.

Por una extraña e inexplicable razón, sentían que sus vidas iban a condenarse. Eran los elegidos para proteger aquella canción maldita y el primero había sido Angelo.

Tras degustar un magnífico desayuno, dieron su último paseo antes de abandonar Viena, donde acudían cada año con la orquesta sinfónica. Horas después cada uno puso rumbo a su destino.



Solo el violinista permanecía retenido en una comisaría. Le interrogaron varias veces un par de policías desagradables.

—¡Vas a podrirte en el infierno! —Repetían una y otra vez entre risotadas.

—Soy inocente, os las vais a ver con mis abogados.

Esto les daba más fuerza para descargar toda su rabia contra el músico mediante golpes e insultos. Sentía que las fuerzas le abandonaban, llevaba casi dos días enteros soportando aquello. Una y otra vez resonaban las mismas preguntas en su cabeza.

Intentó dormir en el catre minúsculo del calabozo, tenía el cuerpo dolorido y a cada movimiento era como si se le clavaran miles de alfileres. Sin embargo, lo peor eran las alucinaciones, cada vez que cerraba los ojos se le aparecía el muerto retorciendo la boca mientras pronunciaba aquella misteriosa palabra escrita con su propia sangre.

«No podrán derrotarme, este no será mi fin. Tan solo debo esperar»

Esperar era un verbo que no iba con él, acostumbrado a conseguirlo todo al instante.

Estaba sentado sin alzar la vista del suelo cuando de pronto un destello acudió a sus ojos y se dijo a sí mismo, que nada ni nadie haría sucumbir a Angelo Paganini. Sintió emerger una energía que nunca había experimentado y de manera casi autómatas, como si el instrumento le llamase, lo cogió y se puso a tocar, la magia de la música le envolvió por completo. Aquella melodía le poseyó con

las corcheas y semicorcheas que iban y venían a un ritmo vertiginoso.

El instrumento le embrujó tal y como lo hizo la primera vez que lo tuvo en sus manos. Había alcanzado la perfección. Él y su violín eran uno solo.

De repente la voz del vigilante hizo que el músico saliera de su trance.

—Para de tocar de una maldita vez. Me va a estallar la cabeza —. Y dicho esto cogió una píldora y la tomó con un trago de agua.

Eran demasiadas emociones en muy pocos días y tenía un mal presentimiento. Su destino estaba trastocado por culpa de una fatal coincidencia.

¿Qué hacía ese hombre en la habitación que había alquilado? ¿Le esperaba por algún motivo?

De pronto recordó cómo había observado su violín, con una emoción más que visible, y durante un breve momento vio como la locura se apoderaba de aquel pobre desgraciado.

Después de muchas horas de viaje, al fin llegaron a sus hogares. Mihail aterrizó en EEUU, allí le esperaba su

mujer, una profesora de ballet clásico. Ambos se conocieron gracias a una fiesta organizada por unos amigos.

Al poco tiempo, la soprano Almudena Rialto aterrizó en el aeropuerto de Barajas, ansiaba llegar a casa junto a sus nietas.

—Abuela, te echábamos de menos.

—Mis pequeñas, yo también os he echado de menos —sonrió.

Vivían con ella la mayor parte del año y cuando tenía alguna gira, Paula, la persona con la que más confiaba en el mundo, se encargaba de ellas.

Los padres de Natalia y Esther eran arqueólogos y apenas pasaban tiempo en casa, ya que el trabajo les obligaba a viajar por todo el mundo.

Al fin llegó a su querido y amado país. El sol empezaba a asomarse con timidez, los primeros rayos acariciaron el rostro de Rin, en unas pocas horas estaría en su hogar.

El avión comenzó a descender poco a poco, el piloto anunció la llegada a su destino:

—La compañía desea que hayan tenido un agradable viaje.

En el aeropuerto le esperaba con impaciencia Sayuri, que al ver a la pianista frente ella esbozó una sonrisa iluminando su rostro.

—He visto el concierto, has estado magnífica Rin —dijo

emocionada.

La miró complacida y hablaron mientras paseaban cogidas de la mano.

Entraron en una cafetería muy de moda en la ciudad, y aunque Rin prefería los lugares solitarios, aceptó solo para ver brillar de felicidad la cara de Sayuri. Ella le ayudó en sus momentos más difíciles, y tuvo fe en que conseguiría entrar en la orquesta más importante a nivel mundial. En el local resaltaban las paredes de color rosa chicle y las mesas plastificadas del mismo tono. Varios felinos merodeaban alrededor de los clientes.

—Ha ocurrido algo muy extraño —dijo Rin mientras sostenía una taza de té humeante en sus manos— cuando finalizó mi actuación, fui a por mis cosas y encontré una nota citándome en una dirección, volví a guardarla sin hacer mucho caso ya que pensaba ir directa hasta el hotel donde me alojaba. Sin embargo, la curiosidad fue más fuerte y acudí a ese lugar.

Sayuri le dedicó una mirada de recelo y se disponía a reprocharle su imprudencia.

—Sí, no me mires así. Soy consciente de que podría haber estado en peligro. El caso es que una vez allí, llamé y al entrar reconocí a varios compañeros de profesión

reconocidos en todo el mundo. —La pianista continuó su relato mientras la otra chica devoraba unas galletitas de arroz—. Después entró un hombre muy extraño que nos invitó a pasar a una sala más cómoda, y tras asegurarse de que todos tomábamos asiento, dejó encima de la mesa una partitura. Según sus palabras, nuestro deber era impedir que nunca sea interpretada u ocurriría una desgracia.

—Rin, ¿te has creído esa fábula?

Un gato agrisado y ojos verdes saltó a la mesa de las chicas, maulló varias veces y se acomodó en el regazo de Sayuri exigiendo de una forma muy elegante sus caricias. La chica le acarició la cabeza mientras pensaba en el relato de la joven pianista.

—¿Recuerdas cuando mi madre murió? —dijo Rin—. Hay algo que nunca te conté.

Le habló del papel que encontraron su primo y ella en el despacho de su madre e incluso la misma partitura que hace poco volvió a ver en aquella misteriosa casa.

—Al poco tiempo murió de una enfermedad extraña. Creo que todo guarda una cierta relación, Sayuri.

—Fue un duro golpe para ti, aunque no creo que una canción y una nota tuvieran que ver con la enfermedad de tu mamá.

—Sé qué te parece una locura y yo misma admito que me cuesta creerme todo esto. Escuché a cada una de las personas

citadas, y me hizo pensar mucho. Todos perdieron a sus seres más queridos tras encontrar la misma nota.

CAPÍTULO 3

La policía entró en la habitación donde encontraron el cadáver. Amal ingresó en el cuerpo de policía tras un examen exhaustivo, de eso hacía ya unos cuantos años, no tardó en ganarse el respeto de sus compañeras y compañeros.

Los rizos azabaches le caían por la espalda en contraste de sus ojos almendrados color miel, tenía la nariz fina y recta. Era una mujer con una gran agilidad, quizás sus 1.55 m de estatura fueran de gran ayuda y todo el mundo se sorprendía cuando se enteraban de su edad.

—Menuda carnicería, joder —dijo asqueado su compañero al ver las entrañas desparramadas encima de la cama.

Amal Najem observó el cuerpo tumbado boca arriba e inmovilizado por una cuerda de nylon blanca. Todo indicaba que

murió desangrado.

—Mira esto. —Oliver señaló la inscripción de la pared. —Le obligaron a escribirlo mientras agonizaba. Tiene los dedos manchados de sangre.

—¿Quién pudo hacer algo así? Al parecer se ensañaron con la víctima. —La agente se acercó al vientre abierto del muerto.

Oliver le explicó que quién se alojaba en la habitación era un músico famoso.

—Es un violinista, Angelo Paganini. Un auténtico capullo.

La estancia permanecía en el mismo estado en que la encontró la recepcionista. El policía que lo arrestó era un hombre joven algo embobado, nadie se explicaba cómo había ingresado en el cuerpo, aunque las malas lenguas hablaban de que lo consiguió porque su padre era un importante ministro y podía mover muchas fichas.

—Deberíamos investigar donde estuvo las últimas horas y quien lo vio por última vez. Lo único que tenemos es que tocó en el Musikverein —dijo Oliver.

Amal buscaba alguna pista algo que les diera un poco de luz. Se fijó en un abrigo azul colgado en un perchero de madera, hurgó en sus bolsillos y encontró una

nota con una dirección.

Oliver Moritz había entrado en el cuerpo casi al mismo tiempo que la agente Najem, con una excelente puntuación todas las pruebas. Nacido en Madagascar, tenía los ojos grandes marrón oscuro, era alto y delgado y llevaba el cabello muy corto. Llegó a Viena cuando tenía cuatro años en busca de una vida mejor. Varios años después, su madre se casó con un hombre al que quiso como a un padre.

—Puede que ese maldito violinista tenga algún cómplice.

Amal miró a su compañero mientras depositaba el papel que había encontrado en una funda para no contaminar la prueba.

—Oliver, no comprendo tu odio hacia ese Angelo. Aunque no es algo que me importe. Rastreamos esta dirección e iremos hacia allí.

Mientras salían de la habitación llegó el forense Klaus Grimmer, un hombre de pelo ralo, alto y de espaldas anchas.

—Voy a llevarme a este pobre fiambre y ver que nos tiene que contar.

—Todo tuyo, la agente Najem irá a la dirección que aparece en ese papel y yo voy a mantener una conversación con cierto violinista.



En la morgue donde trabajaba desde que salió de la facultad de medicina, siempre hacía frío entre esas paredes blancas y un foco grande iluminaba la sala. Allí se podía respirar cierto aroma a misterio, tristeza y sufrimiento.

Eran más de las seis de la tarde, debería estar ya en su casa disfrutando de una buena película envuelto en su manta polar.

Klaus, «a quien nadie le esperaba» tras su divorcio, se pasaba las noches en el depósito de cadáveres.

Se dispuso a investigar el último fiambre, un hombre alrededor de sesenta años, de baja estatura y flaco. Presentaba un corte abdominal profundo, al individuo le habían arrancado las tripas una vez muerto. El corte tan solo dañó la piel y el músculo, las vísceras de la víctima estaban intactas, quién lo hubiese hecho tenía un gran manejo con el bisturí.

Miró la ficha del cadáver que tenía encima de la mesa de autopsias, en ella solo figuraba su nombre. El

forense dedujo la edad del muerto gracias a una radiografía dental, el hombre se acercaba a los sesenta años.

Salió al patio interior y sintió el aire fresco en su rostro despejándole de un leve dolor de cabeza.

«Llevo demasiadas horas sin dormir» —pensó con las manos metidas en el abrigo.



La agente marcó la dirección en el GPS y tras conducir casi treinta minutos, estacionó el Toyota de color azul en una calle cercana. Bajó del coche y su móvil la guio hasta una callejuela estrecha que olía a orines. En los edificios bastante viejos y descuidados, había ropa tendida en casi todas las ventanas. Se adentró mirando a cada lado alerta a cualquier movimiento. De vez en cuando, oía algún gato maullar y vio a un vagabundo buscando algo que llevarse a la boca, Amal se acercó a él y le dio unas monedas.

Tras caminar unos minutos se paró delante de una puerta de color rojo y llamó al timbre, esperó unos segundos hasta que la propietaria de la casa abrió.

—Soy la agente Amal Najem.—Puso su placa reglamentaria a la altura de la mirilla—. Me gustaría hacerle unas preguntas, Grettel.

Frente a la policía se presentó una mujer alta, de porte elegante, llevaba el pelo rubio semirrecogido con algunos mechones que le caían sobre el rostro, sus ojos eran azules y tenía una mirada fría e impenetrable.

—Adelante —dijo con voz suave y melodiosa.

Entró y siguió a la dueña de la casa hasta llegar a un salón pequeño y acogedor, donde había dos sillones de color verde y una mesa de principios del S.XIX marrón oscuro.

—Póngase cómoda, por favor. —Le ofreció una taza de té rojo—. ¿Le gusta con un poco de leche?

—Sí, gracias —respondió—. Iré al grano, su dirección aparecía en un papel que encontramos entre las pertenencias de Angelo Paganini.

La mujer escrutaba a Amal con sus enormes ojos azules, mientras daba pequeños sorbos a su taza de porcelana.

—Se ha encontrado el cuerpo de un hombre en la habitación donde se alojaba el músico. Sabemos que estuvo aquí unas horas antes.

—No tengo por qué dar explicaciones de quién entra o sale de mi casa.

—Grettel, me importa un carajo con quien te cites. Sin embargo, ha aparecido un cadáver en su misma habitación —dijo con furia contenida.

—Me lo ha dicho nada más entrar por la puerta, agente... Por cierto, ¿cómo habías dicho que te llamabas?

—Agente Amal Najem.

—Oh, es cierto, disculpa, tengo muy mala memoria. ¿De dónde procede tu nombre?

—Responde a mis preguntas o me veré obligada a arrestarte por rebeldía y encubrimiento. ¿Por qué le asesinasteis?

La pregunta sorprendió tanto a Grettel que la taza se le escurrió de las manos y se estrelló, rompiéndose en mil pedazos.

—Yo no he matado a nadie. Me estás acusando sin pruebas.

—Te citaste con Angelo, el principal sospechoso. Fue algo premeditado, un plan diabólico para poner fin a la vida de ese pobre desdichado.

Se levantó de un salto con una mueca de rabia y odio hacia la policía ¿Quién era para hablarle así? Nadie se atrevió jamás a faltarle el respeto. Apoyó los brazos en el sillón donde estaba Amal mientras fijaba su mirada centelleante de ira con la de la agente.

—Otto ha trabajado en esta familia desde que tengo uso de razón. Era un hombre muy reservado que nunca hablaba de su vida privada y ahora, ¡fuera de aquí! O te las verás con mis abogados y tu carrera como policía se irá a la mierda. —Su voz tenía un tono despectivo.

Con un movimiento rápido, se situó detrás de Grettel y le dobló el brazo derecho en la espalda causándole un gran dolor.

Cayó al suelo de rodillas, mientras dos gruesas lágrimas de rabia surcaban su cara.

—No juegues conmigo, Grettel, recuerda que represento a la autoridad y ahora mismo podría arrestarte. —Le soltó el brazo y cayó de bruces contra el suelo.

Se levantó poco a poco, todo su cuerpo temblaba. Esa estúpida pagaría por haberla humillado de esa manera. Tenía el suficiente poder para acabar con ella, ya se encargaría de mover hilos en las altas esferas. Su padre era el mismo canciller de Austria.

Amal salió de allí enfurecida y mientras iba hacia su vehículo, vio la figura de una mujer oculta tras unas cortinas.

En un principio creyó que se trataba de Grettel, aunque más tarde cayó en la cuenta de que esa ventana

pertenecía a uno de los apartamentos alquilados a prostitutas y traficantes.

CAPÍTULO 4

Se aproximó al edificio de donde entraba y salía gente sin parar. La mayoría eran hombres trajeados que probablemente tenían a su familia esperándoles en casa. Una prostituta se acercó a un hombre y restregó contra él su cuerpo esbelto apenas tapado con un top y una minifalda. Él la agarró del pelo, mientras se desabrochaba la bragueta del pantalón y sacaba su miembro endurecido, empujó a la chica contra la pared, le arrancó de un tirón falda y le estrujó las nalgas con lujuria.

La agente miró durante una fracción de segundo aquella imagen. El desconocido se giró con el rostro enrojecido y sudado a causa de la excitación.

—¡Vete de aquí! ¿Quieres que también te dé lo

tuyo?

Amal se acercó y le puso el arma reglamentaria en la sien.

—Vamos, cálmate. Es solo una puta.

—Desaparece ahora mismo, si no quieres que tu enorme cabeza esté esparcida en mil trocitos.

Huyó con su traje gris y zapatos de cocodrilo mientras notaba un líquido caliente caerle por la entrepierna. La agente Najem observó cómo se alejaba aquel sujeto con sus pies planos y el vientre fofo balanceándose de un lado a otro.

—¿Estás bien? —le preguntó a la joven—. Vete a casa, deberías estar en el instituto.

—Gracias —contestó en voz baja antes de desaparecer calle abajo.

La agente volvió a mirar hacia la ventana donde había visto a esa mujer. Allí permanecía de pie, fija como una estatua.

Se adelantó al edificio medio abandonado y sucio. El suelo estaba lleno de preservativos usados, jeringuillas y papelines. El hedor a vómito era cada vez más fuerte conforme iba avanzando. En el rellano, una chica con el brazo lleno de marcas de haberse inyectado alguna sustancia le realizaba una felación a un tipo a cambio de su dosis.

La mayoría de las puertas abiertas mostraban toda clase de actividades obscenas, tan solo una permanecía cerrada ajena a lo

que ocurría. La policía abrió la cerradura con su llave maestra.

El apartamento que estaba dos plantas arriba del burdel ilegal tenía las paredes empapeladas de color amarillo claro, con algunos trozos despegados debido al paso del tiempo. Se adentró con sigilo al salón compuesto de una mesa pequeña redonda de cristal, varias sillas a su alrededor y una mecedora. Junto a la ventana había un sofá tapizado con una tela azul marino. La mujer que vio desde la calle permanecía impassible, iba vestida con un traje de chaqueta y falda, muy al estilo de los años cuarenta, llevaba el pelo rubio recogido en un moño bajo con algunos mechones blancos sobre su rostro.

—Otto ¿Eres tú? Espero que hayas conseguido guardar aquello que te confié. Sería muy peligroso si cayese en malas manos. —Se dio la vuelta posando sus ojos blancos y el iris descolorido con los de la agente.

—¿Quién eres? ¿Qué haces en mi casa? —dijo la mujer, asustada—. Dile a Grettel que venga, es peligroso estar en la calle. Pueden bombardear en cualquier momento ¡Ojalá acabe pronto esta guerra!

La policía examinó con atención a la anciana. Sus movimientos eran delicados y elegantes y al sonreír, se

percibía cierta tranquilidad en su rostro.

—Me llamo Amal Najem y llevo a cabo la investigación de un asesinato. Hace un momento usted ha pronunciado el nombre de Grettel ¿Qué relación tiene con ella?

El silencio se interpuso entre las dos. La dueña de ese piso antiguo sonrió algo apenada.

—¿Asesinato? —Al pronunciar dicha palabra su boca se contrajo en una mueca.

—Si fuera tan amable de decirme su nombre.

—Me llamo Theresa Kleim y cómo te habrás dado cuenta, los recuerdos acuden a mí a su antojo. Los médicos me han diagnosticado principios de Alzheimer, aunque yo pienso que solo me hago vieja. Grettel era mi hija, murió hace años.

—Lo siento mucho, señora Kleim, no era mi intención hacerle recordar algo tan doloroso.

—No te preocupes, el tiempo es un bálsamo para esa clase de heridas.

La agente sintió pena por aquella desconocida, tan sola y en ese sitio inhóspito.

—Señora, este lugar no es muy adecuado para usted. Está lleno de la peor gente.

—Este es el único sitio donde me siento segura. Ahora váyase se lo ruego, y si es tan amable, dígame el nombre del

fallecido.

—Se llamaba Otto Hunk, trabajaba en una mansión muy cerca de esta misma calle.

De pronto Theresa profirió unos alaridos desgarradores, parecía que el alma se le hubiera partido en dos. Se clavó las uñas en las mejillas, varios hilos de sangre recorrían su cuello arrugado, presa del pánico comenzó a caminar hacia la única ventana abierta. Amal no pudo hacer nada, solo ver como se precipitaba al vacío.

Bajó las escaleras a toda prisa saltando sobre algunas personas dormidas, vio de nuevo a la chica de antes, estaba feliz y sonriente tras haber obtenido su droga. Aún tenía la aguja clavada en el brazo, levantó la vista un instante y le dedicó una sonrisa llena de dientes podridos.

Se acercó al cuerpo retorcido de Theresa y le confió sus últimas palabras. Acto seguido murió envuelta en aquel charco de sangre.

—Nadie debe interpretar jamás esa sonata.

Le cerró los ojos y llamó a una ambulancia, el vehículo no tardó en llegar junto a un coche patrulla a toda velocidad. Mientras unos médicos tapaban con una sábana el cuerpo de la fallecida, Oliver se acercó a su compañera de profesión.

—¿Qué ha pasado aquí? —Echó una ojeada al lugar donde antes estaba el cadáver.

—Esta pobre mujer ha saltado por la ventana cuando le he dicho que han asesinado a Otto.

—¿Crees que pueden estar relacionados? —dijo el agente mientras daba un bocado a su sándwich.

—En la escena del crimen estaba escrita la palabra sacrificio, y ahora tenemos a otra víctima. Deberíamos subir e investigar su vivienda.

—No tenemos autorización y sabes que nos podría caer una muy gorda.

La policía ignoró por completo las palabras de su compañero y volvió a entrar en el edificio.

—Maldita sea, espero que no nos pillen —masculló mientras subían las escaleras.

—¿Quieres que la investigación avance? Entonces hay que llegar al fondo de todo esto. Tenemos al principal sospechoso entre rejas, y estoy segura de que él es solo un pequeño hilo de esta telaraña.

Llegaron al piso de la mujer y como era de esperar, la puerta también estaba acordonada.

—La autopsia declarará que fue un suicidio y cerrarán el caso —dijo la agente Najem.

—Aquí no hay nada. —Moritz revisó todo el piso de arriba abajo.

Estaba tan ensimismada en la investigación, que no escuchó las palabras de su compañero.

—He encontrado algo.

Se trataba de un sobre abierto, miró la fecha de la carta y comprobó que se envió meses atrás.

—No pone ningún remitente —continuó Amal—. Lo mejor será leer su contenido, y ver si nos puede aclarar algo.

La postal estaba escrita a mano con una letra muy cuidada y entendible.

Tomaron asiento en el único sofá del apartamento, Amal leyó en voz alta su contenido, tan solo se trataba de una lista de nombres muy poco conocidos para ella. Todos fueron citados en la misma fecha y la misma dirección.

«Es necesario que volvamos a reunir a aquellas personas dignas de guardar la sonata, tal y como ya lo hicieran sus antepasados. Es de vital importancia, sigue las instrucciones que te indiqué. Acude al Musikverein y deja entre sus pertenencias un papel con la dirección a la que deben ir.

—¿Te suenan esos nombres?

—Angelo Paganini es un violinista muy conocido, y el resto también son músicos.

—Investigaremos acerca de ellos —dijo la agente—. Estoy segura de que tras esto se esconde algo de mayor importancia.

Al parecer la fallecida no contaba con ningún familiar, entre sus pertenencias solo encontraron una fotografía de ella cuando era joven junto a una niña pequeña.

—Su hija murió hace años, me lo contó ella misma. Observa el parecido que tiene con Grettel Braun —. Le enseñó la imagen a Oliver.

Se sorprendió al ver el gran parecido entre esa niña y la mujer más poderosa de toda Viena.

—Tenemos al culpable, solo falta que confiese quién está detrás de todo esto.



Llegaron a una de las avenidas principales de la ciudad con edificios altos a cada lado. La nieve cubría con su manto blanco las calles y el frío tomaba protagonismo.

Amal entró en el bloque de pisos construido en los años

setenta. Alquiló su vivienda por un precio muy económico, los dueños eran un matrimonio jubilado que huyeron del frío de Austria y se afincaron en España en busca de un clima más cálido.

Tras cerrar la puerta dejó la ropa en el cesto de la lavadora. Fue hasta la enorme bañera, había sido un día muy duro y necesitaba un poco de relax. Buscó algo de música en el móvil y cerró los ojos mientras disfrutaba de un baño relajante.

El agente Moritz estacionó el vehículo en su plaza de garaje. El estudio donde vivía era minúsculo, tan solo contaba con cincuenta metros cuadrados. El salón y la cocina estaban juntos, una puerta daba al cuarto de aseo y la cama estaba situada debajo de una ventana grande que dejaba entrar toda la luz del exterior. Fue al frigorífico y abrió una cerveza sin alcohol mientras miraba una película hasta quedarse dormido.

CAPÍTULO 5

Mientras la ciudad de Viena dormía, un nuevo amanecer comenzaba al otro lado del mundo.

Mihail preparó unos panqueques para su esposa y para él, junto a una jarra de café y otra de zumo de naranja recién exprimido.

Disfrutaban del desayuno el porche de su casa, mientras el cielo se iba oscureciendo.

—¿Por qué iba alguien a querer arruinar su carrera?
—Katia echó sirope de chocolate a las tortitas.

El barítono se acomodó en su silla pensativo, Angelo estaba considerado un semidiós de la música, con su edad ya había llegado a lo más alto. Les invitaban a las mejores fiestas, dormía en los mejores hoteles y comía en

restaurantes de alto nivel.

—No lo sé Kat, esa sonata que nos enseñaron era la misma que encontré en el escritorio de mi padre. Todos habíamos sufrido pérdidas y el único que no quiso decir nada fue él. Si te soy sincero, dudo que hubiese querido complicarse la vida asesinando a un tipo que apenas conocíamos.

—No conoces como es en realidad, solo sabes que es un gran violinista. Además, nadie sabe nada de su vida privada. Quizás ese tal Otto, guardara un secreto que si salía a la luz arruinaría su reputación y fuese el detonante.

Mihail solo coincidió un par de veces con el violinista, en las que apenas habían cruzado unas pocas palabras.

No dejaba de pensar en la reunión en esa casa en Viena tras el concierto ¿Por qué a ellos? ¿Sus familiares también fueron citados? Todas esas preguntas sin respuesta se agolpaban en su cabeza.



Mihail jamás olvidaría aquella partitura que encontró a los once años, ni tampoco la mirada de su querido padre llena de

temor y angustia tras verle interpretar aquella maldita canción.

Dos días después, apuntó el arma hacia él mismo a la altura de la frente. La detonación sobresaltó a su mujer, que acudió de inmediato y encontró el cadáver de su marido en la silla, con un agujero en la sien y trocitos de pelo ensangrentados mezclados con piel y sesos esparcidos en la pared.

A los pocos meses vendió la casa y fueron a vivir a una vivienda alejados de casi todo contacto humano.

Años después Mihail terminó sus estudios, y se fue a Berlín gracias a una beca concedida por su talento. Su profesora se fijó en sus aptitudes y lo fichó para la compañía de teatro de la cual era directora, viajaban por todo el mundo e interpretaban las óperas más famosas. Aceptó encantado y al llegar al estudio donde se alojaba, escribió a su madre. La relación con ella era cada vez más escasa. Al poco tiempo le envió una postal con unas escuetas palabras felicitando a su hijo.

Fueron años de lujo y excesos, muchas mujeres, entre ellas compañeras del gremio, amanecían en su cama. Disfrutaba al máximo de las fiestas donde corrían el alcohol y la cocaína.

Por aquel entonces era un hombre atractivo y alto, heredó los ojos grises y almendrados de su madre, acompañados de una mandíbula cuadrada, tenía el pelo color dorado, ondulado y barba sombreada del mismo tono. Sin embargo, tras esa fachada, se escondía un joven triste marcado por la muerte de su progenitor, al que admiraba tanto. Las drogas y el alcohol eran una forma de acallar ese dolor.

Su madre, antes una mujer sonriente y alegre, cambió tras el suicidio de su marido y se transformó en alguien irascible. Se alejaron tanto el uno del otro, que años más tarde cuando murió ni siquiera acudió al funeral alegando que estaba muy lejos.



—Mihail, ¿me estás escuchando? —dijo su mujer.

—Disculpa, estaba distraído.

Entró en casa, conocía demasiado bien esa mirada, era la misma que había visto durante años, tras la pérdida de su pequeña.

—Estaré dentro, empieza a hacer frío, además se acerca la tormenta.

Miró al cielo que se oscureció casi por completo. Las

primeras gotas comenzaron a caer acompañadas de truenos y rayos centelleantes que iluminaban todo el prado. Se quedó en el porche deleitándose de aquel fenómeno meteorológico que tanto le fascinaba con su contraste de luz y tinieblas.

Katia le rescató en sus tiempos más difíciles, ella fue un punto de apoyo cuando estaba apartado de todos los escenarios y arruinado con cuarenta años. La primera vez que la vio, le hipnotizó su mirada sincera y aquella risa contagiosa. Por aquel entonces estaba casada con el dueño de un emporio de empresas de alimentación.

Un buen día el móvil del barítono sonó, y se llevó una grata sorpresa al reconocer su voz.

Se citaron en un restaurante de comida oriental, esa fue la primera de muchas citas, y un año después comenzaron una vida nueva en Estados Unidos.

Poco tiempo después compraron su casa, además Mihail consiguió dejar todas sus adicciones y volvió a actuar en los mejores escenarios. Katia fundó su propia escuela de ballet, en la inauguración invitó a sus allegadas y allegados que no dejaban de felicitarle por su logro.

La vida les sonreía, las compañías líricas más importantes se mataban por tenerle de principal

protagonista ofreciéndole cantidades indecentes de dinero. Al mismo tiempo la escuela de ballet estaba en auge, y Katia les mostraba a sus alumnos y alumnas la belleza de la danza.

El barítono consiguió apartar el recuerdo de la imagen de su padre fallecido, y la partitura cayó en el olvido durante años.



Ya casi no llovía y el sol comenzaba a asomarse tímido entre aquellas nubes negras. La lluvia dejó una tarde fresca y agradable con un suave aroma a hierba mojada.

El cantante, observó a su amada esposa sentada en la mecedora junto a la ventana con un libro entre las manos. Le caían algunos mechones sobre el rostro que ella apartaba para despejar su frente.

Hubo una sombra entre los dos que apareció en sus vidas sin avisar, golpeándoles en lo más fondo del corazón. Tras muchos intentos de quedarse embarazada, tratamientos caros y falsas esperanzas Katia empezó a sentirse mal, no toleraba ciertos alimentos y sufría bastantes cambios de ánimo. Acudieron al médico de cabecera y tras varias pruebas, les volvió a citar en su

clínica.

—Enhorabuena —dijo con sus gafas metálicas redondas.

Se miraron desconcertados sin saber por qué les felicitaba.

—Perdone, no entendemos por qué nos felicita.

El doctor les mostró los resultados de la analítica y les dio la noticia que habían esperado durante tanto tiempo.



Después de nueve meses parió a una niña, a la que llamaron Irina con los mismos ojos que su abuelo, la noticia saltó en todos los medios de comunicación, casi todos los días recibían felicitaciones de sus amigos y familiares e incluso de personas desconocidas.



Una tarde estaba jugando en el parque de al lado

del colegio donde solían ir con los compañeros y compañeras de la escuela infantil, llevaba un lazo azul a tono con sus ojos y de repente se desmayó. Al principio Katia pensó que era una simple caída, sin embargo, al ver que pasaba el tiempo y no se levantaba corrió asustada hacia ella, la cogió en brazos y condujo hasta el hospital más cercano.

Al atravesar la puerta principal le temblaban las rodillas y por un momento creyó que iba a desfallecer.

—¡Por favor, necesito un médico! —Su voz se quebró al terminar la frase.

Varios minutos después, la niña estaba en una cama llena de tubos y goteros. Verla así tan indefensa le rompía el alma. Marcó el número de su marido que en ese momento estaría camino al aeropuerto para embarcar en el avión y empezar su gira en Asia.

—Ven, por favor, se trata de Irina —dijo con los ojos anegados de lágrimas.

Acudió al hospital lo más rápido que pudo y al ver el rostro desencajado de Katia, sintió una especie de frío helado en su cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —Se abrazó a ella y la mantuvo entre sus brazos.

—Estaba jugando y se desmayó, no sé qué ha pasado.

Mientras conversaban, una mujer de 1.70 m cabello negro

liso y ojos verdes se acercó al matrimonio.

—Disculpen que les interrumpa, soy la doctora Sonia Kent, neuróloga especializada en tumores y aneurismas cerebrales. Si son tan amables de acompañarme a mi despacho... Vuestra hija ha sufrido un trauma causado por un tumor que hasta ahora tenía dormido. Por esa razón, se desmayó en el parque.

—¿Cómo puede ser? —Tragó saliva y notó un sabor amargo en la garganta—. Irina estaba sana hasta ayer, era una niña alegre y traviesa.

—La imagen muestra una mancha en su cerebro. — Les enseñó la placa que le había realizado—. El tumor ha hecho que Irina entre en coma. No os disteis cuenta por qué no mostraba ninguna anomalía, hasta esta misma tarde. Lo lamento, sé que es muy difícil para unos padres.

—¿Se va a curar? —Mihail apretó los puños con rabia.

—No me atrevo a asegurarles nada. —La neuróloga fijó su mirada fija con la de aquellos padres desesperados.



Pasaron semanas llenas de angustia en los que la pareja esperaba un milagro, apenas conciliaban el sueño y dejaron atrás todos sus compromisos para estar cerca de su hija. Él canceló la gira de Asia, y Katia puso el cartel de cerrado en la escuela de ballet.

Mihail lleno de ira, veía como la vida de Irina se esfumaba y maldecía desesperado al cielo.

Irina abandonó este mundo un día en el que las calles estaban cubiertas de nieve.

—Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos, lo siento.

Katia y Mihail se abrazaron al escuchar la terrible noticia, las lágrimas inundaron sus caras y le pidieron estar unos minutos solas con la pequeña, que yacía con la serenidad característica de la muerte.

El funeral se celebró en una iglesia donde acudieron los familiares y amigos más íntimos. Irina parecía dormir en un sueño eterno dentro del ataúd hecho a medida de color blanco.

Durante el sepelio, una pianista interpretó el tema de La muñeca enferma, de Tchaikovsky, una melodía que habían elegido los padres en honor a su hija.

Ambos permanecieron todo el tiempo cogido de la mano,

porque ahora más que nunca necesitaban sostenerse el uno al otro.

La enterraron en el cementerio de la ciudad, mientras un coro entonaba *Lacrimosa*, del famoso *Réquiem* escrito por el compositor vienés en su lecho de muerte.

El barítono tenía los ojos empapados en lágrimas ante el recuerdo tan vívido del funeral de Irina.

—Mihail, se va a enfriar la cena ¿Por qué no entras?

La voz de su mujer lo devolvió de nuevo a la realidad y disipó aquella fatal rememoración que cambiaría sus vidas para siempre.

—Ahora voy, cielo. ¿Alguna vez has pensado cómo sería Irina ahora?

—No hay día en que no piense en ella. Ahora sería una adolescente de diecisiete años, si la vida no nos la hubiera arrebatado.

CAPÍTULO 6

Amal entró en su despacho, nunca conseguía ser puntual y para su fastidio, allí estaba Hans dispuesto a soltarle una de sus frases, así que antes de que la sermoneara, se concentró en la lista de nombres anotados en la carta de Theresa Kleim. Oliver hizo parte de su trabajo buscando información sobre esas personas, aun así, necesitaban más datos y entender que pintaba una simple melodía en todo esto.

—¿Alguien sabe dónde está el agente Moritz?

—Sí —respondió otro compañero—. Ha ido a la prisión estatal.

—Gracias. ¿Hace mucho que ha salido?

El hombre se encogió de hombros como única respuesta.

Sin pensarlo dos veces fue hasta el garaje, arrancó el motor del vehículo y condujo hacia el centro penitenciario donde estaba preso Angelo. Su detención había causado un gran revuelo, todas las cadenas del país e internacionales estaban pendientes del músico, a pesar de que el departamento de policía intentó por

todos los medios que la noticia no se difundiese.

Las autoridades italianas tomaron cartas en el asunto y le designaron a la mejor letrada del país, Aurora Carusso, conocida por ganar los casos más difíciles.

Tras identificarse caminó por un corredor largo repleto de celdas, y presos que proferían toda clase de gestos obscenos. Al fin llegó a la sala de visitas, un lugar destinado para que los familiares de los reos y los internos pudieran verse. En una de las mesas estaba Angelo con una mujer, vestía un traje de pantalón gris a juego con una camisa blanca, mocasines negros y un maletín de piel marrón oscuro, Amal le tendió la mano y ella le devolvió el saludo.

—Un placer conocerla, agente Najem. Me llamo Aurora Carusso y vengo en defensa de mi cliente, acusado sin ningún tipo de prueba fiable.

Echó un vistazo rápido a la abogada, podría tener unos cincuenta años, llevaba el pelo rubio oscuro en un favorecedor corte pixie, era atractiva y su mirada fría imponía respeto, no era muy alta y sus piernas largas estaban desproporcionadas del resto del cuerpo.

—Tenemos pruebas suficientes para que el acusado pase una buena temporada aquí dentro. Aquí no hay distinción alguna, señorita Carusso, y su cliente está de

mierda hasta el cuello.

Aurora se levantó sin articular palabra con la policía, tan solo intercambió unas frases con el violinista en italiano y fue hacia la entrada apoyada con un bastón. Hasta ahora, no se había percatado de la asimetría de la abogada, que avanzó con la ayuda de una muleta y unos zapatos ortopédicos negros de charol.

Angelo presentaba un aspecto desmejorado, estaba sentado en aquella silla cabizbajo con los puños apretados y un brillo de odio en su mirada.

—¿Qué quieres? —espetó—. Ya ha estado aquí otro compañero tuyo. No tengo nada más que decir.

—¿Por qué os citó a todos Theresa Kleim?

Clavó un instante su mirada intensa con la de la agente y respondió harto de todo aquello.

—Tras el concierto se nos citó a todos en la misma dirección, nunca he cruzado palabra alguna con nadie y allí el anfitrión nos contó una historia sobre una canción maldita y el resto ya lo conoces.

Escuchaba con atención al violinista, tenía la certeza de que no actuó solo y él era una cabeza de turco.

—Llegaré al fondo de esto —respondió—. Hay una persona asesinada con crueldad en la misma habitación donde te alojabas.

Estaba harto de aquella historia una y otra vez respondiendo a las mismas preguntas, clamando en vano su inocencia.

De un día a otro se vio encerrado en aquella celda maloliente, junto a personas de baja ralea con los que estaba obligado a compartir comedor y duchas comunes donde más de una vez notó alguna mirada lasciva hacia su persona, intentaba salir de allí lo más rápido posible y no acercarse a Norbert, un tipo grande y de espalda ancha, conocido por su sed insaciable de sexo.

—Tú, el nuevo. —Miró al violinista mientras se masturbaba—. No te me vas a escapar, hermosura.

Angelo se apresuró a ponerse la toalla en la cintura y salir de allí sin decir nada, se dio la vuelta a tiempo para ver cómo le lanzaba un beso al aire.

El tiempo transcurría lento, sumado al miedo constante y las amenazas. La vida se había vuelta en su contra. Desde aquel fatídico día todo el mundo le dio la espalda, antes aclamado y ahora abandonado como un perro sarnoso.

—Theresa Kleim saltó por la ventana presa del

pánico cuando supo que Otto fue asesinado y sus últimas palabras fueron que jamás se interpretara la partitura.

—No conozco a ninguna Theresa y hasta ahora no sabía nada de esa canción. En mi carrera como músico nunca he tenido esa pieza en mis manos.

Amal se limitó a mirar al acusado antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Qué relación tienes con Grettel Braun?

El violinista se detuvo a pensar un momento, era muy atractivo y entre sus brazos habían estado tanto hombres como mujeres.

—No puedo afirmar que no la conozca, o quizás sí. Puede que nos hayamos revolcado en alguna cama, ¿quién sabe? ¿Quieres la lista de mis ligues? Tú no estás nada mal, en la próxima visita podríamos ir a una de las celdas donde se ven las parejas y ya sabes, te dejaría con una sonrisa de oreja a oreja.

La agente notó el orgullo en su voz y como la miraba por encima del hombro durante toda la visita.

—El tiempo ha terminado —dijo un trabajador grueso, con una papada fofa asomándose por encima de la camisa del uniforme.

La agente se levantó de esa silla incómoda, a la vez que aquel hombre se llevaba al preso a su celda.

Estaba a punto de atravesar la puerta cuando el músico se giró hacia ella y le hizo una petición.

—Ese par de gorilas me lo quitó. La música es lo único que me queda, si pudieras hacer que me devuelvan mi violín...

—Tendrás que aguantarte, lo siento.

—Vamos, sé que tienes mano. No te hagas la policía dura conmigo, no me van esos juegos.

—Mírame, gilipollas. Solo eres un reo más, no eres nadie aquí dentro. Tu castillo se ha derrumbado. Odio a los tipos como tú. —Cogió al músico de la camisa mientras sus ojos centelleaban de rabia—. Si quieres tu maldito violín, aprende a pedir las cosas con educación.

Bajó la cabeza y herido en su orgullo, pidió otra vez que le devolvieran su instrumento.

—No te prometo nada —dijo antes de cerrar la puerta.



Aparcó el coche oficial en el parking de las instalaciones policiales y fue directa a la sala de autopsias,

donde le esperaban Klaus y el agente Moritz.

—Buenas tardes, Amal —saludó el forense—. Tras examinar el cadáver he comprobado que lo asesinaron con un arma blanca y le dejaron desangrarse hasta morir. Será mejor que me acompañéis.

Siguieron a Klaus por un pasillo largo y bajaron por unas escaleras metálicas que conducían al depósito de cadáveres.

El aire era pesado y el hedor a muerte se entremezclaba con los fluidos corporales. El forense los llevó hasta la mesa donde estaba el cuerpo mutilado de Otto. El policía apartó la vista asqueada ante la visión del estómago abierto de la víctima.

—¿Por qué motivo querría alguien dejar desangrar a alguien hasta morir?

—No lo sé, quizás para alargar su agonía. Esto demuestra que la persona que lo hizo disfruta con el dolor.

—O puede que se trate de algún ajuste de cuentas —interrumpió el agente Moritz.

Amal frunció el ceño mientras buscaba una explicación coherente. Todas las muertes giraban en torno a esa partitura y Angelo se negaba a decir nada, quizás asesorado por su abogada.

—Mirad esto. —Con un gesto les indicó que se aproximaran al cadáver—. Este corte fue hecho por alguien con un gran conocimiento sobre armas blancas, o algún cirujano o

cirujana.

—¿Por qué piensas eso?

—Por la ejecución perfecta de la herida. Si lo hubiese hecho un asesino de poca monta, se habría visto afectado algún órgano vital y sus vísceras estaban intactas, lo he comprobado, ni un maldito rasguño.

—No me explico como un músico puede haber hecho esto. Mañana iré de nuevo a hacerle una visita y le traeré su violín, así me ganaré su confianza. Oliver, ¿qué te dijo el sospechoso?

—Nada, defiende su inocencia con uñas y dientes. Además tiene como abogada defensora a una de las mejores de Italia.

—Aurora Carusso, coincidí con ella en prisión, intercambió unas palabras en italiano con él y se fue.

Klaus les indico que le siguieran hasta llegar delante del cuerpo frío y sin vida de Theresa.

—Voy a empezar con la autopsia de esta mujer. Hay algo que me escama.

Los policías se miraron extrañados, la muerte de esa pobre anciana fue causada por la caída del cuarto piso donde vivía.

—¿Hay algún dato sobre los nombres que aparecían

en esa carta?

—Solo que son músicos famosos, nada más.

El forense regresó junto a ellos con el material para practicar la autopsia a Theresa.

—Bien, todavía me quedan unas cuantas horas con esta preciosidad. Llamaré cuando tenga los resultados.

Ambos asintieron con la cabeza, el agente Moritz deseaba salir de ese lugar frío, donde la muerte estaba siempre presente. En cambio, Amal, sentía curiosidad por lo que podía revelar un cadáver.

—Hay que volver a la escena del crimen y buscar el arma homicida —dijo el policía.

—De acuerdo, mañana a primera hora nos vemos allí y no le comentes nada a Hans, está que echa humo por culpa de la prensa.

Oliver no respondió, solo quería llegar a su casa y meterse debajo de la ducha e intentar dormir, si el insomnio le dejaba.

—Esperad, he visto algo. Venid a ver esto —dijo Klaus.

Observaron en el cuerpo sin vida de la mujer, unas extrañas cicatrices casi imperceptibles.

—¿Qué demonios...? —dijo Amal sorprendida.

—Son marcas de azotes, y fijaos en los ojos. —El forense abrió los párpados de la fallecida.

CAPÍTULO 7

—¡Abuela por fin has llegado! —Una niña con la cara llena de pecas y ojos traviesos saltó a los brazos de la soprano.

Almudena llegó a su hogar tras un largo viaje, después del concierto en Viena, actuó en el Teatro *alla Scala* de Milán y en otros teatros menos conocidos antes de regresar a Madrid.

—Yo también os he echado de menos pequeñas, y ahora entremos para abrir los regalos.

—¿Qué es, abuela? —dijo una de ellas con una caja en sus brazos delgados.

—Ahh, es una sorpresa cielo. —Atrajo hacia sí a sus dos nietas.

Entraron en el salón amplio donde compartían juegos y veían películas los días que las niñas no tenían colegio. Era una

estancia muy luminosa, gracias a la luz que entraba por el gran ventanal. En el techo se podía ver una araña con cristales de bohemia de principios del S.XX y debajo de la lámpara había una mesa de madera ovalada que adquirió en unos de sus viajes. Frente a la cristalera, se podía ver un sofá y una tele último modelo de pantalla plana. El suelo estaba cubierto por una alfombra de color gris, llena de juguetes y lápices de colores.

Se encontraba exhausta tras varias semanas de gira. Paula, su fiel amiga entró con dos cervezas frías para cada una.

—Me alegro mucho de verte por aquí. ¿Cómo ha ido todo?

—Agotada, quizás me plantee actuar solo en España.

Le habló de todo lo sucedido en Austria y de la nota oculta en el fondo de su bolso.

—Se nos pidió custodiar cierta sonata —explicó—. Según dijo el hombre, bajo ningún concepto debía ser interpretada y conforme hablaba, me fijé que su voz temblaba de miedo o quizás por la emoción.

Paula escuchaba sin perder detalle de toda esa extraña historia.

—Esa misma noche —continuó—, el mismo hombre amaneció muerto, asesinado de una forma horrible en la habitación de Angelo Paganini, el famoso violinista.

—¿Crees que él es el autor del crimen?

—No lo sé, Paula. Es un tipo conocido por sus arranques de mal genio. Muchas veces le he visto maldecir y tirar el atril a sus compañeras y compañeros, aunque de ahí a matar hay un abismo.

—Menudo imbécil —dijo con desprecio—. Bueno, quizás todo esto le sirva para aprender algo de humildad, no me da ninguna lástima. Y cambiando de tema, ¿crees que la partitura de la que os hablaron tiene importancia?



Estaba segura de haberla visto hace muchos años en el tocador de su hermana mayor.

Hacía tanto de todo aquello, más de treinta años sin saber quién le arrebató la vida. La policía determinó que el asesino fue un vagabundo al que condenaron a muerte.

Su mente divagó en el pasado y recordó ese fatídico día. Clara llevaba un vestido nuevo para ir al cine con su novio. Se peinó con una coleta alta y la adornó con un lazo de raso, cogió la barra de labios color carmín y le dedicó una sonrisa a su hermana pequeña que la miraba todo el tiempo encima de la cama.

—Te traeré unos barquillos. —Le besó la frente y salió del

cuarto.

Sobrevivieron a los horrores de la guerra exiliándose en Francia y cuando acabó todo, regresaron a Madrid. Al principio, vivieron en un piso alquilado en el distrito de Vallecas y tiempo después, con esfuerzo y ahorro compraron una casita con un terreno pequeño en las afueras.

Almudena sentía un profundo cariño hacia su hermana mayor. Era divertida, espontánea, alegre y le encantaba estar siempre rodeada de gente. En cambio, ella era una niña muy reservada, tímida y caminaba siempre con los hombros encorvados. Ambas demostraron tener un talento especial para la música, Clara tocaba el oboe en la Orquesta sinfónica y Almudena destacaba en las clases de canto.

La noche de verano del diecinueve de julio de 1972 la vida de la familia Rialto Ibáñez cambió para siempre.

Vio a su hermana radiante y feliz, llevaba con su novio un par de años. Era un chico delgado de unos 1.78 m, pelo rubio dorado, largo hasta los hombros, en su cara llevaba unas patillas muy marcadas y un bigote largo como dictaminaba la moda de esa década.

Después de terminar la película, cenaron unos bocadillos en un bar del centro. Mientras tanto, Almudena exploraba todos los rincones de la casa y encontró una partitura con las esquinas

dobladas en el tocador de su madre junto a otros documentos, tenía curiosidad de saber cómo sonaría aquella canción y se encerró en su habitación para interpretarla.

Muchas horas después un agente llamó a la puerta de su casa y escuchó un grito desgarrador. El policía intentaba en vano consolar a unos padres destrozados.

La alegría se apagó para siempre en aquel hogar. La madre que era una mujer alegre y sonriente se convirtió en una sombra sin ganas de vivir.

Pasó el tiempo y fue admitida tras superar las pruebas en el Conservatorio superior de música. Con veintiséis años, ya se codeaba con los músicos de más prestigio en ese mundo. Tras hacer una espléndida interpretación de la obra de Puccini, *Madame Butterfly* se le abrieron las puertas de los mejores teatros y las malas lenguas afirmaban que había hecho un pacto con el mismo Belcebú. Consiguió acallar la herida de su alma y Clara pasó a ser un doloroso recuerdo que enterró en lo más profundo de su ser.

El padre de su hija era un hombre de rostro amable, ojos grisáceos y sonrisa enigmática. Ambos coincidieron en una cena junto a los componentes de la ópera. Esa temporada interpretaban por toda Europa, *La flauta mágica*, de Mozart con Almudena Rialto en el papel de *La Reina de la noche*.

Un par de años más tarde celebraron una boda discreta con

los familiares y amigos más íntimos.

Adquirieron un chalet en una urbanización nueva, cada año viajaban a ciudades como Trípoli, Roma, Atenas, Beirut, París, Okinawa.

Poco tiempo después nació su única hija, a la que su padre nunca llegó a conocer, porque sufrió un accidente mortal en una expedición en África. Almudena sentía como la desgracia acudía de nuevo a ella, golpeándole fuerte en el corazón.

Pasaron varios años hasta que regresó de nuevo a los escenarios. Los medios de comunicación se hacían eco de la noticia y su fotografía estaba en todos los periódicos.

—¿Cuál es el secreto de tu gran voz y para mantenerte igual que hace quince años?

—Una artista jamás revela sus secretos.

El periodista vio cómo se alejaba acicalada con un vestido negro ceñido al cuerpo y subió en una limusina de cristales tintados.

De pronto una de las niñas irrumpió en el salón y Almudena se fijó en el gran parecido que tenía con su difunto abuelo.

—¿Estás bien? Te noto algo pálida —dijo Paula.

—Sí, no te preocupes —respondió—. Los recuerdos han regresado después de tantos años olvidados.

CAPÍTULO 8

La recepcionista les recibió de mala gana, ya que desde el asesinato nadie se había alojado allí.

«Maldita sea —pensó—¿Por qué ese estúpido tuvo que morirse aquí? A este paso no podré pagar las facturas»

Era una chica joven con el rostro grasiento y lleno de granos gracias a la bollería industrial que se zampaba casi todos los días, no obstante, a ella poco le importaba su aspecto, así que sacó su tercer bollo relleno del día y lo devoró en cuestión de segundos.

Amal y Oliver examinaron la escena del crimen en busca de algo que les arrojará un poco de luz sobre el caso.

—Está todo ordenado en su sitio. El asesino no buscaba nada, solo vino a por su víctima.

—Hace poco hablé con una antigua compañera de Angelo

y me dijo que estudiaron juntos en una localidad cerca de Palermo, según ella eran gente muy acomodada.

—¿Cómo has conseguido contactar con ella?

—Muy fácil, investigué el centro donde estudió y di con una lista de antiguos alumnos. Llamé a varios de ellos y fue la única que estaba dispuesta a hablar.

Peinaron la habitación sin descanso durante más de una hora, ahí no había nada, tan sólo unas pelusas formadas por el polvo acumulado.

—¿Por qué se alojaría en un sitio como este? —dijo Amal.

Sus ojos castaños se cruzaron con los de ella al levantar la vista.

—Quizás quería un lugar tranquilo alejado de todas las miradas. Era un plan perfecto para citarse con Otto y acabar con él.

—Oliver, yo vi la mirada de esa mujer antes de saltar por la ventana. Cada vez estoy más segura de que Theresa se llevó el secreto a la tumba.

Se acercó a la mesita de noche situada al lado de la cama y arrancó la fina capa de madera del último cajón.

—¿Se puede saber qué haces?

Ignorando a su compañero por completo, continuó

con su tarea hasta dejar un hueco visible en el mueble. Entre la oscuridad y el polvo vieron brillar un objeto pequeño, la policía alargó el brazo y lo cogió. Se trataba de un anillo de oro con un diamante de color rosa.

Moritz se acercó a ella sin que apenas se percatara.

—¿Cómo sabías que estaba ahí escondido?

—Soy la pequeña de tres hermanos mayores, así que tuve que usar el ingenio para guardar mis pequeños secretos, y la mesita era mi escondite preferido.

La agente Najem apenas hablaba de su familia, era muy reservada en su vida personal. Muy pocas personas sabían que vivió nueve años en Biblos, hasta que su madre fue admitida en la sección de neonatos en el hospital general de Viena y su padre empezó a dar clases de historia clásica en la facultad.

Oliver guardó la sortija en una de las bolsas que se usaban para no contaminar las pruebas.

Al salir, la recepcionista apenas levantó la mirada del libro que estaba leyendo mientras comía unos cacahuets fritos con miel.



De nuevo volvían a estar en la sala de autopsias con Klaus

junto al cadáver de Theresa.

—He hecho un nuevo descubrimiento —dijo el forense—. A esta pobre mujer le quemaron la retina y las marcas en su piel indican que sufrió torturas durante un período de tiempo bastante largo.

Klaus sacó un cuaderno pequeño de tapas duras color ocre y se lo dio a Amal, el bloc estaba lleno de garabatos escritos por él mismo.

—Me he tomado la libertad de investigar por mi cuenta, tecleé su nombre en el navegador y aparecieron varias personas con el mismo apellido. No estaría de más hablar con ellas.

—Gracias, yo me encargaré de contactar con ellos —respondió.

Los tres estaban alrededor de la mesa de autopsias rodeados de un tenue aroma a muerte y la incertidumbre del caso que llevaban entre manos. Tan solo tenían dos cadáveres y muchos interrogantes. ¿Quién torturó y dejó ciega a Theresa Kleim y por qué?

—Yo iré a hablar con cierto violinista —dijo con desprecio.

—Será mejor que vaya yo —interrumpió la agente. —. Hay que averiguar de dónde procede el anillo que

encontramos en la escena del crimen.

—Gracias, la verdad es que no quiero verle la cara a ese capullo. Mientras tú te encargas de hablar con él, yo indagaré en tiendas de antigüedades y joyerías.

Klaus metió en la bolsa térmica el cuerpo frío e inerte de la fallecida y lo encerró en uno de los muchos cajones junto a los demás cadáveres.

—Mi jornada ha terminado por hoy. —Depositó los guantes y el delantal en un cubo de desinfección.

—Nos vemos y no le des mucho al vicio —dijo Oliver mientras salía de allí.

—Es el único placer que me queda. —Sacó del bolsillo una cajetilla de tabaco y se puso el cigarro en la boca.

Al salir al exterior, el frío hizo que la llama del encendedor se apagara, maldiciendo lo volvió a intentar varias veces hasta que desistió en su empeño.

—Te puedo acercar a casa, me viene de camino —dijo la agente.

—Conozco un sitio donde sirven cerveza artesana, está a mitad camino. Te invito a un par.

La ciudad estaba casi desierta e iluminada por la luz que llegaba de las ventanas de los edificios. Solo vieron algún ciudadano caminar refugiado en su abrigo.

—Es aquí —indicó Oliver—. Gira a la izquierda, suele haber sitio para aparcar.

Estacionó el coche en un descampado y llegaron a la puerta del local, más bien parecido a un antro lleno de mugre, hombres con la barriga fuera de los pantalones y espuma de cerveza en sus barbas largas. Muchos de ellos lanzaban miradas lascivas a la camarera, una chica joven que les ignoraba por completo.

—Eso sí que es un buen culo —soltó alguien.

Amal sintió todas las miradas en ella e incluso oyó algún silbido y una invitación a la cama de alguien.

Se abalanzó sobre el tipo que había dicho eso y le agarró el brazo hasta doblarlo por completo en su enorme espalda hasta que aulló de dolor.

—Creo que te equivocas de chica, amigo.

El hombre visiblemente humillado fue hacia sus amigos y no alzó la mirada del suelo.

—¿A qué antros sueles ir tú? —Le reprochó a su compañero.

—No todos son como ese imbécil, tengo buenos amigos aquí. Eh, Kurt, ¿cómo va!

Un tipo parecido a un gigante con barba y lleno de sudor levantó la cabeza de la jarra de cerveza y alzó las cejas

a modo de saludo.

—¿Cómo se encuentra tu madre, Amal?

Los dos estaban sentados en la barra con una cerveza helada delante de ellos, la agente dio un trago a su bebida antes de responder, dejó el vaso y se giró hacia su compañero con una media sonrisa que denotaba tristeza.

—A veces recuerda con claridad anécdotas de cuando vivíamos en el Líbano, puede decir los nombres de nuestros antiguos vecinos y vecinas. Sin embargo, no sabe quién soy. Su mente ha borrado mi imagen haciendo que solo recuerde a la niña de nueve años.

—Lo siento. —Oliver le cogió las manos entre las suyas y la miró a los ojos. —Debe ser triste ver como sus recuerdos se desvanecen.

—Intento ser fuerte, aunque hay veces que...

Sintió como se le humedecía la mirada, buscó en el bolso unos pañuelos y se secó las lágrimas.

—Sientes que te ahogas ¿No es así? Conozco muy bien esa sensación y es una mierda.

Asintió con la cabeza y de pronto recordó lo mucho que sufrió él a causa de la muerte de Odette.

—Tú también has sufrido lo tuyo —dijo la policía.

—Lo peor es saber que fue por mi culpa. Ella aún estaría

viva si yo no me hubiese dormido al volante.

Apretó entre sus manos la servilleta de papel hasta arrugarla por completo.

Dio un trago a la bebida terminándola casi al instante, dejando que el líquido fresco y con un toque amargo bajara por su garganta.

—Es tarde, será mejor irnos.

De camino al vehículo, el agente Moritz le comentó que hizo algunas investigaciones.

—He contrastado algunas imágenes y hay algunas joyas parecidas a la que encontramos, sin embargo, apenas ponía información. Mañana sin falta iré a un sitio que nos puede ser de mucha ayuda. Además, el dueño es muy agradecido, evité que un tipo le robara una pieza valorada en treinta mil euros.

Aparcó un momento delante del edificio donde vivía Oliver y se despidieron hasta dentro de unas pocas horas. En plena noche Viena estaba vacía y a ella le encantaba ver a la ciudad rendida ante Morfeo.

CAPÍTULO 9

Rin se dejó caer en su cama exhausta tras el viaje. Al poco tiempo Keiko llamó a la puerta.

—Adelante. —Se quitó los auriculares y esperó a que entrase.

—Te hemos visto, pequeña. Todos estamos muy orgullosos de ti.

La chica se sonrojó y le dedicó una sonrisa sincera.

—¿Dónde está papá?

—Llegará esta noche y cenaremos juntos. Él está loco por verte.

Horas más tarde los tres estaban alrededor de una mesa acristalada repleta de comida.

—Has estado magnífica, hija. Estoy muy orgulloso de ti y sé que mamá, allá donde esté también lo está.

La joven pianista se emocionó al escuchar las palabras de su padre y le invadió un halo de tristeza y alegría a la vez.

Mientras cenaban les contó sus aventuras en Europa con

toda clase de detalles.

—¿Dices que el asesino es un músico famoso? —

Keiko sentía mucha curiosidad por esa historia.

—Sí, Angelo Paganini, es un violinista con mucho talento. La policía encontró el cuerpo de la víctima en su habitación. El hombre que murió fue quien nos reunió y empezó a hablar de una extraña historia sobre una partitura.

El padre de Rin palideció y las gotas de sudor le perlaron la frente.

—¿Te encuentras bien? No tienes buena cara, cielo.

—Tranquilas, no es nada. Estoy agotado, ha sido un día muy largo en el hospital —mintió.

En la oscuridad de la noche cuando todo el mundo dormía, él apenas podía conciliar el sueño. Su querida hija, de forma inconsciente había abierto la caja de los recuerdos.

Durante años los mantuvo en el fondo de su ser, hasta ahora que regresaron claros y nítidos. Se levantó del futón y observó a Keiko dormida con el brazo echado sobre el rostro y su larga melena negra recogida en una coleta baja. Adoraba a su esposa, ella transformó sus días oscuros y pronto se ganó el respeto y el cariño de su única hija.

El recuerdo de Yurisa le golpeó tras escuchar el relato de Rin. Bajó sin hacer ruido a la planta baja

asegurándose de no despertar a nadie y se encerró en su despacho.

«La partitura que ha mencionado Rin, ha estado aquí. Recuerdo muy bien que Yurisa me habló de una canción extraña y hermosa a la vez».

Su mente le transportó diez años atrás cuando ella regresó de una gira por todo Japón y la esperaban en el aeropuerto. Tan sólo llevaba una pequeña maleta como equipaje y en el rostro se le apreciaban unas ojeras a causa del cansancio. Rin corrió hacia su madre y ambas permanecieron abrazadas durante un buen rato.

—Estoy muy contenta de tenerte en casa, mamá.

Acarició la mejilla de la niña y subieron al coche. Durante el trayecto, le contó todas las anécdotas de la gira y cuanto había disfrutado.

Rin heredó el don de la música y ya en el vientre de su madre se removía cada vez que ella tocaba el piano.

Yurisa y Jin crecieron juntos y, con el tiempo, se dieron cuenta de que estaban hechos el uno para el otro, y así fue hasta que la muerte se interpuso entre los dos.

Tras el nacimiento de su única hija, compraron una casa con jardín en las afueras de Tokio. De recién casados compartieron piso con otros compañeros, hasta que consiguió plaza en un hospital como cirujano y al poco tiempo, Yurisa ganó el primer premio de jóvenes promesas al piano con la interpretación de La

patética de Beethoven de una manera sublime. A partir de ese momento no cesó de tocar en los mejores escenarios. Tres años después, nació Rin y se mudaron a una casa con más espacio.

La pequeña creció rodeada de naturaleza y muy pronto nació en ella un gusto innato por la música, muchas tardes se sentaba al lado de su madre mientras ella ensayaba, y otras veces tocaban juntas piezas a cuatro manos.

Jin tras una operación complicada, le pedía a su mujer que dejara el móvil con las manos libres y tocara algo para él, entonces la niña corría hacia el piano y junto a Yurisa le dedicaban a su padre una melodía alegre.

—Espero que ahora estés más feliz —decía al terminar.



Habían transcurrido doce años desde aquel fatídico día. Su vida de pronto dio un vuelco inesperado, golpeándole con tanta fuerza que no supo levantarse hasta la llegada de Keiko; ella dio un soplo de aire fresco a su

hogar.

El sonido del agua golpeando el cristal de las ventanas le hizo concentrarse de nuevo. Alzó la mirada y vio a su hija acercarse hacia él con una infusión.

—¿Otra de tus noches de insomnio? —Dejó la taza encima del escritorio.

—Gracias, me he desvelado y estaba... —Antes de terminar la frase le interrumpió.

—Pensando en mamá ¿No es así? Yo me acuerdo muchas veces de ella y de las excursiones a Kawaguchiko donde pasábamos el día entero. A veces la siento tan real y tan cerca, que pienso que está ahí mismo sentada en mi cama acariciando mis cabellos. — Una lágrima recorrió su mejilla—. Jamás podremos borrar esos recuerdos. Aunque debemos mirar hacia adelante y Keiko es una mujer increíble.

—Tienes razón, hija. Además, mamá no querría vernos tristes.

—Te quiero, papá. —Le besó en la mejilla y regresó a su habitación, feliz de estar de nuevo en casa.



Conoció a Keiko en un día en el que la lluvia formaba parte de la ajetreada Tokio. Ella salía de un bufete de abogados, llevaba un portafolio en las manos y al salir, tropezó con aquel apuesto médico que caminaba con pasos lentos y pesados bajo un paraguas negro.

—¡Mira por dónde vas!

Volvieron a coincidir de una forma mucho menos accidentada, y ella le reconoció al momento.

—No sé si me recuerdas. Soy la chica que se chocó contigo y casi hace que te cayeras en el charco.

—¡Ah! Cómo olvidarme de ese momento —respondió—. Espero que vayas con más cuidado.

—No te preocupes, ya se apartan cuando me ven a kilómetros.

A Jin le hizo gracia aquella respuesta tan ingeniosa y tras mucho tiempo, una sonrisa se le dibujó en el rostro.

Desde ese momento se hicieron inseparables y poco a poco floreció un sentimiento que él creía haber enterrado junto a la madre de Rin.

Pocos años antes de tropezar con Keiko, la vida de la familia Tanaka dio un giro inesperado. Estaban sentados alrededor de la mesa con una taza de té cada uno, Yurisa se

dirigió hacia Rin que en ese momento se disponía a servirse más bebida.

—Este año es tu ingreso en la escuela superior.

—Lo sé, me estoy esforzando mucho. Hay mucho talento en esa escuela.

—Lo harás muy bien, cielo. —Jin acarició la mejilla de su hija.

Al momento llamaron a la puerta y como si llevara un resorte, la niña saltó de su asiento, era Jiro un niño de sonrisa bobalicona, dientes sobresaliendo de su boca, flaco y unas gafas enormes que le cubrían casi todo el rostro.

—Hola Rin. —Entró y fue directo al plato de dulces caseros.

—Veo que llegas con hambre —dijo—. Coge todos los que quieras.

Jiro era el hijo del hermano de Yurisa, nació dos años antes que Rin y ambos crecieron juntos.

—Mamá vendrá a recogerme en un par de horas. —Al hablar le cayeron unas miguitas de su boca—. Ha ido a hacer unos recados.

—De acuerdo, nosotros vamos a dar un paseo en bicicleta ¿Os apetece venir?

Los dos primos los miraron con cara de fastidio y

comprendieron que ese plan no les apetecía nada.

—Oye vamos a ver que tesoros esconden tía Yurisa y tío Jin. —Jiro comenzó a subir las escaleras.

—Espera, no me dejan jugar en el despacho.

Al final la curiosidad pudo más y se adentraron con la respiración acelerada a causa de la emoción. Tras revolverlo todo encontraron un sobre blanco con el nombre de Yurisa, se sentaron debajo del escritorio y sacaron la hoja doblada de dentro.

—Es una canción, vamos al piano.

Los dos primos corrieron hacia el instrumento ansiosos por descubrir esa nueva melodía.

—Es muy bonita y a la vez da un poco de miedo —susurró Jiro.

—Será mejor que la dejemos en su sitio y no digas nada o le contaré a tus padres que te has saltado algunas clases por ir al parque.

El niño se llevó la mano derecha hasta el corazón y le prometió no decir nada a nadie.



Un tiempo después, cuando ya se olvidaron de su pequeño hallazgo, la madre de Rin comenzó a notarse muy débil, había perdido peso y su piel adquirió un tono grisáceo.

—Yurisa, deberíamos ir al hospital y que te hagan un examen completo.

—No es nada, de verdad. Estos meses han sido muy complicados. Solo necesito descansar.

—Cielo mírate. Has bajado muy rápido de peso y me preocupa.

Se acercó a él y dejó que apoyara la cabeza en su estómago, no quería preocupar a su familia, no a pocos días de la prueba de admisión de Rin.

Fue debilitándose cada vez más, hasta que no pudo levantarse del suelo.

Un día al regresar del hospital, la encontró tendida con la respiración muy débil, le temblaban las manos al marcar el número de emergencias. Yurisa ingresó en estado de coma y esa misma noche murió.

CAPÍTULO 10

Un hombre de aspecto delgado, estatura mediana con el cabello rubio pajizo y ojos separados como los de una rana observaba con atención el objeto que le había encima del mostrador.

—¿Y dices que pertenecía a tu bisabuelo? —
Levantó la vista con el monóculo puesto.

Oliver le explicó que encontró la sortija rebuscando entre las pertenencias de su abuela y que la joya llevaba varias generaciones en la familia.

—Es una auténtica reliquia —dijo el propietario—
, podría darte un buen dinero por ella.

—No estoy interesado en venderla, solo quiero
saber su procedencia y que clase de personas podían

permitirse tener esa joya.

—Por su aspecto diría que proviene de algún país de Oriente medio. Hay escritos de la antigua Babilonia que muestran un anillo muy parecido, su auténtico valor es la Estrella Rosa, una gema preciosa muy extraña y difícil de hallar.

—Gracias por la información. —Apretó la mano arrugada y esquelética del viejo.

—Vuelve cuando quieras. Estaré encantado de informarle sobre la joya de sus antepasados, y sobre cualquier otra reliquia.

Empezaba a anochecer y en la calle solo se escuchaba el sonido de algún vehículo que regresaba a su hogar tras una larga jornada de trabajo. El policía se enfundó los guantes y emprendió su camino. Al momento su teléfono vibró dentro del bolsillo, vio el nombre en la pantalla, y por un momento estuvo tentado de no responder.

—Hola, hijo. ¿Estás bien? Desde el accidente apenas vienes a casa.

—Sí, mamá, estoy bien. Ya sabes que el trabajo me tiene muy ocupado. Te prometo que en cuanto pueda iré a casa. Adiós, cuídate.

Desde la muerte de Odette, apenas había ido a visitar a su madre ya que no tenía fuerzas para hablar de ello y era algo que no comprendía, a eso se sumaba su vergüenza a que le viera borracho

como una cuba, como solía pasar antes de empezar la terapia.

«Tienes que sacar de dentro el dolor».

Sin embargo, él no funcionaba así, si guardaba silencio era porque hablar de ello le arañaba el corazón.

Entró en un antro que olía a meados y a alcohol, se acercó a la barra y pidió un whisky doble.

«A la mierda la terapia, necesito más que nunca esa copa».

Tras varias copas, y después de que el camarero se negase a servirle más bebida, salió de allí tambaleándose o al menos es lo que pretendía



A la mañana siguiente se despertó en una cama desconocida. La cabeza le iba a estallar y la luz le quemaba los ojos.

Una arcada subió hasta su garganta, se incorporó de un salto corrió al baño y vomitó, en el agua del inodoro había trocitos de salchichas ahumadas sin digerir encima de

un líquido pastoso y amarillo.

—Bébetelo, te sentirás mejor.

—Gracias, ¿cómo he llegado hasta aquí?

—Te partiste la ceja tras caer inconsciente en el suelo. Me avisaron de que estabas en el hospital, así que fui y volvimos juntos a mi casa —respondió la agente.

—¿Quién te dio el aviso?

—Fue el cretino de Adolf, esa noche le tocaba patrullar y lo vio todo.

—Maldita sea, ese imbécil quiere mi cabeza a toda costa.

Una hora más tarde, tras una ducha para despejar la resaca, el agente Moritz le explicaba a Amal todo lo que consiguió averiguar acerca del anillo.

—¿Qué relación puede tener un diamante como ese con Angelo Paganini?

—Ni idea, puede que estuviera en su familia durante generaciones o quizás lo compraran en alguna joyería. —Cogió un analgésico y se lo tomó con un vaso de agua.

En ese momento abrió la puerta el comisario encargado de la investigación, era un hombre grueso de menos de 1.75m, con una calva brillante y la cara semejante a la de un bulldog.

—Tengo que hablar con vosotros dos. —Les amenazó con el dedo—. La abogada del violinista italiano pide una demanda

por haber encerrado a su cliente sin pruebas suficientes, así que ya estáis moviendo el culo hasta la cárcel donde está encerrado.

Se preparaban para salir mientras Hans permanecía de pie junto a la puerta sudando y con el rostro enrojecido.

—Y en cuanto a ti, agente Najem. Si vuelves a ponerte violenta interrogando, te apartaré del caso ¿Te queda claro? Joder, no sé cómo se te ocurrió humillar a la misma Grettel Braun.

Sintió como el calor subía por su rostro y la rabia le invadía, apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron en blanco, Oliver se percató de su mirada llena de ira.

—Vámonos, no merece la pena. —La agarró del brazo con suavidad y salieron de allí.

En el coche oficial de camino hacia las instalaciones carcelarias y con un silencio incomodo, explotó.

—¡Maldito puerco! ¿Cómo se atreve a hablarme así? Ella me atacó primero, se cree una diosa bajada del Olimpo y sí, es cierto, no me pude controlar.

—Te daré un consejo porque te aprecio, ve con cuidado. Grettel puede mover muchos hilos y no me gustaría que te perjudicase.

—Odio a esas personas que se creen con el derecho de pisotear a los demás. Tú también eres muy importante para mí. Por cierto, no deberías saltarte la terapia.

Oliver resopló con fuerza preparado para la charla de su compañera. Ella fue quien le animó, e incluso fue con él a sus primeras sesiones.



Estacionaron el vehículo delante del edificio gris, sobrio e imponente; tras caminar hasta la entrada principal, un funcionario con cara de pocos amigos los acompañó hasta la sala de visitas.

—Vaya que visita más agradable —dijo con sarcasmo.

—Menos guasa, estúpido. No te conviene pasarte de listo.

—El agente Moritz no disimulaba su odio hacia el músico.

Angelo ignoró por completo el comentario y clavó su mirada con la de Amal.

—¿Recuerdas tu promesa?

—Antes debes colaborar con nosotros.

Se acomodó en la silla y apareció en su rostro una sonrisa retorcida.

—Oliver Moritz, siento mucho la muerte de tu novia. Debe ser terrible el sentimiento de culpa y ver que se podría haber evitado, si no hubieras bebido esa noche.

Se abalanzó hacia él y antes de que su compañera pudiese reaccionar, un chorro de sangre salió disparado de la nariz del violinista.

—¡Oliver, sal de aquí! ¿Te has vuelto loco?

—Haré que te despidan, no sabes con quién te la juegas. —Le amenazó el músico.

Escucharon un portazo que hizo temblar las paredes, la policía tomó asiento frente al acusado con las manos encima de la mesa metalizada y la mirada fija en él. Tenía la nariz hinchada y la zona de debajo de los ojos amoratada.

—Eres un cabrón al recordarle algo tan doloroso para él.

—No me importan los problemas de los demás y menos de ese neurótico ¿Qué quieres de mí?

—Encontramos este anillo en la escena del crimen oculto en un cajón.

El músico observó la joya que estaba encima de la mesa.

—Es una pieza muy cara, pero no me pertenece.

—¿Sabes de quién es?

—Si lo supiera, te lo diría. —Levantó los hombros con indiferencia.

—No te conviene pasarte de listo, recuerda que tienes todas las de perder.

En ese instante entró Moritz y se puso al lado de ella. Angelo, al verlo, se puso a la defensiva.

—¡Guardia! —Alzó la voz—. No pienso estar cerca de ese cretino.

—Cálmate y responde a las preguntas de una maldita vez. Tengo algo que quieres y está en tu mano tenerlo o no.

—¿Quién está detrás de todo esto?

—No sé nada. Solo sé que mi vida ha sido arruinada.

Amal percibió la derrota en la voz del músico y en el fondo sintió algo de lástima hacia él.

—Puede que esto te ayude. —Sacó de su cartera una foto del violinista cuando era niño, junto a una mujer alta y robusta con el pelo recogido vestida de manera muy sobria.

Al observar la imagen muchos recuerdos de infancia se agolparon en su mente, incluso aquellos que creía haber olvidado.

—Pina siempre cuidaba de mí. Ella era quién me acompañaba en cada momento y estaba al cargo de mi cuidado y educación.

—¿Dónde está ahora? —La agente volvió a guardar la foto.

—Murió de un ataque al corazón.

Lo dijo rápido como si quisiera evitar algo tan doloroso para él. La pérdida de la única persona que le secó las lágrimas y le ofreció su cariño.

—Lo siento ¿Y tus padres dónde estaban?

—Viajaban mucho y les veía dos o tres veces al año, mi madre me escribía cada semana desde un lugar distinto. Era el único contacto que tenía con ellos.

Apreció cierta tristeza en el músico al recordar a sus progenitores, tenía la sensación de que nunca obtuvo su respeto.

Un funcionario se acercó para indicarles que la hora de vista había terminado. Cogió a Angelo del brazo y se disponía a salir.

—Denos unos minutos, por favor. —Le pidió la agente.

El hombre miró el reloj de pared situado encima de la puerta, ya no le quedaba nada para terminar su turno, así que levantó los hombros con indiferencia y se fue.

—Oliver —dijo Amal—. Necesito que vayas al coche y abras el maletero, dentro verás una bolsa de tela

azul.

Miró hacia el preso con cara de pocos amigos y salió murmurando una retahíla de insultos.

—Es todo simpatía tu compañero —dijo con sarcasmo.

—Angelo Paganini, eres un maldito imbécil.

Un par de minutos después regresó con una funda en las manos, Amal se adelantó y le entregó el violín.

—Muchas gracias —musitó.

Los dos policías se disponían a marcharse, cuando la voz del violinista les hizo detenerse.

—¡Esperad! Me acabo de acordar de algo. Es sobre ese anillo.

—¿De qué se trata? —dijo Oliver—. Te advierto de que te meterás en un buen lío si entorpeces la investigación.

—Ja, mira quién fue hablar. El policía camorrista.

—No te las des de listo conmigo. —Se encaró hacia él.

Amal se interpuso entre los dos, harta de esas rabietas de patio de colegio.

—Por favor, cuéntanos todo lo que recuerdes.

Angelo se apartó un mechón de pelo que le caía sobre sus ojos oscuros como las tinieblas.

—Vi esa joya puesta en el dedo de mi padre y más tarde me fijé que un profesor llevaba el mismo ¿Tienes algo para

apuntar?

La agente sacó del bolso un bolígrafo y arrancó una hoja de un cuaderno que solía llevar a todos lados.

—No suele hablar mucho —dijo mientras anotaba la dirección—. Aunque, si le decís que vais de mi parte, os atenderá sin problemas.

—¿Por qué has decidido colaborar?

—¿Acaso tengo otra opción? Solo quiero salir de este antro y estoy dispuesto a cualquier cosa.

Hizo un gesto con la mano a uno de los guardias que custodiaban la sala. Era tarde y estaba agotado de tantas preguntas, además la cara le ardía a causa del golpe.



Los faros del vehículo iluminaban la carretera nacional que atravesaba el bosque. Los árboles parecían gigantes furiosos, balanceando sus ramas al ritmo del viento que ululaba con fuerza. Oliver encendió la radio en busca de algo para entretenerse. Su compañera apartó un momento la vista de la carretera y lo observó a través del

retrovisor.

—No tenías que haberle agredido, tú mismo has caído en su provocación.

Al fin encontró una emisora que parecía tener un buen programa de canciones.

—Ese capullo me sacó de mis casillas con el tema de Odette. Es cierto, no pude controlarme.

Amal le dedicó una mirada compasiva, ella vivió con él ese dolor y sabía cuánto había sufrido.

CAPÍTULO II

La conversación con los agentes le hizo acordarse de experiencias del pasado que creía olvidadas en lo más profundo de su ser. Estaba tumbado en la cama de su celda con las manos detrás de la cabeza y los ojos cerrados.

Recordó las idas y venidas de un hombre enigmático, esbelto, de cabellos grises y ojos azules. La imagen que se quedó grabada en su memoria era la de su madre desnuda en brazos de ese desconocido entregándose al placer y a la lujuria, y la de su padre uniéndose a ellos.

Desde su arresto tan solo se puso en contacto con él Aurora, la abogada de la familia, durante ese tiempo sintió el peso de la soledad y el abandono de los que creía sus amigos y amigas. Experimentó en sus propias carnes la

humillación y el desprecio de sus iguales.

En sus días de prisión tan solo entabló amistad con un hombre de pocas palabras, que le acompañó en sus momentos más bajos.

—Vamos chico —solía decirle—. No tienes que dejarte vencer.



Cierto día, tomaron asiento en un banco de madera envejecido alejado de los otros reclusos. El sol les abrazaba con sus rayos esa mañana gélida de invierno, Angelo no se apartaba de su querido violín, aunque todavía no se atrevió a sacarlo de su funda por miedo a que esos rudos e ineptos que tenía como compañeros lo rompieran en una de sus peleas.

Sin embargo, con Demetrio era distinto, en él percibía mucha sensibilidad, no obstante, se rumoreaba que fue condenado por golpear a unos niños con una piedra hasta provocarles la muerte.

—¿Qué llevas ahí?

Con una sonrisa que abarcaba todo su rostro, interpretó

una melodía muy conocida ante la sorpresa de su amigo.

—Es magnífico, no tengo palabras para expresarlo
—dijo emocionado.

—Ahí fuera no me espera nadie. La música es la única que no me ha abandonado.

—¿Cómo era tu vida antes de entrar aquí?

La pregunta le pilló desprevenido y se puso a pensar como cambió todo por culpa de aquel tipo.

Su mente le transportó a su infancia y de pronto, olió el característico aroma a albahaca de la enorme cocina. Creció en una familia muy acomodada, vivían en una mansión construida en el S.XIX en las afueras de Palermo. El inmueble se alzaba sobre un montículo que les permitía ver toda la ciudad. La entrada contaba con dos columnas de estilo fenicio, en la fachada había una ventana con una cristalera de colores, a los lados tenía puertas acristaladas con balcones amplios adornados con jazmín que perfumaba las habitaciones. La casa estaba rodeada por un jardín donde Angelo solía jugar, y en la parte trasera Pina, la mujer que cuidaba de él, plantaba toda clase de plantas aromatizantes.

Comenzó a tocar el violín a la temprana edad de seis años y cuando cumplió ocho años, su padre le regaló el

instrumento que le acompañaría durante el resto de su vida.

—*Il Cannone* es muy especial, querido hijo. Un gran compositor tocaba grandes obras con él y cuenta la leyenda que este violín posee cierta magia.

El niño recibió con buen agrado el regalo y al sentir el tacto de la madera, un escalofrío recorrió todo el cuerpo. Desde ese instante fueron uno solo.

—Angelo —escuchó la voz de su madre— ¿Por qué no tocas tu pieza favorita?

Todos los invitados se agruparon alrededor del joven músico, dudó unos instantes, pero al ver la mirada de orgullo y complicidad de Dante y Adrienna hizo que se le disparara el nudo que tenía en el estómago, puso el instrumento sobre su hombro y comenzó a tocar.

Al finalizar se fijó en los rostros de cada uno, tenían una expresión de asombro y parecían estar hipnotizados tras escuchar la pieza que acababa de interpretar. Aunque Angelo en realidad deseaba quedarse solo para estrenar el juego nuevo para la Nintendo.

—¡Bravo! —Varias voces se unieron para vitorear al anfitrión.

Al anoecer cada uno de los niños y niñas se despidieron de él, estaba agotado y no tardó en quedarse dormido con el

mando de la videoconsola en el regazo.

—Nuestro hijo ya está preparado, Adrienna. —El agua de la lluvia golpeaba contra el cristal de las ventanas.

—No, es demasiado pronto —replicó.

—No debemos pasar por alto el pacto que hicimos —le recordó Dante.

—Temo por nuestro pequeño. —Fijó su mirada con la de su esposo.

El concilio tendría lugar en la próxima luna de sangre, su hijo tocaría la sonata por la que se dio muerte a sus iguales.

—No puedo oponerme, solo te pido que le protejas. Nuestros enemigos están como perros rabiosos en busca de sangre.

—No permitiré que le ocurra nada a nuestro hijo.

Se acercó a Adrienna y alzó su rostro clavando sus ojos verdes con la mirada oscura y misteriosa de ella, le apartó un mechón de pelo que le caía sobre el rostro para fundirse en un apasionado beso mientras se arrancaban la ropa.

La noche dio paso a un día soleado, el astro rey se coló sin permiso en la habitación del futuro violinista. Abrió los ojos un momento y volvió a cubrirse por

completo con la colcha.

—Vamos es hora de despertarse, pequeño perezoso —dijo una voz muy familiar.

Giuseppina estaba junto a la puerta vestida con un jersey marrón oscuro muy poco favorecedor y una falda de tela tupida del mismo color hasta los tobillos que marcaban su enorme trasero.

El niño bostezó y con ojos legañosos algo hinchados a causa del sueño, se quedó mirando a la niñera.

—Pina, hoy es domingo. No hay colegio. —Tras decir esto volvió a taparse.

Corrió todas las cortinas de aquella estancia de estilo victoriano demasiado ostentosa para un niño de ocho años.

La habitación de grandes dimensiones estaba rodeada de ventanas alargadas, en las paredes había estanterías llenas de libros de todas las clases. En una esquina se hallaba un baúl de madera lleno de juguetes, en mitad del cuarto estaba la cama, y junto a ella había un atril de hierro con la partitura que estaba aprendiendo.

—Ya estoy vestido —dijo a viva voz— ¿Se puede saber por qué tengo que ir tan ridículo?

Llevaba puesta una camisa blanca de seda abotonada hasta el cuello y un traje de pantalón de pinzas y chaqueta hechos a su medida, en los pies calzaba unos zapatos clásicos que a él le parecían odiosos.

—Vamos, he preparado tu desayuno favorito. —
Pina no hizo ningún caso de las quejas del pequeño.

Devoró con avidez las tostadas con mantequilla fresca y miel que había encima de la mesa y se bebió de un solo trago el vaso de leche con cacao, acto seguido eructó con gran estruendo.

Adrienna y Dante entraron en la cocina, Pina se sobresaltó al verlos allí.

—No pretendía asustarte, querida —sonrió la madre de Angelo.

—No se preocupe, señora. —Se acercó al matrimonio y les sirvió el café en unas tazas de porcelana.

—Pina por favor, llámame por mi nombre. Creo que tenemos confianza.

Después del desayuno se quedó sola en esa cocina enorme. Esperó hasta que se hubieran alejado lo suficiente y sacó un rosario de madera de su bolsillo.

—Por favor, no permitas que el pequeño corra peligro, te lo ruega tu humilde sierva, Señor. De rodillas te imploro que me des fuerzas y valentía para impedir el acto de esta noche. —Se santiguó antes de levantarse y guardó de nuevo el rosario.

Horas más tarde a unos cuantos kilómetros de allí,

bajo el manto oscuro de la noche, tenía lugar un acto esperado durante mucho tiempo. Personas ataviadas con túnicas purpúreas y el rostro oculto bajo una máscara blanca, alzaban sus brazos hacia la luna que iluminaba el cielo en mitad de aquel claro. Tanto mujeres como hombres danzaban como si la magia de aquel lugar les hubiera poseído.

Una chica joven de cabello largo castaño hasta los hombros dejó caer la túnica que cubría su desnudez. Uno de los allí presentes comenzó a acariciarle el pubis y aunque al principio ella hizo el amago de zafarse, el placer era mayor y sucumbió ante el éxtasis. De pronto sintió unas manos femeninas estrujando sus senos, notó la humedad de algunas lenguas recorriendo cada milímetro del cuerpo excitándola cada vez más, hasta que la poseyeron con fuertes embestidas, manejándola como una marioneta.

—¡Basta! ¿Acaso no comprendéis la magnitud de esta reunión?

Una figura se abrió paso ataviada con un manto de lino blanco sobre los hombros que cubría la túnica púrpura. En su dedo índice lucía un anillo con un diamante rosa. Ella era la única que llevaba el rostro descubierto, el cabello azabache le caía como una cascada y los ojos negros resaltaban su piel pálida. Tras ella iba un hombre, de no más de cuarenta años delgado y muy atractivo, los

ojos verdes resaltaban en su rostro, tenía el cabello castaño claro y ondulado. Le acompañaba un niño, de ojos oscuros y cabellos negros como la noche que sostenía un violín en sus manos.

Avergonzados no osaban levantar la visita del suelo, mientras daban paso a sus líderes.

—Tú, cúbrete. —El tono de Adrienna Paganini era firme—. No es momento para sucumbir ante el placer.

—Lo siento —dijo avergonzada.

Ignoró las palabras de la chica y subió a una roca plana de color gris situada entre dos árboles milenarios. Desde allí podía ver a la luna teñida de rojo.

—Escuchad lo que os tenemos que anunciar.

Poco a poco formaron un círculo alrededor de Angelo, que miraba extrañado todo aquello. No entendía nada y solo quería ir a casa para jugar al juego nuevo de que le habían regalado.

—Nuestros enemigos, anhelan aquello por lo que hemos luchado durante generaciones —dijo Adrienna—. Este papel ha causado muchas muertes entre los nuestros. Os advierto de que se aproximan tiempos complicados, e incluso puede que haya algún traidor o traidora aquí presente.

Comenzaron a murmurar entre ellos tras escuchar las palabras de su anfitriona. Todas las personas de allí conocían bien el secreto que guardaba aquella partitura.

—¿Qué podemos hacer?

—Defendernos, si es necesario. —Dante Paganini se situó al lado de su hijo—. Ha llegado el momento de revelar al mundo el secreto mejor guardado, y que cambiará por completo a la humanidad.

Alzaron sus miradas a la luna enrojecida, ansiosos de que al fin se interpretara la melodía. Sus progenitores le habían preparado para el gran momento durante años. El pequeño respiró varias veces para calmar los nervios y súbitamente, el violín cobró vida.

De pronto, un grito desgarrador rompió la emoción de los allí reunidos y dejó de tocar antes de que la canción llegara a su fin. Adrienna yacía en el suelo con los ojos abiertos y la boca desencajada por el dolor. Dante se arrodilló a su lado, temiéndose lo peor.

—Te pondrás bien, aguanta —dijo con la voz entrecortada—. ¡Rápido, necesito un médico!

Mientras reinaba el caos en aquel lugar oculto del bosque, nadie se percató de la figura que caminaba hacia el pequeño. Por un momento, su mirada se cruzó con la de su madre segundos antes de que lo alzarán y se lo llevarán en volandas lejos de allí.

—¡Suéltame! —Intentó zafarse varias veces.

—Tranquilo, no te haremos ningún daño.

A lo lejos una mujer observaba todo cuanto sucedía, mientras rezaba de rodillas con fervor y sujetaba en sus manos un rosario de madera.

CAPÍTULO 12

—He conseguido localizar a algunas personas de la lista. —La agente tenía la vista fija en la pantalla del ordenador.

—¿Y bien? —dijo Oliver sin demasiado interés.

—He contactado con algunos, la mayoría no tienen ni idea de quién es Theresa Kleim. Puede que solo sea una coincidencia que tengan el mismo apellido. Sin embargo, mira esto. —Giró la pantalla—. Esta mujer se parece mucho a la fallecida.

El policía levantó la vista desganada, casi más por insistencia de Amal. En realidad, su mente se encontraba muy lejos; para ser más exactos en noviembre de 2007.

Los recuerdos le atacaron sin piedad y le mostraban

imágenes de su novia con la cara ensangrentada y el cráneo abierto como una fruta podrida, pasó muchas noches sin dormir a causa de una recurrente pesadilla. En ella Odette, se le acercaba con los brazos extendidos y la mandíbula desencajada hacia él profiriendo unos sonidos guturales, entonces se despertaba empapado en sudor e iba al frigorífico a por un par de cervezas o puede que más. Hasta que amanecía en el sofá rodeado de latas y un dolor de cabeza insoportable. Muy pronto sustituyó la cerveza por bebidas más fuertes.

—¿Te ocurre algo? No tienes buen aspecto.

—No, tranquila. Estoy bien —dijo en un tono más bien seco.

Ella intuyó que se trataba, aunque prefirió no decir nada. Conoció a Oliver cuando ingresó en la policía Federal, en esa época parecía un muerto viviente con los ojos inyectados en sangre. Una tarde, en el archivador le abrió su alma, y en ese instante comprendió que le estaba pidiendo ayuda. Le acompañó tras insistir muchas veces, a la primera reunión de alcohólicos. Con el paso del tiempo se fue abriendo al grupo y parecía haber avanzado en la terapia, hasta la otra noche. Amal deseaba con todas sus fuerzas que solo fuese una recaída sin importancia.

—Es increíble el parecido que tienen las dos. —La voz del agente la sobresaltó—. ¿Crees que pueden tener alguna relación?

—No lo sé. —Levantó los hombros—. La única forma de saberlo es ir hasta allí.

—¿Pretendes presentarte ante sus narices, y decirle que se parece mucho a una mujer que se estampó contra el suelo?

—Tú mismo lo has dicho. Si nos damos prisa, todavía podemos pillar un vuelo.



Tres horas más tarde ambos iban en un avión destino a París. Cenaron un puré de patatas insípido y unas salchichas ahumadas que sabían a plástico.

Al fin llegaron al Aeropuerto Charles de Gaulle, ubicado en Roissy muy cerca de la capital francesa.

—He reservado habitación en un hotel —dijo Amal mientras arrastraba su maleta verde limón— ¿Has estado en París?

—No, es la primera vez que vengo.

—Entonces yo seré tu guía. —Le guiñó un ojo.

Subieron a un taxi estacionado en la salida del

aeropuerto, el conductor era un hombre de mediana edad y aspecto amable.

—A la Rue Vendôme, por favor —indicó Amal.

El taxista ajustó el espejo retrovisor y en menos quince minutos llegaron a su destino. Les ayudó a bajar el equipaje del maletero y la agente le agradeció el gesto con una propina generosa que el hombre rechazó con amabilidad.

El hotel donde iban a alojarse era muy acogedor, solo contaba con diez habitaciones pequeñas. La de ellos tenía dos camas juntas con una mesita a cada lado, un armario empotrado en la pared y el baño con plato de ducha, una pila con un espejo y la taza.

—Tendremos que dormir juntos —dijo Oliver.

—Sí, es imposible separar las camas. Elige que lado quieres. —Abrió la maleta y sacó una blusa blanca junto a unos tejanos ceñidos al cuerpo de cintura alta.

Era mediodía y empezaban a tener hambre, la comida del avión les había dejado con mal sabor de boca. En la recepción la chica les dio la dirección de varios restaurantes y bistrós.

—El hotel cuenta con su propio restaurante —les explicó—. Abre en diez minutos.

La recepcionista parecía sacada de una revista de moda. Era alta y de rasgos finos, tenía el pelo rubio dorado recogido en una

cola de caballo y los ojos redondos azul claro.

—Quizás un día de estos podríamos tomar algo.

—No se me permite salir con clientes. Política de la empresa —le dijo en tono seco.

Oliver se encogió de hombros y fue hacia la puerta, mientras su compañera se reía a carcajada limpia.

—Compañero, te acaban de dar calabazas — chasqueó la lengua y caminó a unos cuantos metros delante de él.

Oliver se volteó hacia ella con la mano en el corazón y el rostro compungido.

—Quizás haya alguien esperando a este pobre agente en la ciudad del amor.



Tras una visita a los lugares más emblemáticos, como La Torre Eiffel, el museo del Louvre y los campos Elíseos, comieron en un restaurante apartado de las calles más turísticas. Al regresar a su hotel, la recepcionista les entregó un sobre en el que no figuraba ninguna dirección.

—Han dejado esto para vosotros —dijo mientras se preparaba para salir.

El policía lo abrió sin perder un segundo más y leyó el mensaje escrito en un trozo de papel blanco: SACRIFICIO.

Arrugó el papel con rabia y lo lanzó contra la pared, la agente Najem le miró extrañada y leyó la nota.

—¿Quién ha dejado este sobre? ¿Se acuerda de su aspecto, señorita?

—Me llamo Chantal Dupont, no recuerdo haber visto a nadie. Me he ausentado un momento de mi puesto y al volver ya estaba encima de la mesa.

—Gracias por su ayuda, señorita Dupont. —Le tendió una tarjeta con su número de teléfono—. Si recuerda algo más llame a este móvil, por favor.



La chica salió ilusionada, pensando en la cena sorpresa que le había preparado a su prometido por su tercer aniversario. Sin embargo, ella jamás llegaría a la cita. A la mañana siguiente unos repartidores encontraron su cuerpo frío con el rostro amoratado.

Tras una noche de insomnio, su jefe llamó hecho una furia desde Viena.

—¿Qué cojones se os ha perdido en París?

—Vamos tras la pista de una persona que puede ser clave para la investigación —dijo Amal en tono pausado.

Después de unos segundos de silencio en los que la agente escuchaba los bufidos e impropiedades de su comisario, reanudó de nuevo la conversación.

—Está bien, mantenedme informado de cualquier avance.

Antes de que pudiera responder, sonó un clic que daba por terminada la charla. Sin perder tiempo pararon a un taxi para ir a hablar con las autoridades parisinas.

—Quieren que nos retiremos del caso, la nota con las mismas palabras de la escena del crimen y esa pobre chica estrangulada.

—Puede que vayan tras nosotros desde el primer día y sepan todos nuestros movimientos.

—Averiguaremos quien nos sigue la pista. Conozco a una grafóloga que nos ayudaría a saber qué clase de persona ha escrito este mensaje.

—¿Estás seguro de que nos podemos fiar de ella?

—Sí, la conozco hace años. Confía en mí, Amal.

—Bien, envíale la carta. —A decir verdad, no confiaba del todo en aquella desconocida.

—Solo hay un pequeño inconveniente: habrá que entregarle la carta en mano. Si nos están siguiendo, habrán manipulado nuestras cuentas.

—Es cierto, hay que valorar todas las posibilidades ¿Dónde vive tu amiga?

—En Valencia, una ciudad española. Me pondré en contacto con ella.

Entraron en el bloque gris de ventanas diminutas construido a principios de los noventa sin ningún tipo de atractivo.

—Adelante, os estábamos esperando.

Los acompañó hacia el despacho de su superior e intercambiaron unas cuantas frases antes de regresar a su puesto.

—Monsieur Beaumont, los agentes Amal Najem y Oliver Moritz han llegado.

—Adelante tomad asiento, por favor.

—Lamentamos el incidente de la pobre chica, señor Beaumont.

—Llamadme Charles, por favor. Me gustaría estar al corriente de vuestra investigación. Una ciudadana parisina acaba de ser asesinada, y no puede quedar impune.

Le relataron todo lo ocurrido desde la aparición de un

hombre asesinado en la habitación donde se alojaba Angelo Paganini, hasta la muerte de Theresa Kleim.

—¿Y dices que el principal sospechoso es un músico?

—Exacto, aunque tengo firmes sospechas de que él solo es un cabeza de turco.

—Mi delegación se encargará de averiguar quién asesinó a la señorita Dupont ¿Observasteis algo extraño o inusual la noche del crimen?

—No —mintió el agente Moritz—. Todo ha sido una fatal casualidad, no veo relación alguna con esa pobre chica.

—De acuerdo, pueden irse. Ha sido un placer.

Al salir de allí Amal le preguntó por qué no dijo nada acerca de la nota amenazante que recibieron la noche anterior.

—No quería que ellos se la quedaran. Investigaremos por nuestra cuenta, viajaré hasta España y me pondré en contacto con mi conocida.

—Ve con cuidado. Yo intentaré localizar a Nina Kleim.

Ambos se despidieron y acordaron estar en contacto en todo momento.

La agente alquiló un coche para llegar a Normandía, encendió la radio mientras pensaba que le diría cuando tuviese delante al familiar de Theresa Kleim.

CAPÍTULO 13

El violinista veía cada vez más cerca su libertad. Aurora le visitó en varias ocasiones, las visitas siempre eran de menos de diez minutos. Era una mujer clara y directa a la hora de decir las cosas, y no tenía intención alguna de entablar amistad con ese niño.

—Angelo Paganini. Sígame, por favor —dijo un funcionario con labio leporino.

Atravesaron los largos pasillos donde estaban las celdas, hasta llegar a una puerta de metal. Sacó un manojó de llaves del uniforme y subieron por una escalera bastante empinada.

Arriba del todo, tropezaron con una puerta y una placa dorada que ponía el nombre del actual alcaide con

letras mayúsculas.

—Señor Spatz. —Se asomó el vigilante.

—Adelante, le estaba esperando. Gracias, oficial, puede retirarse.

Herman Von Spatz era un hombre alto, llevaba el cabello rubio cortado a cepillo, tenía ojos azules. Era de porte elegante y atlético, contaba con unos modales exquisitos, su buena educación y saber estar eran conocidos por casi toda Austria.

Casi siempre recibía invitaciones a fiestas superfluas que declinaba siempre de forma respetuosa.

—Siéntese, señor Paganini —insistió con amabilidad.

—Muchas gracias —dijo con recelo.

—Me he tomado la libertad de estudiar su acusación: usted está aquí por asesinato en primer grado.

—Me acusaron sin ninguna prueba.

Herman levantó un momento la vista del informe y observó al músico. En su mirada vio desesperación y tristeza ocultas tras esa arrogancia.

—No se preocupe, en unas semanas saldrá de aquí.

Libertad, un bien que no se valora cuando se tiene. Tan solo una palabra que se pierde en el aire, poderosa y efímera. Descendió a su propio infierno y de un día para otro, se vio envuelto en una negrura constante. Sin embargo, todo esto alimentaba su sed de

venganza contra aquellas personas que le encerraron como a un animal.

—Espero que la noticia sea de su agrado. —El alcaide buscaba unos documentos en el archivo.

—Sí, señor Spatz, gracias.

—Me alegro, y ahora firme aquí, por favor.

Después de firmar varias hojas, se levantó y fue hacia la puerta. Herman no dejaba de observar a aquel joven, conocía bien su carrera artística y le parecía increíble tenerle delante.

—Antes de irme, me gustaría pedirle algo.

—¿De qué se trata? —Angelo estaba de espaldas a la mesa con la mirada fija en la pared de enfrente.

—Me gustaría que tocara para mí. Soy un gran melómano y durante años le he seguido en cada concierto, déjeme decirle que posee un gran talento. Estoy hablando de una audición privada en mi hogar.

Se quedó sorprendido, no esperaba algo así, él era un simple reo en estos momentos.

—Aquí tiene mi tarjeta. Será un honor que nos deleite con su música.

En el fondo no pudo evitar sentirse halagado, después de todo todavía quedaban personas que apreciaban

su talento.

—Puede retirarse. Le pido discreción por su parte —dijo Herman antes de despedirse.

No tenía intención alguna de hablar con esos palurdos, así que no le costaría nada guardar el secreto.

—Recoge tus pertenencias, tienes diez minutos —dijo en un tono seco un funcionario.

Le indicó que le siguiera por la parte trasera del edificio hasta llegar donde estaban encerrados los presos más adinerados, la mayoría de ellos acusados por estafa y corrupción.

—Esta será tu celda, Así lo ha ordenado el alcaide.

Al abrir la puerta apareció ante sus ojos una estancia limpia, con una cama situada bajo una ventana cerrada con seguro, un armario y un aseo pequeño, que contaba con una pila y la taza del váter al lado. Ya no tendría que soportar el hedor a mierda y meados que se entremezclaba en su antiguo pabellón.

Se tumbó en la cama y se dejó llevar por el olor a limpio que ya creía haber olvidado, hasta que una voz le saco de su duermevela.

—Tú, el nuevo. Estoy al lado de tu celda. ¿De qué te han acusado?

—Asesinato en primer grado.

Su nuevo compañero silbó con un silbido largo antes de

responder.

—Estás jodido amigo. Yo estoy aquí por robo, trabajaba en un banco y me quedé con un buen pellizco.

El violinista, que no tenía ninguna intención de entablar amistad con nadie, volvió a su posición inicial. El desconocido captó la indirecta y continuó montando un puzle de 2000 piezas.

Angelo se acostumbró pronto al pabellón nuevo, aunque continuaba cautivo sentía que las cosas iban mejorando. Cada noche, antes de que apagaran las luces, deleitaba a los demás con su violín e incluso los guardias alargaban su turno para oírle tocar.



Una mañana, mientras paseaba por el patio bajo un clima agradable, vio a su amigo Demetrio. El pobre tenía un aspecto deplorable, la piel se le adhería a los huesos, caminaba encorvado y su cara era un auténtico mapa.

—¿Qué te ha ocurrido?

—No puedo hablar —susurró—. Solo puedo

decirte que quienes me hicieron esto son muy peligrosos y ahora vete, es mejor que no nos vean juntos.

—No me iré hasta que no me digas que ocurre.

—Maldito estúpido. —Alargó el brazo y empujó al violinista hacia la valla metálica que les separaba—. He visto al diablo con mis propios ojos y te aseguro que posee una gran belleza. Fue una mujer quien me hizo esto, ella y los dos esbirros que tiene como perros guardianes.

—¿Acaso se te olvida quién soy? No le tengo miedo a nadie.

—Aquí no vales una mierda, olvídate de tus aires de grandeza. Ve con cuidado, a pesar de ser un capullo me caes bien. Esos matones buscan algo que tú posees, preguntaron varias veces por una partitura.

El músico le pidió que le contara con más detalles acerca de lo que buscaban, miles de preguntas acudían a su cabeza. Recordó con nitidez las palabras de Otto en aquella casa junto a otros músicos, y por mucho que lo intentara no encontraba explicación alguna.

—¿Pudiste ver sus caras?

Demetrio jamás olvidaría aquella mirada, fueron unos segundos, los suficientes para ver la reencarnación del mal en ese bello rostro de ojos azules y cabellera dorada.

—No tuve tiempo —mintió.

Un pitido fuerte y agudo interrumpió la conversación, era la alarma que indicaba el fin del tiempo al aire libre.

Tras cenar una ensalada de patata y un poco de pollo junto a otros dos compañeros que comían en silencio, se tumbó en la cama y pensó en las palabras de su único amigo ¿Por qué anhelaban una simple canción?

Su madre siempre le repetía que estaba destinado a algo muy grande, recordaba muy poco de ella, tan solo se le quedó grabado el perfume que solía usar.

Al amanecer, salió al patio con los primeros rayos de sol a estirar las piernas y le extrañó no ver a Demetrio allí.



—¡Rápido, un médico! —gritó la empleada de la limpieza.

Olga, una chica rolliza de casi treinta años, se encontró con toda aquella carnicería al abrir la puerta. Vio a ese hombre, porque poco le importaba como se llamaba,

además de que su memoria era más bien escasa, tumbado en un charco de sangre.

El médico del centro no tardó en acudir tras el aviso. Olga jadeaba como un perro por culpa del asma.

—Gracias, puedes retirarte, nosotros nos encargamos.

Se fue de allí resignada, le hubiera gustado ver que ocurría. El doctor examinó al herido y tras comprobarle el pulso, le realizó los primeros auxilios.

—Se ha cortado las venas. Por suerte, hemos llegado a tiempo.

CAPÍTULO 14

Nina, el único familiar de Theresa, vivía sin mantener contacto con nadie. Amal dio con ella casi de casualidad al ver su foto en un conocido buscador de Internet.

La voz empalagosa del GPS indicó que había llegado a Mandeville, una ciudad situada en la baja Normandía. Estacionó en los aparcamientos del único supermercado, desde fuera se escuchaba la megafonía con una voz robótica informando sobre las ofertas de la semana.

Miró el móvil no quería encontrarse aún con nadie, con todo lo que habían pasado y las pocas horas sin dormir necesitaba recuperar fuerzas. Además, tenía que pensar como ganarse la confianza de la mujer, no podía llegar y

decirle que otra persona igual a ella se suicidó en Austria.

«Pensaré que estoy como una cabra», y acto seguido, comenzó a reírse sola.

Tan solo quedaba esperar, quizás pudiera esclarecer algo, un pequeño dato que le diera luz en la investigación.



El teléfono comenzó a sonar dentro de la mochila, donde llevaba la cartera y una botella de agua. En la pantalla apareció el nombre de Dafne, la enfermera que estaba al cuidado de su madre.

—Al fin puedo localizarte, es urgente.

Un silencio incómodo se interpuso entre las dos y aunque intuía que iba a decirle, no estaba preparada.

—¿Qué ocurre? —dijo con un hilo de voz.

—Ha empeorado en muy poco tiempo, hasta ahora yo podía hacerme cargo de ella, aunque ahora mismo dudo poder seguir haciéndolo. Se niega a probar bocado y ha intentado escaparse varias veces.

—¿Cómo podemos ayudarla?

—Voy a ser sincera contigo, Amal. La mejor opción es una

residencia donde puedan cuidarla. Sé que es muy duro, cariño. Ahora mismo su mente es la de una niña de tres años.

—Lo comprendo. ¿Has hablado con mis hermanos?

—Están de acuerdo con la decisión. Créeme, aprecio mucho a vuestra madre y pienso que estará mucho mejor. La residencia cuenta con un equipo médico y de enfermería magníficos.

—De acuerdo —dijo con voz derrotada—. Sigue adelante con los trámites.

Estaba abrumada por la noticia y tomó asiento en uno de los bancos de madera envejecida de la plaza principal. Los recuerdos y la culpa penetraron en su mente como un aguijón punzante. Pensó en la enfermedad que había alejado a su madre del mundo real y de todos los recuerdos, una mujer inteligente y divertida que ahora nadaba en las sombras del olvido.

Amal había sido una buena hija o al menos, lo intentó. Nunca dio problemas y acabó los estudios con muy buenas notas. Sin embargo, la relación entre ambas se deterioró cuando le contó que decidió presentarse a las pruebas para entrar en la Policía Federal.

—No quiero ver a mi hija muerta en algún callejón

—le dijo cuando vio su placa.

Este episodio las alejó poco a poco y aunque con el paso del tiempo limaron asperezas, jamás recuperaron la complicidad que tenían.

A pesar de todo, cuando comenzó a tener episodios graves, estuvo ahí con ella. Iban juntas a terapias esperando una mejoría que nunca llegaba ante la desesperación y tristeza de toda la familia. Necesitaba desahogarse porque, aunque no le sorprendiera la noticia, le sobrecogía el alma. Marcó el número de su padre y tras una charla recordando viejos tiempos se sintió más reconfortada.

Las tripas le rugieron como un león hambriento, miró el reloj enorme situado en la pared del ayuntamiento y buscó en TripAdvisor algunas recomendaciones, tras leer unas cuantas se decidió por una cantina de aspecto moderno con muy buenas reseñas.

Las personas que estaban allí apenas levantaron los ojos de sus platos, Amal cruzó el comedor y se sentó en una esquina de la barra.

—Por favor, ¿me podría dar el menú?

—Sí, ahora le traeré la carta.

Tras echar un vistazo se decantó por un plato de pasta a los cuatro quesos y una cerveza fría.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —preguntó el chico mientras preparaba unos cafés—. Lo digo por el acento.

—Soy de Austria, estoy aquí de paso. He venido a visitar a una conocida de la familia.

De pronto se le ocurrió algo, quizás él conocía a Nina Kleim y puede que le diera alguna información.

—Estoy a punto de terminar, si te apetece te puedo acompañar. Por cierto, me llamo Maxime. —Le tendió la mano a modo de saludo.

—Muchas gracias, Maxime. Soy Amal.

—Tu nombre no suena muy austríaco.

—Soy de procedencia libanesa, viví allí hasta los nueve años —le explicó.

—Lo siento, no quería sonar impertinente. He quedado fatal, ¿verdad?

—No te preocupes, se puede arreglar con un par de cervezas.

Se fijó en su aspecto agradable y su sonrisa sincera, tenía los ojos almendrados color avellana, era de estatura media, el pelo marrón oscuro, contrastaba con su piel blanca y en su rostro, se apreciaban algunas pecas.

—¿Tienes alguna foto de esa conocida tuya?

—Sí, un momento. —Le mostró la imagen que tenía en su teléfono móvil.

—Lo siento, no me suena su cara ¿Sabes dónde vive?

—Tengo anotada la dirección, en la Place de la Belle Fleur.

—Genial, iremos hasta allí en un paseo. Está a unos diez minutos andando.

Tras recorrer varias calles y algunas copas de por medio, llegaron a la dirección. Maxime le parecía un chico muy atractivo, y al fin y al cabo estaba de paso. Se aproximó hasta él y notó su aliento cálido sobre sus labios, a los pocos minutos ambos se estaban arrancando la ropa en el apartamento de él.

A la mañana siguiente se despertó desnuda con una nota escrita encima de la almohada.

«Hay café recién hecho he tenido que salir al trabajo. Espero volver a verte».

Giró el papel y vio su número de móvil anotado con bolígrafo azul.



Llegó hasta la plaza rodeada de edificios, el suelo estaba

adornado con adoquines de color gris y un árbol en el medio que a juzgar por su aspecto y por la forma del tronco, debía de ser milenario. En medio de los bloques varios establecimientos recibían a turistas y locales con los brazos abiertos.

Se plantó delante del bloque más viejo y descuidado, frente a ella apareció una puerta oxidada de color naranja con el cristal algo sucio. Buscó en el telefonillo varias veces el nombre de Nina.

Llamó a varios timbres y cuando estaba a punto de perder la paciencia, alguien le dio unos toquitos suaves en el hombro.

—Disculpe. ¿Busca a alguien?

—Sí, a esta mujer. —Le enseñó la fotografía de Nina Kleim

—Vivo en su misma planta, ella es una mujer muy reservada. ¿De qué la conoce? —Escrutó a la agente de arriba abajo.

—Soy su sobrina —mintió—. Quiero darle una sorpresa.

—¡Oh! Disculpa mi impertinencia, querida. No solemos recibir muchas visitas.

Subieron al ascensor, este tenía algunas pintadas y

dibujos obscenos en las paredes. Al llegar a su planta, se paró con un leve traqueteo que las hizo tambalearse.

—Ha sido un placer, y saluda a Nina de parte de Geneviève. Hace muchos días que no sé nada de ella.

Amal le dedicó una sonrisa a modo de despedida. Llamó a una puerta cualquiera y a los pocos segundos, abrió un hombre vestido con una camiseta interior demasiado apretada y unos calzoncillos que tampoco eran de su talla.

—¿Sí? —Se sacó el calzón de dentro del trasero—. ¿Qué quieres?

—Perdone la molestia, busco a Nina Kleim.

—Es la tercera puerta a la derecha.

—Muchas grac...

Antes de terminar la frase, el tipo cerró de un portazo farfullando algunas palabras que no debían ser muy bonitas.

—Nina, ¿está ahí? —Llamó varias veces sin éxito.

Aquella quietud no era normal y menos el hedor nauseabundo que salía por la puerta.

«Mierda, esto no me gusta nada».

Sacó la llave maestra que llevaba siempre consigo, y tras varios intentos consiguió abrir. El olor a podrido era tan fuerte que le obligó a ponerse un pañuelo debajo de la nariz, se adentró en la vivienda, en cada esquina había basura acumulada y restos de

comida en mal estado. Avanzó hasta el salón y buscó algún interruptor.

No se explicaba cómo podía vivir alguien en esas condiciones, o puede que hubiera abandonado el apartamento.

Continuó avanzando alumbrándose con la linterna del móvil y frente a ella, apareció una pintura de dos mujeres muy parecidas. Se acercó y vio dibujado un cerezo lleno de flores, en una de las ramas había un columpio de madera con una niña sentada en él, tenía una sonrisa que abarcaba todo su rostro, mientras una de las mujeres la miraba con ternura. Dedujo que podría tratarse de una escena familiar.

Un ruido la sobresaltó, era un murmullo tenue parecido a un susurro. Apagó la linterna y agudizó el oído.

Una sombra pasó delante de ella, pudo percibir una respiración fuerte y entrecortada. Volvió a encender la linterna del móvil con manos temblorosas enfocando frente a ella muy despacio. Ante sus narices aparecieron unos ojos inexpresivos azulados.

Observó con atención a la mujer que tenía enfrente, iba vestida con un camisón blanco hasta los tobillos con manchas amarillas y marrones en la parte baja de la cintura.

De pronto sintió un dolor punzante en la mejilla derecha, le había clavado las uñas en un acto reflejo. Amal sujetó a la desconocida por las muñecas, que se retorció como un animal asustado.

—No voy a hacerte daño, solo quiero hablar contigo — dijo con voz suave.

Nina tenía reflejado el terror en su rostro y ajena a las palabras de la policía, profirió un alarido que se le clavó en el cerebro.

Observó los grandes ventanales del salón y se percató que tenía todas las cortinas echadas, sin perder de vista a la dueña del piso abrió de golpe una de ellas y dejó que la luz del sol iluminase la casa. Volvió al lado de aquella pobre demente que permanecía tumbada en el suelo hecha un ovillo.

Se acercó a ella muy despacio y le acarició la frente surcada de arrugas, al parecer ese gesto la tranquilizó.

—Nina Kleim. —La mujer no tuvo ninguna reacción.

«Voy a probar algo».

La idea le surgió de repente, como una revelación.

—Theresa Kleim.

Entonces la mujer fijó su vista con la de la agente y comenzó a balbucear unas palabras que no tenían ningún sentido.

—Luna de sangre, violín, canción.

CAPÍTULO 15

La camiseta comenzaba a pegarse al cuerpo a causa de los más de treinta y nueve grados, se pasó la mano por la frente perlada de sudor. Oliver maldijo ese clima húmedo, tan típico del Mediterráneo.

Entró en un bar lleno de gente hablando a gritos y pidió una cerveza sin alcohol, la botella estaba casi congelada y agradeció el frescor del líquido cuando atravesó su garganta seca.

—Tome, cortesía de la casa. —El camarero le puso unas cortezas de cerdo con un ligero gusto a rancio.

—Gracias.

El hombre le contestó con una especie de gruñido como única respuesta.

Volvió a mirar por milésima vez su iPhone, Noelia se retrasaba más de lo previsto. Molesto por la impuntualidad de su amiga le escribió varios WhatsApp.

Tras varias bebidas y un bocadillo de tortilla de patata, que según el dueño del local estaba cocinada con ingredientes caseros, aunque el agente ponía en duda que estuviese hecha el mismo día, entró una chica ataviada con un vestido vaporoso que se le adhería a su piel bronceada por el sol. Se aproximó a la barra y pidió un par de consumiciones.

—Siento el retraso, he pillado atasco en la carretera. La mayoría salen a sus apartamentos en la playa y es un infierno conducir.

Levantó la mirada y observó a la mujer de cabello castaño oscuro ondulado largo por debajo de los hombros, ojos marrones con un ligero toque verde cuando le reflejaba la luz, altura media, esbelta y labios maquillados con un tono claro.

—Joder, llevo más de una hora aquí —chapurreó en castellano.

—No te enfades, invito yo a esta ronda. ¿Cuándo nos vimos por última vez?

El agente Moritz dio un trago apurando la bebida casi de inmediato.

—La última vez fue en el funeral de Odette —dijo Oliver

en un hilo de voz.

—Desapareces y después años de silencio, me pides ayuda. ¿Qué ocurre aquí?

—Su muerte me dejó hecho polvo. Noelia, si he acudido a ti es porque eres la única persona que puede ayudarme.

—De acuerdo te ayudaré, pero antes tienes que ponerme al día. —Se inclinó hacia él.

Le contó todo lo sucedido en Viena, el cuerpo desangrado que encontraron en la habitación donde se hospedaba Angelo Paganini, la muerte de Theresa Kleim y las laceraciones detectadas por el forense en el cuerpo de la fallecida.

—Mi compañera la agente Amal Najem, ha localizado a la hermana de Theresa.

—¿Por qué necesitáis mi ayuda? —insistió.

—Hace unos días recibimos una nota y esa misma noche hubo una víctima inocente que apareció estrangulada a pocos metros del hotel donde estábamos alojados.

—Oliver no quiero meterme en problemas y menos si hay muertos de por medio.

—Por favor, eres la única persona que puede ayudarnos. Te prometo que no te pasará nada. —Entrelazó

sus manos con las de ella.

—¿Tienes ahí la nota?

—Sí, confío en que nos puedas decir qué clase de persona la escribió.

—Será mejor que vayamos a mi casa y estudiar mejor la grafología de este escrito. Tengo un par de pizzas en la nevera — dijo tras echar una breve ojeada.

Tras pedir la cuenta caminaron hasta donde tenía estacionado la grafóloga su coche, un Volkswagen Polo gris marengo. Dentro había varios juguetes esparcidos y una sillita infantil en los asientos traseros.

—Es de mi hija. —Se adelantó a la pregunta —. Acaba de cumplir dos años.

—¿Cómo se llama?

Y de pronto le vino una punzada al corazón. Él y Odette hablaron tantas veces de tener hijos.

—Se llama Carlota, su foto está puesta en el espejo.

Tenía mucho parecido con Noelia, solo que la pequeña tenía el pelo negro y más rizado y la carita redonda marcada por dos hoyuelos en las mejillas.

—Bueno, bienvenido a mi hogar.

Estacionó el vehículo a pocos metros de una fachada color rubí con una puerta blanca y dos ventanas del mismo color.

Subieron por unas escaleras con piedras de colores incrustadas, sacó las llaves y abrió.

—Adelante, estás en tu casa.

La vivienda contaba con todas las comodidades a pesar de su tamaño pequeño, suficientes para ella y su hija.

—Carlota y yo no necesitamos nada más, ponte cómodo. ¿Quieres beber algo mientras enciendo el horno?

—No, gracias, deja que te ayude.

La chica observó un momento a su amigo y atisbó en él tristeza, acompañada de rabia y culpabilidad.

Ella estuvo en el funeral de Odette, esa tarde la lluvia caía con intensidad en señal de duelo. Durante todo el sepelio Oliver se mantuvo alejado de la multitud y al finalizar, se acercó al féretro y dejó caer sobre él una rosa blanca mientras las lágrimas surcaban su rostro.

—Oye, ¿por qué no vas sacando esa nota? Las pizzas ya están. —La fuerte vaharada de calor le hizo apartar la cara.

Minutos después estaban sentados en la mesa de la cocina con una cuatro quesos y una barbacoa junto a un té con limón helado.

—Mi despacho está en la planta de arriba, allí podré analizar la escritura del mensaje.

—De acuerdo, pero antes de saber quién nos amenaza, necesito un buen trago.

—¿Un trago? Esto es increíble. Mira, si quieres joderte la vida no será delante de mis narices o ¿Acaso no recuerdas que casi te retiran la placa y el carnet de conducir?

—¡Sí, era un maldito borracho que iba vomitando por las esquinas y apestando a alcohol, fue una época difícil! Estoy luchando y acudo a terapia todos los malditos jueves. Creo que soy capaz de saber mi límite.

—Si quieres una copa, fuera de mi casa —dijo con firmeza.

Necesitaba más que nunca un buen trago, tenía la garganta seca e incluso comenzó a notar un ligero temblor en las manos.

—Oliver, mírame. —Se puso de cuclillas frente a él—. Estás saliendo de ese infierno, por favor, no lo estropees.

—¿Cómo lo sabes?

—Fue de casualidad, el grupo al que acudes publicó una foto en Twitter y te vi ahí. Entonces lo supe.

—De acuerdo, lo siento, hay veces que la sed es más fuerte que mi voluntad.

Noelia puso una jarra de zumo de naranja recién exprimido. El agente se sirvió un vaso y se lo bebió de un trago, mientras ella examinaba con atención aquella palabra amenazante.

—Mira esto. —Con un gesto le indicó que se sentara a su

lado—. La persona que lo escribió estaba bastante alterada. Si te fijas bien hay un ligero temblor en las letras y al inicio el trazo es más firme y tiene más color. Sin embargo, al final es mucho más débil.

—Puede que se le acabase la tinta. —Levantó los hombros con indiferencia.

—Todo indica a que escribió amenazada por alguien y fue herida por la misma persona, eso explicaría el débil trazo.

—Esto lo cambia todo. Un segundo por favor, debo hacer una llamada.

El agente Moritz marcó el número de su compañera, tras varios tonos escuchó como descolgaban en la otra línea.

—Oliver, he descubierto algo sobre Nina Kleim.

Antes de terminar la frase, escuchó un estrépito de cristales rotos cerca de ellos, Noelia y Oliver permanecieron en silencio, ocultos debajo del escritorio. Ante ellos vieron a un individuo que llevaba unas botas negras acordonadas con suelas de goma, el agente se puso en pie con mucho sigilo y se inclinó hacia su amiga.

—Pase lo que pase no salgas de ahí.

El intruso empezó a abrir y cerrar cajones, iba por toda la casa rompiendo objetos y mirando detrás de las

fotografías. Hasta que de pronto sus ojos dieron con la nota que había encima de la mesa junto al ordenador, la cogió con las manos enfundadas con unos guantes negros y leyó su contenido. De pronto sonó una melodía proveniente de algún teléfono, se guio por el sonido y apartó de un manotazo la silla que tenía delante.

Oliver se abalanzó sobre aquella figura a la que solo se le veían los ojos.

—¿Quién eres? Habla ahora mismo. —Le apuntó con su arma reglamentaria.

Por única respuesta obtuvo un puntapié en el bajo vientre que le dejó sin respiración.

Noelia observaba atónita la escena y haciendo acopio de su valor se enfrentó al extraño que irrumpió en su hogar. El encapuchado quedó sorprendido al sentir arder su mejilla después de la bofetada y con toda la rabia arremetió contra ella, cerró el puño y le dio de lleno en la barbilla e hizo que un diente saltara por los aires. Dolorida y con la boca sangrando, buscó a Oliver con la esperanza de que no estuviese herido.

De forma inesperada el policía saltó sobre el atacante, derribándolo en el suelo. Tras el ataque los miró a los dos y escapó por donde había venido. En el suelo dejó un anillo que Moritz reconoció al instante.

CAPÍTULO 16

—Tienes que esconderte durante un tiempo. Esta gente es muy peligrosa.

Con el miedo en el cuerpo tras la invasión a su hogar, comenzó a llorar de rabia y maldijo a ese desconocido por haberlo profanado.

—Iré a casa de mi hermana. —Tenía la voz entrecortada—. Vive a unos quince kilómetros, ¿qué buscaba con tanto interés? Te aseguro que soy una persona normal, termino mi jornada, recojo a Carlota de la guardería y venimos a casa.

—Alguien ha ido tras mis pasos y parece ser que tiene mucho interés en que abandonemos el caso.

—¿Por qué? —insistió.

Oliver le relató la reunión de todos los músicos tras el

concierto en Viena.

—¿Es lo que declaró?

—Así es, y además mantiene que es inocente, aunque el cadáver estaba encima de la cama con el vientre abierto como si se tratara de un animal y sus huellas estaban por todas partes; además no tenía ninguna coartada sólida.

—Dices que Almudena Rialto estaba en esa reunión, podríamos hablar con ella. Vive en Madrid y solo tardaremos cuatro horas en llegar. Iremos en mi coche.

—Noelia no quiero que te metas en esto. Es muy peligroso y tu hija te necesita.

—No me digas lo que debo hacer. —Apuntó el dedo índice hacia su cara.

Oliver marcó de nuevo el número de la agente Najem que respondió de inmediato.

—¿Qué ha pasado? He oído ruido de cristales rotos.

—No puedo hablar ahora. Reúnete conmigo en Madrid.

—¿Estás loco? Tengo un billete en dirección a Austria, mi avión saldrá dentro de una hora.

—Escúchame, es muy importante que nos reunamos. Cambia el billete, nos han seguido.

—De acuerdo, nos vemos en unas horas. —Se

acercó a una ventanilla y cambió el billete a Barajas.

—Espéranos allí, iremos a buscarte —dijo el agente.

—El avión aterrizará a las siete de la tarde. Id con mucho cuidado Oliver. No sabemos a la clase de persona que nos enfrentamos.

—Descuida, nos haremos pasar por turistas.



Tras unas horas en carretera llegaron a la capital española y estacionaron en el parking del hotel que habían reservado por internet antes de salir. El edificio estaba muy cerca de la estación de Atocha, era un bloque moderno construido a finales de los años noventa, la recepción era muy amplia y tenía varios sillones alrededor de mesas de mármol donde se hallaban varias personas sentadas con sus equipajes, en el techo colgaba una araña de cristal con varios brazos de luces LED.

Se acercaron al mostrador de madera y les atendió un joven sonriente.

—El hotel les desea una magnífica estancia. —Les entregó la llave de la habitación y continuó atendiendo a otras personas.

Tras dejar sus sendos equipajes en la habitación asignada comieron en un bar de tapas. Todavía quedaban muchas horas para que Amal llegase de París, así que hicieron un poco de turismo. Visitaron la Puerta del Sol y se fotografiaron en la estatua del Oso y el Madroño, se perdieron en La Latina, donde probaron los famosos huevos estrellados y acabaron paseando por Gran vía y tomando un par de cervezas en Chueca.

—¿Habías estado antes en Madrid? —Consultó que línea debían coger para llegar al aeropuerto.

—No y ¿Tú?

—Sí, suelo venir a ver un musical al año con un par de amigos y mi hermana.

El traqueteo indicó que el tren había llegado, el vagón iba a rebosar por lo que les tocó estar de pie todo el trayecto.

La agente Amal Najem cogió su maletín de la cinta de equipajes, se acercó a una cafetería y pidió un café con leche. El líquido bajó por la garganta reconfortándola después de todo el ajetreo. Mientras sostenía la taza con las dos manos pensaba en aquella mujer y en su estado deplorable, Nina era la que estaba abierta en canal en el depósito de cadáveres, se preguntaba por qué

intercambiarían la identidad. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos un momento, de pronto una voz conocida la sacó de sus razonamientos.

—Ella es Noelia, la grafóloga de la que te hablé —dijo el agente Moritz.

—Un gusto conocerte, soy la agente Amal Najem. Supongo que Oliver ya te habrá puesto al corriente de todo.

—Hemos sido atacados en mi propia casa y se han dejado esto.

Examinó la joya que tenía Noelia entre sus manos, era la misma que encontró en el falso hueco de la habitación donde descubrieron el cadáver. Eso significaba que había más de una persona implicada. Tenía varias piezas del puzle, aunque estaban desordenadas y no sabía por dónde empezar.

—Oliver me ha puesto al corriente de todo —dijo Noelia—. Almudena Rialto vive muy cerca de aquí y hoy actúa en el Teatro Real, es nuestra oportunidad de acercarnos a ella o acceder hasta su camerino.

Los dos agentes meditaron la propuesta de su amiga y compraron las entradas por internet.

—Ahora solo nos falta comprar algo de ropa para esta noche.

Entraron a una tienda con el suelo de parqué y música

ambiental, la dependienta, parecía sacada de una revista con una sonrisa tatuada en el rostro y manicura perfecta.

—Buenas tardes ¿Necesitan ayuda?

—Sí, por favor, vamos a ir al Teatro real esta noche

—dijo Noelia.

—¿Van a ver la actuación de Almudena Rialto? Acompañadme, y usted caballero. —La dependienta se dirigió a Oliver—. Espere unos segundos, llamaré a mi compañera para que le acompañe a la sección de hombres.

Después de probarse varios modelos las dos chicas estaban en la entrada riendo a carcajadas.

—Parezco un pingüino. —Protestó el policía al verse en el espejo del probador.

—Un pingüino muy sexy. —Amal le guiñó un ojo.



Todos esperaban la llegada de la soprano que no se hizo esperar demasiado. De pronto apareció un coche negro con los cristales oscuros, el vehículo paró delante de la entrada principal y se abrió la puerta del copiloto. La artista

molesta por los potentes focos de las cámaras ocultó el rostro bajo su abrigo.

—Vamos, es nuestra oportunidad. —Noelia arrastró a sus amigos hacia el camerino.

La agente Najem se quitó los tacones y los dejó en el jardín.

—¿Acabas de abandonar unos zapatos de seiscientos euros?
—Oliver no salía de su asombro.

—Mis tobillos me lo agradecen. —Alzó los hombros quitándole importancia.

Hallaron una puerta medio oculta que, para su asombro no estaba cerrada con llave. Por allí accedían los artistas al escenario del teatro, inaugurado en 1850.

Bajaron por una escalera muy estrecha, a cada lado del pasillo estaban los camerinos, unos frente a otros. Al fondo destacaba una puerta de color blanco con el nombre de la soprano sobre una placa dorada.

Oliver llamó varias veces y una voz amable les respondió desde el interior.

—Un momento necesito unos minutos más. Todavía no estoy lista.

Hacía más de diez años que no actuaba en su ciudad natal y hoy lo hacía de nuevo, probablemente esta sería su última actuación tras realizar una gira por toda España.

—Soy la agente Amal Najem, es muy importante que hable con usted, por favor.

—Adelante, la puerta está abierta —dijo la cantante.

Un sillón de terciopelo granate estaba situado frente al espejo rectangular lleno de bombillas encendidas a su alrededor, en el medio había una percha grande de color gris con los vestidos que solía utilizar en sus actuaciones.

—Gracias, le presento a mi compañero el agente Oliver Moritz y a Noelia, la grafóloga del equipo. Comprendo su asombro y siento que nos hayamos presentado de esta manera.

Puso al día a la soprano explicándole todo lo sucedido hasta entonces.

—Yo estaba en esa reunión junto a Angelo y los demás —afirmó Almudena—. ¿Cómo puedo ayudarlos?

—Por favor, cuéntenos todo lo que sepa —pidió la policía sentándose frente a ella.

Les relató todo lo relacionado con la nota, la muerte de su hermana y la misma partitura que encontró cuando era una niña.

—¿Todavía guardas esa canción?

—Sí, la guardo en mi despacho.

—Si no es molestia, nos gustaría verla —dijo Oliver.

La cantante se giró hacia la agente y la observó con una amplia sonrisa.

—¿Cómo has dicho que te llamas, querida?

—Me llamo Amal. —Le devolvió la sonrisa.

—Tienes un nombre precioso. Tus padres tuvieron muy buen gusto.

Almudena Rialto le causaba buena impresión y a pesar de que no la conocía de nada le inspiraba confianza. Quizás fuera por ese tono de voz suave o porque en su forma de gesticular le recordaba a su abuela, a la que apenas conoció.

—Me pusieron Amal por mi abuela materna. Ella tuvo una hija que murió a los cinco años y cuando nací yo, mi madre no dudó en llamarme como su hermana menor.

—Es un gesto precioso. Yo también tenía una hermana ¿Eres hija única?

—No, yo soy la pequeña de tres hermanos. Mis padres tuvieron a mi hermano mayor al poco tiempo de casarse.

—¡Oh, qué mala educación la mía! —Saltó de repente—. No os he ofrecido nada.

Abrió el mueble bar y les sirvió un poco de vino tinto a cada uno en una copa de cristal.

—Lo siento, no bebo alcohol. —Oliver rechazó la copa

con educación.

—También hay refrescos —le respondió la cantante—. Mi actuación comienza dentro de nada. Ahora avisaré por el pinganillo que dispongan de unas butacas para vosotros y cuando acabe, nos reuniremos aquí de nuevo.



La soprano salió a escena con un vestido verde aceitunado largo y vaporoso con un generoso escote corazón. Los espectadores y espectadoras aguardaban con impaciencia a la gran estrella de la noche.

El escenario quedó en completa oscuridad con un foco enorme en el techo que iluminaba solo a la artista.

La puesta en escena era minimalista y muy íntima. Solo ella y el público sin ningún tipo de adorno o de distracción.

Al finalizar la actuación les dedicó unas palabras de gratitud y los oyentes le respondieron con una fervorosa ovación. El gentío aplaudía y le lanzaban claveles al

escenario, e incluso a algunos de ellos se le inundaron de lágrimas los ojos debido a la emoción y una de esas personas era Paula, que no había querido perderse por nada del mundo la función de su mejor amiga.

El teatro se fue vaciando y tras las saluciones de rigor, la cantante desapareció.

Paula se aproximó a Noelia, Oliver y Amal. Almudena no se equivocó al decirle que eran unos jóvenes muy agradables.

—Almudena me ha informado que quiere veros en su camerino, seguidme por favor.

Desaparecieron por una portezuela estrecha y regresaron de nuevo al tocador de la soprano.

—Veo que ya conocéis a Paula, mi amiga y consejera. — Se dirigió hacia ellos con unos sencillos canapés.

—El placer ha sido mío —respondió la mujer.

Miró extrañada a su amiga. No entendía por qué estaban esos tres desconocidos allí y más sabiendo lo celosa que era con su intimidad.

—Te lo explicaré todo cuando regresemos a casa. Hay un coche esperándonos en la puerta.

El Mercedes negro cruzó la Gran Vía y en pocos minutos se alejaron del centro de la ciudad. Llegaron a una urbanización privada donde vivía la cantante, su casa estaba bastante apartada de

las demás viviendas. El conductor paró el vehículo y Almudena le dio una generosa propina aparte.

—Bienvenidos a mi hogar.

Dentro hacía una temperatura fresca y agradable, en el salón de invitados les aguardaba una mesa llena de comida con distintos platos para degustar.

—Me gustaría cambiarme de ropa —pidió la agente—. No me encuentro muy cómoda con esto.

—Esos vestidos son una preciosidad, aunque son muy incómodos. El baño está al final del pasillo, a la izquierda.

Amal fue hacia el aseo con una bolsa donde guardó la ropa que llevaba antes de ir al teatro y más tarde regresó con unos pantalones cortos blancos que acentuaban su piel aceitunada y una camiseta de tirantes amplia.

—¿Vosotros no os cambiáis? —Miró a Noelia y a Oliver mientras untaba una hogaza de pan casero con queso cremoso a las finas hierbas.

El agente se encogió de hombros e hizo lo mismo.

Almudena desapareció unos instantes y regresó con un sobre grande con las puntas desgastadas.

—Descubrí esta melodía siendo una niña y al poco tiempo, asesinaron a mi hermana. Jamás se supo quién le

arrebató la vida.

—¿Me permite? —La grafóloga se acercó a la soprano.

—Adelante, y por favor, tutéame —respondió.

—Se trata de un documento bastante antiguo, incluso diría de varios siglos. Está escrito con pluma, fijaros en los trazos de las notas musicales. —Puso el papel a la altura de sus ojos.

—¿Tiene alguien un mechero?

El agente Moritz buscó en el bolsillo del pantalón y le dio un encendedor *Zippo*.

—Bien y ahora, estad atentos.

Acercó la llama a la hoja y al poco tiempo se dibujó una letra en el medio.

—¿Por qué aparece la letra C oculta entre los pentagramas?

—¿Cómo se llamaba tu hermana?

—Clara —respondió.

De pronto notó como todo le daba vueltas y se desplomó sobre un sillón. ¿Por qué? ¿Quizás descubrió algo y decidieron silenciarla para siempre?

Amal le dio un vaso de agua fresca, bebió y se sintió un poco mejor.

—Gracias, cielo. —Su voz tenía un ligero temblor a causa del nuevo descubrimiento.

Tantos años y nadie fue capaz de averiguar nada. Quizás si

hubieran visto la letra oculta podrían haber llegado hasta el asesino. Sin embargo, ahora no servía de nada volver la vista atrás.

Los ojos se le empañaron de lágrimas al recordar de nuevo a Clara y por unos segundos, le pareció escuchar su risa contagiosa.

—Almudena ¿Es esta la única pieza?

—No, Mihail y Rin contaron que también habían visto una igual y Angelo no quiso hablar.

—Ahora lo entiendo todo —dijo la agente—. Esa canción está repartida por todo el mundo y cada uno de vosotros tiene una parte.

—Otto nos habló de las fatales consecuencias si alguna vez se interpretase la sonata entera. Habría que poner al corriente de todo a Rin y Mihail. Sus vidas pueden estar en peligro.

—De acuerdo. ¿Puedes contactar con ellos?

Almudena Rialto asintió con la cabeza, si la policía estaba en lo cierto no estaba muy segura de llegar a tiempo.

—Oliver y yo encontramos este anillo en la escena del crimen.

Observó la joya con atención y un nuevo recuerdo le golpeó la mente. Su hermana guardó una sortija igual en

su joyero, una cajita de madera que le regalaron por su cumpleaños con un paisaje pintado con acuarelas.

—Clara, es precioso ¿Te lo ha regalado Pablo?

—No, no ha sido Pablo, y ahora duérmete.

La pequeña se incorporó en la cama extrañada.

—¿Tienes dos novios?

—No, boba y ahora vamos a dormir, es muy tarde.

—De acuerdo—. Bostezó.

—No le digas nada de esto a mamá. —Y le hizo jurar que guardaría el secreto.

—Clara tenía uno idéntico. —La voz apenas le salía del cuerpo.

—¿Estás segura? —Oliver se puso a su lado.

—Sí, estoy segura, en aquel momento no le di ninguna importancia e incluso me había olvidado por completo, hasta ahora.

CAPÍTULO 17

—Nuestros aliados están cumpliendo con su cometido. Otto era solo un señuelo, una víctima colateral. El verdadero objetivo es Angelo Paganini.

—Mi señor, cumpliré con mi deber. El violinista está bajo mi control, estoy a la espera de que me dé instrucciones para acabar con él.

—Calma querida, calma. Todo a su debido tiempo.

Unos ojos azules observaron al anciano que ocultaba su rostro bajo una capucha negra.

—Esta vez procura ser más discreta o acabarás con aquello que empezó tu padre.

—Mi padre es el hombre más poderoso del país —dijo con orgullo—. Tengo total impunidad.

—La soberbia te puede arrastrar hasta tu propia tumba.

—Sé cubrirme las espaldas.

Salió de allí con una media sonrisa en el rostro. Odiaba a ese viejo decrepito y de muy buena gana le hubiese retorcido el pescuezo. Miró la hora, aún estaba a tiempo de coger el último metro, así que se apresuró y bajó de dos en dos las escaleras. Al mirar el panel informativo vio que todavía quedaban cinco minutos para que llegara el tren, fue hasta la máquina expendedora y se compró un refresco.

—Tobías, ¿crees que es la persona adecuada?

—Veo la preocupación en tu rostro, mi fiel servidor. —Se acercó al joven y con un movimiento rápido le despojó de su túnica—. Nuestros adversarios sucumbirán ante nosotros y el secreto será desvelado. Seremos invencibles.

Sus manos viejas y artríticas acariciaron la espalda del chico deslizándose hasta sus nalgas.

—No he conseguido deshacerme de Oliver Moritz y Amal Najem. —Una voz grave irrumpió en la sala—. Asesiné a una chica con la idea de que les apartaran del caso y así ganar más tiempo, sin embargo, no ha sido así. Ella ha encontrado a Theresa Kleim.

Tobías apartó de un movimiento brusco al joven que tenía frente a él.

—¡Maldición! Tendría que haberme deshecho de esas dos cuando tuve oportunidad.

El recién llegado se dejó caer en una silla bastante incómoda frente al viejo.

—Nina saltó desde una ventana al enterarse de la muerte de Otto y han ingresado a Theresa en una residencia para ancianos en algún lugar de Francia. He oído que la encontraron en un estado deplorable y quien les dio el aviso fue una sobrina suya.

Tobías alzó la mirada, ellas dos no tenían ningún familiar vivo. Él mismo se encargó de ello hace mucho tiempo.

—Deberás hacer una visita a cierta mujer. —Una sonrisa malévola apareció en su rostro—. Por cierto, vigila los pasos de esa zorra engreída. Está dejando demasiadas pistas. Si no fuese hija de quien es juro que yo mismo le habría metido una bala en su precioso cuello.

—Es una de las mejores —respondió—. Ha cumplido con cada una de las misiones que se le han atribuido.

—¡Basta ya de charla! Ve y cumple con tu deber.

Se quedó solo en aquella estancia que contaba con un mobiliario muy sobrio. Solo había una mesa, un par de sillas y una estantería llena de libros viejos. Se asomó a la única ventana y

recordó cuando su abuelo le habló sobre esa canción en el lecho de muerte en un momento de lucidez. Desde ese mismo instante supo que dedicaría su vida a encontrarla.

Después de trescientos años los custodios de la sonata fueron derrotados. Sentía alcanzar el poder con la punta de los dedos, ahora solo le quedaba tener la partitura completa y hacer que el violinista la interpretara. Un solo fallo y el mensaje oculto se perdería para siempre.



Muy lejos de allí, Angelo continuaba con las tareas asignadas en prisión. Demetrio, su único amigo, fue trasladado a otro centro y él volvió a sentir el peso de la soledad de nuevo.

—Acompáñame.

Siguió al funcionario un hombre sexagenario de pelo gris, cejas frondosas y ojos azules. Atravesaron el patio donde los reos solían tomar un descanso o practicar algún deporte.

—El alcaide te ha mandado llamar.

Era la segunda vez que estaba en ese despacho después de tres meses.

—Por favor, siéntate —dijo con su afable voz.

Tomó asiento, solo el enorme escritorio se interponía entre ellos y le entregó un sobre cerrado con el sello del jurado.

—Si eres tan amable, por favor.

Rasgó el papel con cuidado y leyó la notificación firmada por la juez.

—Eres libre, se ha determinado que no existen pruebas suficientes para inculparte.

El músico dejó el documento encima de la mesa.

Después del encarcelamiento, donde sufrió toda clase de humillaciones y desprecios, al fin consiguió la libertad que tanto anhelaba ¿Qué le esperaba en la vida real? Y él que siempre fue una persona sin ningún tipo de inseguridad, notó como la angustia le invadía dejándole sin aliento.

—¿Te encuentras bien? La vuelta ahí fuera no es nada fácil, aquí permanecemos aislados del mundo mientras la vida sigue su curso. Eres joven y posees un talento innato, pronto regresarás a los escenarios. Espero que no hayas olvidado mi propuesta.

—Gracias por la invitación, señor Spatz.

—El placer es mío, nos vemos dentro de tres semanas en la dirección que tienes anotada en mi tarjeta, aquí es donde vivirás

ahora, es una vivienda tutelada y tendrás tu propio empleo en un supermercado a media jornada. Cualquier duda habla con Ingrid, la trabajadora social del centro.

Se guardó la carta en el bolsillo, un guardia le acompañó para que pudiera recoger sus pertenencias. Antes de abandonar el que había sido su hogar durante estos últimos años, fue a la celda de al lado y preguntó a Joseph donde podía encontrar a Demetrio.

—He oído que está en la Abadía de Nonnberg. —
Levantó la vista del libro que estaba leyendo.

—¿Una Abadía, estás seguro?

—Sí, ha llegado a mis oídos por medio de fuentes fiables.

El trabajador esperaba con impaciencia mirando el reloj de cuero que llevaba en su muñeca, regalo de su mujer en sus bodas de plata. El mes pasado cumplieron treinta años juntos, dos hijos en común y seis nietos.

—Vamos, no tengo todo el día.

Joseph se acercó a la reja y pegó su rostro en ella, al pasar el músico cerca de él, cargado con el violín y una bolsa de deporte con sus pocas pertenencias le agarró de la muñeca.

—Buena suerte. Echaremos de menos tu música.

El gran portón de hierro se cerró tras sus espaldas. A la salida no le esperaba nadie, miró la dirección donde debía ir y dio los primeros pasos hacia su nueva vida.

Después de un largo paseo y equivocarse varias veces llegó a Favoriten, el barrio multicultural por excelencia situado en el Distrito 10. Miró de nuevo la dirección que le había anotado la trabajadora social. Tragó saliva antes de entrar en el edificio de veinte plantas que sería su hogar, las manos le temblaban a causa del nerviosismo y la incertidumbre, puso la llave en la cerradura y la puerta se abrió con un sonido chirriante. Una vez dentro buscó su propio buzón, lo abrió y ahí estaba, tal y como le habían indicado: Un sobre con una tarjeta de identificación y algo de dinero.

El piso que le habían asignado estaba en la quinta planta en medio de dos puertas más. Se trataba de un estudio pequeño con cocina y salón todo junto, un sofá cama situado bajo la ventana desde donde se podía ver gran parte de la ciudad y un aseo minúsculo al lado de la entrada, dejó sus pertenencias encima de la mesa y se refrescó la cara en el baño.

No se asemejaba en nada a los sitios que estaba habituado a vivir, áticos y suites de los mejores hoteles. Observó su imagen en el espejo y se prometió a sí mismo que el mundo volvería a estar

a sus pies.

CAPÍTULO 18

—Hay vidas en peligro, Almudena. Por favor, pide protección y no salgas sola. Nosotros tenemos que regresar. Este es mi número privado, si ves algo extraño no dudes en llamarme.

—Amal fijó la mirada con la de la soprano.

—Gracias, lo haré. No comprendo quien puede estar detrás de todo esto.

Después de tantos años el miedo volvía a renacer en su corazón, ya le arrebataron a su hermana y temía que ocurriera lo mismo con sus nietas o su hija.

—No te preocupes, no dejaremos que os pase nada. Contactaremos con Rin y Mihail —intervino el agente Moritz.

—No —interrumpió—, prefiero hacerlo yo, si no os importa.

La cantante los acompañó hasta la verja de la entrada donde les aguardaba un Mercedes de color negro con los cristales tintados.

—Noelia, deberías regresar. La agente Najem y yo saldremos esta misma tarde a Italia.

—Quiero llegar al fondo de todo esto —respondió con firmeza.

—Esto no es un juego.

—Cállate de una maldita vez, Oliver. Es mi decisión y no hay vuelta atrás.

El agente fijó sus ojos con los de la chica y en un susurro casi imperceptible, maldijo al cielo y a todos los dioses.

—¿Te crees que esto es un juego? Ha muerto gente y has visto lo que son capaces de hacer. No puedo protegerte siempre y si te pasara algo, jamás me lo perdonaría.

—¡Egoísta! —dijo fuera de sí—. Acepté ayudarte, casi me matan en mi propia casa y ahora que te pido seguir adelante, quieres echarme fuera.

—Ya perdí a alguien y no me gustaría pasar por lo mismo.

—Entonces déjame ir contigo. —Noelia se acercó a

escasos milímetros de los labios del agente.

—Oliver —intervino Amal—, no le ocurrirá nada, te lo prometo. Y ahora debemos darnos prisa.



Llegaron a la estación de Avenida de América y se aseguraron desde donde saldría su autobús.

—Podríamos ir a comer algo, nuestro autobús no llegará hasta dentro de una hora. —Oliver sintió como le rugían las tripas.

Comieron unos bocadillos de calamares con mayonesa en un bar que estaba a pocos metros de la estación. Mientras se relajaban con el café, el móvil de la agente Najem comenzó a sonar. Se levantó y atendió la llamada proveniente del comisario.

Cuando terminó de hablar con Hans, guardó de nuevo el teléfono y regresó a la mesa donde estaban sus compañeros.

—Acaban de confirmarme que Angelo Paganini ha sido puesto en libertad.

—¡Mierda! —dijo Moritz—. Ese capullo se ha salido con la suya.

—No han encontrado ninguna prueba, Oliver.

—¿Crees en su inocencia, ¿verdad? Lo veo en tus ojos. No pensaba que caerías en su juego —dijo el policía en tono despectivo.

—¿Estás dudando de mi profesionalidad? —Saltó de la silla como si llevase un resorte en el trasero.

El agente sintió la mano cálida y suave de Noelia sobre su hombro en un intento de calmar el ambiente.

—Debéis pensar desde el punto de vista del otro. Puede que tú te hayas cegado por el odio que sientes y no te deje ver más allá.

Oliver guardó silencio, sí, era cierto, por alguna razón no sentía ninguna afinidad hacia el violinista y desde el primer instante puso la espada de Damocles sobre su cabeza. Sin embargo, Amal siempre se mostró imparcial anteponiendo la razón a los sentimientos.

—Lo siento, no era mi intención —se disculpó—. No he tenido una actitud muy profesional, jamás pondría en duda tu criterio ¿Recuerdas el nombre que nos dio?

—Disculpas aceptadas. Sí, he averiguado donde vive.



El autocar que los llevaría a Milán llegó a su parada, los tres se situaron en la fila con el billete impreso en el móvil. Y a los diez minutos de subir, el vehículo emprendió su rumbo.

No tardaron en dejarse mecer por Morfeo después de unos días de emociones intensas. Mientras dormían, alguien les observaba tras un gorro de lana negro y unas gafas que le cubrían casi todo el rostro.

Hicieron su primera parada en una estación de servicio situada en medio de una carretera donde apenas transitaban vehículos, aunque de vez en cuando se escuchaba circular algún camión.

—Tenéis media hora —dijo la chófer.

La mayoría de los pasajeros entraron en el bar de la estación, salvo unas pocas personas que prefirieron quedarse en el vehículo.

—No estaría mal cenar algo —sugirió Noelia—, desde el bocadillo de este medio día no hemos comido nada.

—De acuerdo —dijo Oliver—cerca de la ventana hay una mesa libre.

La carta del menú estaba en medio de la mesa con un plástico lleno de grasa y la mitad de los platos tachados con bolígrafo rojo. Al final se decidieron por un pollo al horno con

champiñones que parecía estar mucho tiempo preparado y una ensalada con demasiado aceite.

Mientras terminaban la cena con un café de los que te hacen ir al baño en segundos, el teléfono de la agente tembló dentro del bolso. En la bandeja del email había un mensaje de una tal Rin Tanaka.

—¿Recordáis a la pianista que estaba en la misma reunión con Almudena y los otros músicos?

—Sí. ¿Qué ocurre? —dijo Moritz.

—Me acaba de llegar esto. —Les dejó el teléfono para que pudieran leer el correo.

Disculpa si te causo molestias, me llamo Rin. Almudena Rialto ha contactado conmigo. Lo sé todo. Por favor, si eres tan amable de proporcionarme una dirección postal donde enviar la parte de la sonata que guarda mi padre, lo agradecería mucho. Mi madre murió siendo yo una niña y estoy convencida de que alguien la envenenó. Te ruego total discreción, no me gustaría poner a mi familia en peligro.

—¿Qué dirección podríamos enviarle?

—Una que no nos implique a nadie —respondió Noelia—, si nos están siguiendo, estoy convencida de que también interceptarán el correo. Lo más sensato sería darle

la dirección de alguien ajeno a todo esto.

—Sí, ya contaba con eso —dijo el agente—. Le daremos la dirección de mi casero, le llamaré con la excusa de que espero un pedido.

—No sé si es una buena idea, de una forma u otra él también está relacionado contigo. Oliver me juego el cuello a que están rastreando a todos nuestros conocidos. —Amal tamborileaba los dedos en la mesa mientras se le ocurriría alguna solución.

—¡Lo tengo! Le diremos que lo envíe al convento que hay en Estrasburgo y que no indique su nombre verdadero. De esta forma nadie se verá involucrado. Además, son monjas de clausura, nunca salen al exterior y la chica no se verá involucrada en el caso.

—Asesinaron a su madre, ya está involucrada —respondió la agente Najem.

—Por favor vayan regresando al autobús, reanudaremos la marcha en cinco minutos —anunció la conductora por megafonía.

—La mujer que está sentada tres mesas más atrás no nos ha quitado ojo en todo este tiempo —dijo Noelia—. Amal, ¿crees que la han enviado las mismas personas que nos atacaron a Oliver y a mí?

—Puede ser. Acaba de levantarse y va directa hacia los baños.

—Yo iré. —La grafóloga se levantó decidida—. Nos vemos en el autobús.

—Ve con mucho cuidado. —Oliver sujetó la mano de la chica durante unos segundos.

Una vez en el aseo grande con tres puertas y un espejo que ocupaba toda la pared, hizo como si se estuviese retocando el maquillaje. No pasó mucho tiempo, cuando la misma mujer a la que siguió se puso a su lado, dejó las gafas de sol junto al bolso, liberó su cabello rubio y por último se pintó los labios de un rojo intenso.

Noelia observó las uñas perfectas y cuidadas y el rostro casi angelical contrastado con una mirada gélida. No obstante, no fue la belleza lo que acaparó su atención, sino el anillo que llevaba en la mano derecha.

La desconocida volvió a ponerse las gafas oscuras y la boina de lana que ocultaba su cabello.

La grafóloga esperó un par de minutos y corrió hacia el autocar que ya tenía el motor encendido.

—Perdón por el retraso —se disculpó—. No encontraba la cartera.

—Sí, claro, es la excusa que ponéis todo el mundo. Regrese a su asiento, por favor.

La chófer puso en marcha el vehículo haciendo que

se tambalease mientras llegaba a su asiento.

—¿Has averiguado algo? —Oliver le cedió el asiento de la ventana.

—Gracias, es una mujer de aspecto escandinavo, piel blanca, pelo rubio y ojos azules. Lleva en el dedo el mismo anillo del individuo que irrumpió en mi hogar.

—No me las des, cielo. No quiero que me vomites encima.

—Te dije que solía marearme si no voy en ventana porque me agobian los espacios cerrados, no que vaya a echarle la papilla encima.

—Que conversación más romántica —interrumpió Amal con sarcasmo—. Este es el tercero contando con el que encontramos en la escena del crimen y son todos idénticos. Mi intuición me dice que el asesino de Otto, esa mujer y Angelo están conectados. No sabría decirlos cómo y las piezas de este rompecabezas no me encajan aún.

CAPÍTULO 19

En la Abadía de Nonnberg, la vida transcurría con tranquilidad ajena a los problemas del mundo. Su único contacto con el exterior era a través de la hermana Jaineba Nmbégue, la encargada de hacer la compra. Cada mes iba hasta Salzburgo y pasaba desapercibida entre los más de dos mil habitantes. Era una senegalesa alta y flaca de 1.80 m de altura, quizás un poco más, tenía una mirada profunda acentuada con sus ojos redondeados y negros. Entró en el supermercado donde solía comprar, sacó la lista del bolsillo del hábito y recorrió con calma los pasillos.

—Madre, he llegado —dijo a la superiora, una mujer de rostro bondadoso y mofletes caídos llenos de pequeñas arrugas—. Le he visto. ¿No cree que deberíamos comunicárselo?

—Aún no, hija mía. Aunque mejora poco a poco, sigue

muy débil. Debemos ser muy cautas y guardar el secreto.

Sor Jaineba le besó la mano y salió del pequeño despacho para encerrarse en su habitación y realizar las oraciones diarias, no sin antes pasar por la cocina donde se encontró con Demetrio delante de un tazón de leche fresca y unos bollos.

—Buenos días —saludó al entrar.

—Buenos días, hermana.

Cogió algo de fruta y volvió sobre sus pasos. Saludó a la monja encargada de la cocina y regresó a sus aposentos.

«¿Cómo he llegado hasta aquí? No recuerdo nada, todo está muy confuso dentro de mi cabeza», pensó Demetrio.

Aquel rostro acudía una y otra vez, junto a esa sonrisa diabólica y después los golpes que venían por todas partes.

Estuvo inconsciente más de una semana y cuando despertó se encontró en un ambiente desconocido donde solo reinaba la paz y el sosiego.

—Te has levantado con apetito. —Escuchó una voz detrás de él.

—Disculpe, no la he oído entrar. —Se levantó de la silla y le ofreció sentarse.

—Gracias, mis rodillas se resienten cada vez más. Me gustaría hablar contigo asolas, Demetrio. Acompáñame.

Atravesaron el pasadizo rodeado de ventanas góticas acabadas en punta con cristalerías de colores, en cada una de ellas se podía ver la imagen de un santo con los brazos extendidos hacia el cielo.

El despacho de la madre superiora estaba situado al final de ese corredor. Tenía un mobiliario escaso, solo contaba con un escritorio, una estantería llena de libros y un par de sillas.

—Fue enviado a prisión con la finalidad de protegerle.

El hombre escuchaba con atención las palabras de la mujer.

—Nos inventamos falsas acusaciones, nosotras sabíamos que él no cometió ningún asesinato. Otto fue hasta allí para contarle toda la verdad sobre quienes mataron a sus padres y prevenirle. Aunque extremamos las precauciones se enteraron, y la única opción fue mantenerle encerrado. Hace mucho tiempo hubo un baño de sangre, yo lo vi todo desde mi posición. Gracias al cielo me creyeron muerta y no me ocurrió nada. Entonces vi a Pina como se lo llevaba de ese infierno.

—Es cierto, no teníamos elección —respondió Demetrio—. Hicimos un juramento, aunque eso significase perder nuestras vidas.

—Nina ha muerto y encontraron a Theresa en un estado

deplorable. —La mujer apretó contra su pecho el rosario de madera que llevaba siempre con ella.

Demetrio palideció al escuchar la noticia, si les encontraban estarían perdidos, y el secreto se revelaría después de tantos años.

—Debemos asegurarnos de que no encuentren a Theresa.

—Hoy le han dado la libertad a Angelo Paganini. Se le ha proporcionado un lugar donde vivir y un trabajo.

—¡Maldición! Todo se complica, si ven que está libre no tardarán en ir a por él.

—Mantén la calma, no se atreverán. Ellos mismos se acusarían.

—Me gustaría preguntarte algo.

—Adelante. —La monja se acercó a su amigo.

—Nunca pensé que te entregarías a esta vida, Anne.

—No me quedaba otra opción —suspiró—. Mi vida corría peligro, este lugar ha sido mi escondite y un remanso de paz entre tantas desgracias.

—Hemos hecho un gran sacrificio. Yo tuve que abandonar a mi familia e hice que me acusaran de ser un monstruo. Ahora mi hijo tendrá unos dieciséis años y solo me acompaña su recuerdo. Esa es mi condena, mi sacrificio.

No poder decirle que soy su padre y que nunca me he olvidado de él.

—Tenemos que ser fuertes, mi estimado Demetrio.

Salió de allí y fue hasta la ciudad, agradeció el aire fresco golpeándole el rostro, observaba a los transeúntes que pasaban por su lado ignorándole por completo y sintió el alivio de la libertad, sus ojos se humedecieron y notó como le flaqueaban las piernas. Salzburgo cambió mucho desde la última vez que caminó por sus calles, sin embargo, todavía recordaba los sitios donde solía ir con Frida, su querida esposa y el pequeño Boris.

Tras un paseo y varias paradas de autobús llegó a la dirección que le proporcionó Anne. Demetrio tenía un objetivo en su cabeza, entró en el supermercado y se perdió por los pasillos largos y estanterías repletas de comida. Le llegó el aroma del pan recién horneado, allí en el mostrador vio a una cara conocida, estaba bastante más delgado y llevaba puesto el uniforme de la empresa.

—Angelo, soy yo —dijo conmovido al ver de nuevo al músico después de tanto tiempo.

El violinista que en ese momento se disponía a entrar en el almacén se detuvo. Esa voz le era tan familiar.

—Demetrio, no puede ser verdad. ¡Pensé que estabas muerto! —Se abalanzó sobre él y le dio un abrazo torpe.

—Estuve a punto de morir y pasé varias semanas inconsciente. Cuando desperté me di cuenta de que alguien me había llevado a otro sitio.

—¿Dónde te llevaron?

—Alguien podría escucharnos, este no es el mejor lugar para conversar.

—Termino en media hora, iremos a mi casa. Allí podremos hablar con tranquilidad.

Un hombre con la cesta llena se acercó al mostrador y pidió varias baguettes, Angelo cogió una bolsa de papel y las introdujo en su interior.

Al terminar se reunió de nuevo con su amigo en una cafetería cerca del supermercado. Después de saborear un café rápido y unos dulces sentados al lado de la ventana del local pagaron las consumiciones y caminaron hasta la estación de autobuses.

Se apearon en el barrio de edificios viejos que se había convertido en su hogar. Abrió la puerta metálica descolorida del inmueble e invitó a entrar a su viejo compañero tras cerrar con llave. Esta misma operación la volvió a repetir al llegar a su apartamento.

—No es un lugar muy seguro. —Se justificó.

Se percató de inmediato de la inseguridad del

violinista. Sin duda alguna no estaba acostumbrado a vivir en un lugar de esa clase.

—Siéntate, estás en tu casa. —Señaló hacia una butaca de color verde—. Ahora traeré algo de cena.

Se fijó en todos los gestos, ya no había arrogancia ni desprecio en él, ni usaba ya palabras hirientes e incluso percibió en su mirada algo de humildad.

—¿Todavía sigues tocando? —Señaló con la cabeza la funda del violín.

El chico tardó en responder y dudó si contarle la cita en casa de Herman Von Spatz.

—Siempre has tenido mucho talento para la música —continuó Demetrio.

—Te equivocas, no nací con un don especial. Han sido horas de ensayo, como cualquier otro músico, así que no hay nada extraordinario en mí.

Demetrio se inclinó hacia él con las manos puestas en las rodillas.

—Debes saber que no coincidimos por casualidad en esa prisión —dijo con voz seria—. Te estaba esperando.

—Fui a ese maldito lugar porque se me acusó de asesinato.

—Necesitábamos un pretexto para alejarte de las calles. Admito que no era la mejor forma. Solo pretendíamos protegerte.

El músico sintió como la ira se agolpaba en su rostro atónito ante las palabras que acababa de oír.

—Arruinar mi vida y echar por la borda mi carrera, que me costó años de esfuerzo, no es protegerme —alzó la voz.

—Corres un gran peligro ¿Te acuerdas de Pina? Le prometí que cuidaría de ti. Ella te adoraba, Angelo.

Por supuesto que se acordaba de ella. Era la única persona que de verdad se preocupaba por él. Recordaba los largos paseos después del colegio, salvo los días que llovía y preparaban bizcochos de limón, también de cómo iba hasta su cuarto y le abrazaba hasta que se dormía de nuevo tras una pesadilla.

—Yo también la conocí, ella te sacó del lugar donde murieron Adrienna y Dante, tus padres.

Angelo tenía la mirada fija en él y apretaba las manos con ira.

—¿Cómo te atreves a manchar su nombre acusándola de ser una asesina?

—¿Recuerdas el día de tu octavo cumpleaños? No te llevaron a ese bosque porque sí.

Claro que se acordaba de ese día y en los últimos meses, la imagen de aquel recuerdo era cada vez más nítida.

—Tenía que tocar la melodía que llevaba ensayando sin descanso durante meses, me acuerdo de mi madre vestida con una túnica de seda hasta los pies.

—Hay muchas cosas que desconoces.

—Entonces ha llegado el momento de saber toda la verdad.

—Todo este tiempo se te ha ocultado la verdad para protegerte. He visto cómo moría gente con mis propios ojos.

CAPÍTULO 20

—Sí, era idéntica a esa —dijo Noelia contemplando la joya—, aunque la vi solo un momento, supe que se trata de una pieza de gran valor.

—Según un relicario procede de algún país de medio Oriente —respondió Oliver.

El autobús anunció la llegada a su destino, esperaron a que los demás pasajeros bajaran y cuando no quedaba casi nadie en el vehículo hicieron lo mismo.

Un taxi los llevó hasta el hotel que habían reservado en la Piazza de la Signora.

—Buenos días, tenemos una reserva a nombre de Amal Najem.

—Buenos días —dijo el recepcionista—, un momento, por

favor. Disfruten de su estancia.

Al abrir la puerta se llevaron una grata sorpresa. Era una habitación amplia y muy iluminada con tres camas, un cuarto de aseo grande con un balcón donde se podía ver la plaza.

—Necesito una ducha —dijo Amal oliéndose las axilas—. El viaje ha sido agotador.

—Nosotros bajaremos a cenar algo —respondió Oliver.

—De acuerdo, yo estaré lista en veinte minutos o menos.

—Tranquila, tómate tu tiempo ¿Ya existe un *nosotros*? —dijo Noelia.

Moritz se quedó confundido con la respuesta. Aunque se reencontraron hace apenas unas semanas, floreció en el agente un sentimiento que creía muerto.

—Relájate, cielo. —Se acercó a él y le besó en la mejilla—. Era solo una broma, me encanta que haya un *nosotros*.

Oliver la cogió por la cintura y le devolvió el beso.



El restaurante estaba vacío por lo que tuvieron la suerte de poder elegir mesa. El maître, un hombre delgado con una calva brillante y un bigote negro frondoso les dejó la carta.

—Buenas noches. ¿Les tomo nota?

—Gracias —respondió la grafóloga—, estamos esperando a nuestra amiga.

Regresó de nuevo a la barra sin perder la sonrisa dibujada en el rostro.

—Has cambiado mucho desde la última vez que nos vimos, Noelia y me encanta. —Acarició con suavidad su mano con la yema de los dedos.

—Éramos unos críos de dieciséis años.

—Me rompiste el corazón. —Se llevó la mano al pecho fingiendo dolor.

Los dos rieron a carcajadas al recordar el verano de 1998 en el Mediterráneo.

—Me acuerdo de que odiabas mojar te el pelo —dijo ella— . Y eso que lo llevabas corto.

—Fue la mejor época, después conocí a Odette y bueno, ya

sabes cómo acabó. Con ella muerta y yo alcohólico.

—Tiene mucho valor salir de una adicción —le respondió—. Mira, Amal ya está aquí.

La policía tomó asiento en una silla frente a ellos. Los rizos azabaches le caían sobre los hombros y llevaba puesto un favorecedor vestido de color crema hasta las rodillas.

El camarero acudió de nuevo a la mesa, les dejó la carta y desapareció.

Tras decidirse por una ensalada Caprese para compartir y tres platos de pasta distintos para degustar, regresaron a la habitación, una vez allí el agente cogió ropa interior limpia y entró en el cuarto de aseo.

—Noelia, él ha sufrido mucho —dijo de pronto Amal—. Yo he vivido su dolor. Los dos entramos al mismo tiempo al cuerpo y hemos superado muchos obstáculos.

—¿Conoces su historia?

—Fui yo quien le obligó a pedir ayuda. Después de tocar fondo, perdió las ganas de vivir y se refugió en el alcohol.



A la mañana siguiente, tras tomar un desayuno típico italiano que consistía en un cappuccino y unos *ciambelle*, una especie de rosquillas parecidas a los Donuts, fueron hasta el Conservatorio de la ciudad, era un edificio grande construido en 1720 en la corte de los Medici situado en la Piazza delle Belle Arti, repleta de obras de arte como el David de Miguel Ángel al que los turistas immortalizaban en sus móviles, mientras que los amantes de la música se perdían en el museo dedicado a varios instrumentos.

Amal, Oliver y Noelia se alejaron del grupo con el que iban y subieron por una escalera oculta a los turistas. Al llegar arriba del todo, se toparon con una habitación minúscula iluminada tan solo con una bombilla colgada del techo. Oculto detrás de una montaña de documentos, vieron a un anciano con gafas redondas, pelo escaso y pámulos pronunciados.

—Está prohibido estar aquí —dijo mientras firmaba algunos documentos con manos temblorosas.

—¿Es usted Salvatore Baglietto?

El hombre les observó por encima de sus anteojos.

—El mismo. ¿Quién pregunta por mí?

La agente Najem le puso al corriente del caso, Baglietto escuchaba con los brazos apoyados sobre la mesa.

—Angelo Paganini fue alumno de este centro. Adrienna insistió en que fuese yo su tutor.

—¿Qué ocurrió con sus padres? Tengo entendido que los asesinaron.

—Encontraron sus cuerpos en un bosque cercano.

El anciano no les confió que él mismo fue quien disparó contra el matrimonio Paganini. La culpa le atormentó durante todos estos años, sin embargo, no tenía otra opción. Si los hubiese dejado vivir, el secreto que durante tanto tiempo se custodió, hubiera salido a la luz. Con la ayuda de sus iguales ocultaron el paradero de Angelo teniendo la certeza de que le buscarían sin descanso para cumplir su propósito.

—Conocemos la historia de la sonata —dijo Amal—, o al menos parte de ella.

Salvatore asintió con una leve sonrisa en los labios y examinó a esos tres extraños que afirmaban saber la maldición de aquella partitura.

—Nuestros ancestros esparcieron la melodía tras la muerte del compositor.

—Hay algo que no entiendo —interrumpió Noelia—. ¿Por qué hay tanto miedo en que se interprete esa pieza?

—Espero que tengáis tiempo para una larga historia.

Les indicó que le acompañaran por el pasillo hasta llegar a una puerta de madera oscura. Sacó una llave dorada del interior de la chaqueta y tras varios intentos consiguió abrir.

—Mis manos tiemblan cada vez más —se disculpó—. Sed bienvenidos a mi hogar, he pasado media vida aquí.

Al entrar cerró la puerta con cerrojo. Era una estancia muy iluminada, aunque de tamaño reducido, la cocina y el salón estaban juntos separados solo por una cortina tupida, al lado de la ventana había un armario de madera de cedro y frente al mueble, estaba el sofá-cama.

Comenzaba a oscurecer y la luz amarillenta de las farolas inundaba el apartamento decorado como hace cuarenta años.

—Poneos cómodos, aquí podremos hablar con más tranquilidad.

Baglietto les sirvió un poco de sopa con queso fundido por encima junto a unas rebanadas de pan casero.

—Mi memoria comienza a jugarme malas pasadas, no obstante, hay cosas que nunca podré borrar. —Comenzó a hablar—. La madre de mi tatarabuelo trabajaba en el Palacio Real de la Casa de los Habsburgo. La emperatriz Sissi estaba enferma

cuando pidió los servicios de mi familiar. Durante mucho tiempo, le acompañó en sus días más oscuros. Si conocéis su historia sabréis que Isabel de Baviera adoraba el campo y no estaba acostumbrada a la encorsetada vida de palacio.

—Conozco su historia —respondió Noelia—. Murió de pena como un pájaro enjaulado.

—Cierta día —Salvatore continuó con el relato—, cayó en una profunda depresión y dejó de comer. Su marido estaba desesperado, así que pidió ayuda a todos los médicos del reino e incluso solicitó la ayuda de varios curanderos. Todo era en vano, ella languidecía con el paso del tiempo. Annette, mi tatarabuela, al ver al joven príncipe sumido en la tristeza sintió compasión por él y le habló de su marido, que había viajado al lejano oriente y adquirido nuevos conocimientos. Francisco I aceptó y puso a su servicio el laboratorio de palacio.

—¿Esa melodía cura la depresión? De haberlo sabido me hubiera ahorrado un dineral en terapias —dijo el agente Moritz con sarcasmo.

Amal le fulminó con la mirada y animó al hombre a que continuara con el relato.

—Gracias. ¿Por dónde me había quedado? ¡Ah! Mi familiar no dijo que aparte de científico era compositor. Un

día después de muchas noches en vela, él y su ayudante hallaron un veneno capaz de quitar la vida a un ser humano en cuestión de segundos. Horrorizado ante tal hallazgo, le hizo jurar que jamás se revelase a nadie aquella fórmula y la ocultó en una canción compuesta por él. Sin embargo, su compañero era un joven ambicioso con sed de poder. Asesinó a mi tatarabuelo y se llevó la partitura con él, aunque no llegaría muy lejos: un fiel discípulo lo mató y ocultó la melodía esparciéndola por todo el mundo.

—¿Qué tiene que ver Angelo en todo esto? —dijo la agente Najem.

—Su familia ha intentado por todos los medios hacerse con la fórmula, uno de ellos fue el verdugo de mi familiar. Muchos años después nació Angelo. Le entrenaron para ejecutar la pieza sin ningún fallo y casi lo consigue... de no haber sido por nosotros. Fue gracias a una vieja amiga, que entró en esa casa como niñera, cuando nos enteramos de sus intenciones.

CAPÍTULO 21

—¿Qué recuerdas de tus últimos años con Pina?

El músico estaba sentado en una silla y tamborileaba los dedos en la mesa mientras asimilaba las palabras de su amigo.

—Cambiábamos mucho de casa, ella parecía estar siempre asustada. Vivimos así hasta que cumplí diecinueve años. Al poco tiempo comencé a tocar en las mejores salas y a realizar giras por Italia, después ya vendrían las europeas y las mundiales.

Demetrio escuchaba atento aquella historia. Estaba muy claro que él no conocía la verdad y le hicieron creer que Giuseppina había muerto.

—Ella arriesgó su vida y privó su libertad. —Demetrio notó como se le humedecían los ojos—. Es muy tarde, tengo que irme. Acude a esta dirección y obtendrás respuestas.

El violinista miró la dirección anotada en un trozo de folio y la guardó en uno de los cajones del mueble que abarcaba casi toda la pared del salón.

—Nos vemos pronto —se despidió.

El golpe de la puerta al cerrarse le hizo salir de su ensimismamiento. Acudiría a ese lugar ya que anhelaba saberlo todo. Cuando Otto les reunió a todos en aquella sala no le interesaba lo más mínimo sus palabras, y ahora no hacía más que pensar en ellas.

Angelo no conseguía conciliar el sueño, se levantó y buscó información sobre su apellido sin éxito, ya que solo encontró su procedencia y que compartía apellido con un famoso compositor y virtuoso del violín.

El sol comenzaba a despertar. Tras mirar la hora en la pantalla del ordenador, fue a la cocina, puso la cafetera en el fuego y se preparó un poco de pan tostado mientras el café se calentaba.

Llegó puntual a su puesto de trabajo y fichó con una tarjeta que informaba del horario de entrada y salida, después iba al despacho de la directora del supermercado y ella firmaba con cara de pocos amigos.



En el convento, la madre superiora y Demetrio daban un agradable paseo por el jardín.

—¿Le has contado la verdad?

—Él mismo vendrá en busca de respuestas.

La mujer le miró preocupada, llegó la hora de contarlo todo.

—Tengo que hacer unas cuantas gestiones, estaré en mi despacho —dijo Sor María.

—Yo me quedaré un poco más, hace un sol muy agradable. Además, mis huesos lo agradecerán.

Demetrio, aquejado de artritis, tomó asiento en uno de los bancos de piedra situados por el jardín.

—Buenos días.

—Buenos días, Sor Gertrudis.

La monja continuó su camino con una carta en la mano, cogió algunas verduras del huerto y se fue.



—¿Residencia Saint Louis? Quisiera hablar con Nadine Broeux, si es tan amable.

—Un momento, por favor —respondió una voz nasal al otro lado del teléfono.

—¿Sí? ¿Quién pregunta por mí?

—Soy la madre superiora de la Abadía de Nonnberg, me gustaría saber el estado de salud de Theresa Kleim.

—Lo siento hermana, esa información es confidencial.

—Se lo ruego, es de vital importancia.

La enfermera dudó unos instantes, nadie se interesaba casi nunca por los residentes. La mujer por la que preguntaba ingresó hace un par de meses en un estado deplorable, aunque mejoraba poco a poco, por la noche se despertaba gritando y empapada en sudor.

Ella vio sus cicatrices, apenas tenía pertenencias, tan solo algo de ropa y una foto en blanco y negro de cuando era joven.

Al principio no fue fácil, se hacía sus propias necesidades encima y a veces, restregaba sus heces por la pared de la habitación. Por la mañana, Theresa la esperaba

sentada en la cama con la expresión de una niña pequeña cuando realiza alguna travesura.

La enfermera la bañaba con gran dificultad porque la anciana se enfurecía y llenaba de arañazos los brazos de la pobre auxiliar.

—No, cielo, no voy a hacerte daño —le decía siempre.

La residencia donde estaba ingresada Theresa era un edificio antiguo rodeado de un gran jardín donde solían pasear las mujeres y hombres que vivían allí. Cada domingo se llenaba de risas y jolgorio, era el día que recibían la visita de sus familias. Sin embargo, algunas y algunos les observaban con la tristeza dibujada en el rostro, añorando una cita que jamás tendrían.

Ella observaba sentada a la sombra de un árbol todo cuánto ocurría y de vez en cuando, su mente divagaba a otra época. Los recuerdos la transportaban a casa de su abuela junto a Nina. De pronto, la luz se transformaba en oscuridad y se veía en aquel lugar húmedo con ese olor nauseabundo, suplicando las mismas palabras una y otra vez, seguidas de golpes y humillaciones.

—¿Ha recibido alguna visita? —preguntó Anne a la enfermera.

—No, jamás recibe visitas, sabemos que su hermana murió y al parecer era la única familia que tenía.

—¿Cómo sabe usted eso? —Se sorprendió.

—Venía todo redactado en el informe, hermana. Ahora si me disculpa, tengo que atender a varias personas.

—Gracias por su tiempo, volverá a tener noticias mías.

La monja escuchó el clic del teléfono al colgar, abrió el cajón del escritorio y sacó un sobre amarillento debido al paso del tiempo, se colocó las gafas redondas con armazón de metal y leyó la carta:

Querida Anne:

Quizás esta es la última vez que escriba, mi vida y la del niño corren peligro, lo presiento. Los he visto, aunque ellos a mí no. Debo irme, por favor, no me busques. Angelo ya puede cuidar de sí mismo, si permanezco junto a él, nos matarán.

—Madre —interrumpió una novicia de rostro agradable —, ha llegado una visita y es un chico muy guapo, de los que hacen suspirar.

—Sor Eugenia eres incorregible —le regañó—. Ahora mismo iré a recibirle.

La chica asintió y salió con pasos apresurados de allí. La madre superiora cerró el despacho con llave y fue hasta la entrada del monasterio.

—Buenas tardes, soy la hermana Sor María.

—Buenas tardes, hermana, soy Angelo Paganini. —Se inclinó y le besó la mano.

—¡Oh, es un honor recibir a un músico como usted! Dígame ¿A qué se debe esta visita?

—Un amigo me facilitó esta dirección.

—Perdona, ¿me puedes decir cómo se llama tu amigo?

—Demetrio, por favor es importante que hable con él —respondió con desasosiego.

Una mujer observaba al violinista con una sonrisa dibujada en el rostro. Las otras internas miraban con curiosidad, ya que casi nunca solían recibir visitas. Angelo y Anne llegaron hasta la biblioteca donde había estanterías altas repletas de libros y varias butacas de color marrón.

—Siéntate, por favor. Avisaré a Demetrio.

Su voz era firme y autoritaria a la vez. El violinista asintió con la cabeza y se quedó en aquella sala ojeando algunos libros. A decir verdad, no era muy aficionado a la lectura; no obstante, en el tiempo que estuvo encarcelado los libros fueron su propio salvavidas y ahora, siempre tenía un tomo encima de la mesita.

—Sabía que vendrías. —Escuchó.

—Demetrio, no entiendo qué haces en un monasterio.

—Es una larga historia, te lo explicaré todo.

El músico apoyó el codo en el sillón donde estaba sentado y aguardó a que su amigo hablase.

—Aquella noche la luna estaba teñida de rojo, quizás ya presagiaba lo que iba a ocurrir. Todos y todas anhelaban desvelar el secreto y tú, eras la clave para ello. Llegaste allí de la mano de Adrienna, tu madre. Dante iba a unos pocos metros detrás de vosotros. Llevabas el violín en una funda de colores y estabas sorprendido de ver a toda aquella gente; entonces se formó un círculo a tu alrededor y reinó el silencio, roto por los primeros acordes de la sonata.

—Todavía me acuerdo de esa canción, de cada nota, cada silencio. Mi padre insistía en que debía tocarla sin cometer ningún fallo.

—Nosotros estábamos ocultos, Otto me hizo una señal y Salvatore disparó. Tú estabas echado sobre el cuerpo sin vida de tu madre, tenías la desesperación y el dolor reflejados en el rostro. Eras solo un niño de ocho años que necesitaba a sus padres con él ¿Recuerdas que alguien te apartó de su lado?

—Recuerdo que era una mujer robusta, aunque no pude verle la cara porque me vendó los ojos con un trozo de tela.

—Aquella mujer era...

—Una mujer valiente dispuesta a sacrificarse —
interrumpió Anne.

Los dos se sobresaltaron al verla de pie junto a la puerta, se acercó a ellos y clavó la mirada con la del chico.

—He guardado un secreto durante todos estos años. Le juré a una buena amiga revelarlo en el tiempo adecuado. —Alargó el brazo y le dio una carta al músico.

Abrió el sobre y comenzó a leer en silencio, conforme leía notaba como la ira se apoderaba de él.

—¡Todos estos años he llevado flores a una tumba vacía!

—Pina está viva, hicimos creer a todo el mundo que había muerto e incluso fingimos su funeral. La mujer a la que enterramos era una indigente, nadie iba a reclamar su cuerpo.

El violinista escuchaba con atención, todos estos años había vivido una mentira.

—Ella solo quería protegerte, Angelo —respondió Anne.

—¡Tú sabías la verdad! ¡Maldito hipócrita! —Se encaró hacia Demetrio.

—No podía decirte nada, aún no era el momento. —Puso su mano huesuda sobre su hombro.

—Me has decepcionado, pensaba que eras mi amigo.

—¡Estúpido engreído! ¿Cuándo dejarás de pensar sólo en ti

mismo y comportarte como un niño mimado? Ahora mismo, no estarías aquí si no hubiera sido por mí. Nos sacrificamos y ¿Así lo agradeces? Pina tuvo que ocultarse, Anne recluírse en este convento, sometieron a Teresa y a Nina a torturas y yo me alejé de lo que más quería, mi mujer y mi hijo.

—¿Dónde puedo encontrarla? —dijo, afectado por esas palabras hirientes.

—Yo te llevaré hasta ella —respondió Anne.

CAPÍTULO 22

—Sí, Giuseppina Fiorella —respondió el hombre.

—¿Podrías decirnos dónde la podemos encontrar? —dijo Oliver.

—Está en un asilo para ancianos, en la otra punta de la ciudad.

Salvatore se levantó todo lo rápido que le permitían sus huesos doloridos y le dio a la agente una tarjeta donde figuraba la dirección de la residencia.

—Gracias, ha sido de gran ayuda —dijo mientras la guardaba en la cartera.

—Id con cuidado, esto no es ningún juego —les advirtió con semblante serio.

Salieron del edificio, Salvatore les había proporcionado

información muy importante sobre Angelo Paganini.

—Podríamos hacer un poco de turismo —sugirió Noelia.

—No es mala idea —dijo el agente Moritz—. Nos vendrá bien desconectar un poco.

—Id vosotros —respondió Amal—. Yo iré a visitar a Pina.

La agente subió al coche y puso la dirección en el navegador, después de quince minutos conduciendo llegó a un edificio antiguo alto con la fachada color marfil y un jardín alrededor de la finca. Se acercó a la puerta principal y llamó al timbre.

—¿Quién es? —dijo una voz ronca.

—Soy la agente Amal Najem. —Se identificó.

Entró en el bloque acompañada de una trabajadora de allí, se trataba de una chica joven de rostro agradable que no dejaba de hablar y gesticular.

Una mujer anciana se acercó y acarició el rostro de la policía con ternura, a la vez que sonreía.

—Alfonsina, no molestes cariño —le exhortó con suavidad la enfermera.

—No pasa nada, de verdad.

—No me ha dicho a qué se debe su visita.

—Mi compañero y yo estamos llevando a cabo el *Caso del violinista*.

—Todo el país está pendiente, Angelo es un referente para Italia, un orgullo. Él es de los mejores músicos y ha ganado la mayoría de los certámenes a los que se ha presentado. Todo el mundo nos conmovimos al ver su acusación. ¿Cree que lo hizo él?

—Lo siento no puedo decirle nada acerca de eso. Se trata de información confidencial.

—Claro, por supuesto. ¿En qué puedo ayudarle señorita Najem?

—Me gustaría ver a Giuseppina Fiorella.

—Pina ya no trabaja aquí —le respondió.

—¿Sabe dónde está?

La mujer vaciló unos instantes antes de responder.

—Dudo que quiera recibir visitas.

Estaba a punto de marcharse de allí, cuando oyó unos pasos apresurados acercarse a ella.

—Por favor. —Jadeó a causa del cansancio—. Ella solo hablaba conmigo y me hizo prometer que no le diría a nadie donde estaba.

—¿Y por qué ha confiado conmigo? —Amal se cruzó de brazos y esperó una respuesta.

—No se miente a la policía, ¿no?

—¿Nunca le dijo por qué motivo quería esconderse?

La enfermera miró a un lado y a otro de la enorme entrada.

—Me contó que su marido era muy violento y la buscaba sin descanso.

La agente tranquilizó a la mujer asegurándole que guardaría su secreto.



Noelia y Oliver disfrutaban de la ciudad visitando sus monumentos más emblemáticos. Estaban cerca de la catedral de Santa María del Fiore cuando el móvil del agente comenzó a sonar.

—Es Amal —le dijo a Noelia.

—Te espero dentro. —Le besó en los labios.

—Oliver, sé dónde encontrar a Pina, una excompañera de trabajo me dio su dirección. Voy de camino hacia allí, llegaré en menos de una hora.

Noelia entró en el edificio de estilo gótico italiano construido en 1296 por el afamado arquitecto y escultor

Arnolfo di Cambio.



Una mujer seguía los pasos del agente, llevaba unas gafas oscuras, el cabello rubio le caía sobre los hombros y sin que se percatara de su presencia, consiguió escuchar toda la conversación.

—Estamos muy cerca, continuemos con el plan —dijo en un susurro a la persona que estaba al otro lado del teléfono.

—Yo me encargaré de él —respondió una voz femenina—. Tú deshazte de ella.



Noelia estaba absorta con la belleza de aquella construcción, tanto que se sobresaltó al ver a Oliver a su lado.

—Amal ha localizado a Pina y voy hacia allí.

—Iré contigo —respondió con firmeza.

—No sabemos lo que nos vamos a encontrar, me gustaría mantenerte al margen de todo esto. —La miró preocupado a los

ojos.

—Sé cuidar de mí misma. —Noelia se apartó de él y fue hacia la salida.

—Está bien, lo siento. No quiero exponerte a ningún peligro.

Al poco tiempo la agente le envió la ubicación a su teléfono móvil. La dirección estaba a cuarenta minutos en coche.

El agente apoyó la espalda en la enorme fachada de la basílica y encendió un cigarrillo sintiéndose culpable por hacerlo, acababa de echar por la borda seis meses sin fumar.

«Solo será uno» —se mintió a sí mismo.

Mientras conducía la agente Najem vio un número desconocido en la pantalla del navegador del Peugeot. Era el forense y a juzgar por su voz estaba bastante alterado.

—Klaus. ¿Ocurre algo?

—¿Dónde os habéis metido?

—Estamos en Italia, es una historia muy larga, te lo contaré todo cuando vuelva.

—Theresa Kleim tuvo dos hijas —dijo de pronto—. Calculo que ahora deberán tener unos veintiséis años.

—Klaus, la mujer que está en la morgue no es

Theresa, es su hermana gemela Nina.

—Lo sé, comprobé su ADN y su historial.

—Está ingresada en una residencia para ancianos con problemas. Cuando la encontré tenía un aspecto deplorable y no dejaba de cantar la misma canción.

—Tened cuidado, por favor.

—Descuida, me debes una cena.

La empalagosa voz del GPS le indicó que había llegado a su destino. Tenía los pies entumecidos después de tanto tiempo sentada al volante. Llegó a Grosseto, la capital homónima de la Toscana. La ciudad estaba enclavada dentro de una muralla y fue construida por Francesco I de Medici. Amal se detuvo un momento para observar su belleza y después reanudó su camino.

Mientras saboreaba un café aromático leyó el WhatsApp, Oliver y Noelia llegarían en poco tiempo.

Os espero en una cafetería cerca del Museo

Arqueológico de la Maremma, en la Piazza Baccarini

Si conseguían localizar a Pina resolverían casi la mitad del *Caso del violinista* como lo llamaban todos los medios de comunicación.

Mientras esperaba a sus compañeros observaba a las

personas entrar y salir del museo, muchos eran turistas con cámara en mano haciendo fotos. Una pareja joven le pidió que les retratara y se situaron delante de la entrada con una sonrisa que abarcaba toda su cara.

—Muchas gracias —se despidieron.

—¿Haciendo nuevas amistades? —dijo una voz conocida.

—Muy gracioso, os estaba esperando —respondió—. Debemos ir a esta dirección.

Dejó unas cuantas monedas encima de la barra y fueron hasta donde vivía la antigua niñera del violinista.

—Puede que alguien sepa de ella, preguntemos a la gente de aquí. ¿Tenéis alguna foto?

—Sí. —La agente Najem sacó un retrato de Pina—. Me la dio Angelo en una de las visitas que le hice.

Se trataba de una instantánea donde se les podía ver en una playa, ambos estaban construyendo un castillo de arena y parecían estar muy felices a juzgar por sus sonrisas.

—Perfecto, vamos allá. —Noelia cogió la fotografía y comenzó a preguntar.

Cuando la grafóloga se alejó, la agente se acercó a su compañero, había algo que la inquietaba y no podía callárselo más tiempo.

—Oliver, hacía tiempo que no estabas así —dijo para romper el hielo.

—Lo sé, ella es muy especial —respondió con una sonrisa.

—¿No te parece que es todo muy precipitado?

—¿A qué viene todo esto? Confío en Noelia —dijo molesto.

—No me malinterpretes, ha ocurrido todo muy rápido. Llegas y os enamoráis a los pocos días. Apenas sabes nada de ella, solo que veraneabais juntos en una playa cuando erais niños.

—No sé dónde quieres ir a parar. Ya sé que te ocurre: nunca te has enamorado y desconoces ese sentimiento —dijo de forma hiriente.

—¿Qué sabrás tú de mí?

Ella sí estuvo enamorada hace mucho tiempo de una chica que estudiaba en la misma universidad. Empezaron una bonita relación en verano e incluso compartieron apartamento, hasta que le confesó que iba a casarse con su prometido. Aquel engaño la hundió de tal manera que durante años formó una coraza alrededor de su corazón.

—He encontrado a un hombre que dice conocer a Pina. — Noelia se acercó hacia ellos—. ¿Y esas caras tan largas?

—Nada, solo que la agente Najem es algo retorcida —le respondió Oliver.

—Como os decía, Pina apenas habla con nadie y alquiló la vivienda a una chica, está muy cerca de aquí.

El edificio estaba en un callejón detrás de la plaza, era un inmueble de pocas plantas construido a principios de los años noventa al lado de un pequeño puesto que vendía porciones de pizza.

Tras llamar al timbre unas cuantas veces oyeron una respiración pesada.

—¿Señora Fiorella? Nos gustaría hablar acerca de Angelo Paganini.

—No tengo nada de qué hablar y ahora, por favor, marchaos. —El tono de su voz denotaba algo de tristeza.

—Usted cuidó de él cuando era niño. Me lo contó hace poco, Pina. Abra, se lo ruego, somos agentes de policía. Puede confiar en mí —le explicó Amal.

La mujer vaciló unos minutos antes de abrir, nunca recibía visitas y desconfiaba de casi todo el mundo.

CAPÍTULO 23

Un hombre vestido con un abrigo largo de color negro, de espalda ancha y gafas oscuras, llegó al asilo. Se presentó como un sobrino de Theresa Kleim y le enseñó un ramo de flores a la recepcionista.

—Son preciosas —dijo con una sonrisa bobalicona—. Acompañeme, por favor.

Atravesaron el vestíbulo grande y acristalado bajo la curiosa mirada de todos, llegaron a una sala más pequeña, donde había tres filas enteras de sillones todos puestos en dirección hacia donde estaba el televisor colgado de unos soportes metálicos en la pared. Allí vieron a algunas personas atentas a la pantalla.

Theresa estaba de pie frente a la ventana que daba al jardín jugueteando con sus manos, ajena a todo cuanto ocurría a su

alrededor.

—Aquí está su tía. —La trabajadora señaló con el índice a la mujer—. Les dejo a solas.

Conforme se aproximaba a la anciana, observó sus rasgos madurados por el paso del tiempo, no obstante, todavía conservaba su encanto a pesar de las arrugas que le surcaban el rostro.

—Theresa, ¿cuánto tiempo ha pasado?

Al oír su nombre se giró hacia aquel desconocido que estaba de pie frente a ella con un ramo de rosas.

Theresa comenzó a gritar, él era la misma persona que convirtió su vida en un infierno, hasta que, por un milagro del cielo, su hermana y ella consiguieron escapar de aquel horror. Durante años vivió con el miedo clavado en el cuerpo, acostumbrándose a las noches de insomnio y las pesadillas junto al dolor de no saber nada de Nina.

Un enfermero se acercó a ella con un par de calmantes.

—¿Qué ha pasado? Ya no tenía esos episodios de pánico.

—Puede que se haya sorprendido al verme después de tanto tiempo.

El chico, sin hacer caso de las palabras de aquel

extraño, inyectó los calmantes en su brazo huesudo y flácido.

—Disculpa, me gustaría preguntarte acerca del estado de mi tía. Hace poco me enteré de que estaba aquí. Se la ve tan frágil e indefensa —dijo compungido.

—No puedo ayudarle, debería hablar con la directora. Le puedo acompañar hasta su despacho.

—Te lo agradezco, me sería de mucha ayuda.

Dejó que el joven se adelantara unos metros en los que aprovechó para realizar una llamada.

—La he encontrado.

—Tráela aquí, la necesitamos —respondió alguien al otro lado.

—Señor, no será fácil.

—Karl, no me vengas con cuentos y completa tu misión.



Guardó el móvil y siguió al trabajador que le esperaba cerca del despacho de la directora. El chico llamó varias veces a la puerta.

—Adelante.

—Señora Duran, quieren hablar con usted acerca de una

paciente. —El enfermero abrió la puerta de par en par.

Christine Duran era una mujer de casi sesenta años, llevaba el pelo teñido rubio platino y un corte moderno, su rostro era ovalado, al sonreír, cosa que hacía muy pocas veces, se le notaban unas pequeñas arruguitas en la comisura de los labios.

—Síntese ¿En qué puedo ayudarle? —Le estrechó la mano.

Karl Schwartz le contó que era sobrino de Theresa y deseaba recuperar el tiempo perdido con su tía

La directora hizo una mueca de desaprobación.

—La paciente no está en condiciones de salir —dijo tajante—. Aunque si lo desea, puede visitar a su familiar cuando quiera.

—Por favor, señora, Duran, se lo ruego.

—No insista, mi cometido es velar por la salud y el bienestar de mis internos. Le ruego que se marche, señor Schwartz.

De pronto sacó una Glock 26 d 9 mm de su abrigo y apuntó a la frente de la directora.

—Muy bien, Christine Duran. Tú lo has querido.

Retrocedió espantada al ver el arma apuntando hacia ella, hasta tropezar con una estantería acristalada llena

de libros y archivos.

—Se lo ruego, por favor —dijo con voz entrecortada.

Una bala le atravesó la frente dejándola despatarrada en el suelo con los ojos abiertos y las paredes ensangrentadas con trocitos esparcidos de su propio cerebro.

Karl regresó a la sala donde estaba Theresa. La mujer estaba medio adormilada por el calmante que le acababan de administrar, sin apenas esfuerzo la levantó de la silla y caminaron hasta la salida del centro.

—¡Eh, usted! —Una chica con uniforme de color verde parecido a un pijama se acercó a ellos —. Los pacientes no pueden salir de aquí.

—Tengo permiso de la señora Duran —respondió con falsa amabilidad.

—Disculpe, señor, no lo sabía.

Subieron al vehículo de color negro estacionado detrás del centro, se cercioró de que nadie le viera y le abrochó el cinturón de seguridad a la anciana que se dejaba manejar como una marioneta.

«Ya la tengo, voy hacia allí» —dejó un escueto mensaje en el contestador.

Estaba orgulloso de sí mismo y estaba convencido de que sería muy bien compensado por haber hecho un magnífico trabajo, aunque la muerte de aquella mujer no estaba dentro de sus planes.

El motor del Mercedes rugió al encenderlo, todavía le quedaba una hora de viaje, se ajustó el retrovisor y su vista fue a parar a Theresa Kleim, que permanecía impasible. De vez en cuando, se quedaba atónita observando el paisaje con una expresión infantil y a Karl, le parecía ver a una niña atrapada en el cuerpo de una octogenaria, a decir verdad, le ponía enfermo y de buena gana la hubiese enviado al otro barrio, sin embargo, le habían dejado muy claro que la mantuviera con vida, si no quería verse dentro de un ataúd.

Tras una hora al volante se detuvo frente a una casa muy grande y amurallada por unos setos de color verde.

«Aparque el coche en el parking situado a su derecha, por favor y diríjase hacia la puerta por encima del camino de baldosas» —le indicó una voz por el interfono.

Le quitó el cinturón de seguridad a Theresa y caminaron hacia la entrada de la mansión construida antes de la I Guerra Mundial. La casa aún conservaba la misma portada, a pesar de que fue destruida por las bombas de las dos guerras. Años después, un banquero adquirió la casa e hizo que la reconstruyeran igual.

Karl llamó al timbre y tras esperar unos minutos, le recibió una joven con una bata de encaje semitransparente.

«Ese cabrón no pierde el tiempo»

La muchacha no tendría ni veinte años, era de estatura mediana, curvas pronunciadas, llevaba el cabello corto teñido de color lila, sus ojos eran de color miel y tenía la boca pequeña. La oteó de arriba abajo deteniéndose en sus pechos firmes y en su monte de venus rasurado.

—¿Cómo te llamas?

—Sandrine —respondió mientras se alejaba contoneando las caderas.

Avanzó por el vestíbulo de grandes dimensiones, después cruzó un pasadizo largo y estrecho con habitaciones a ambos lados de las paredes hasta llegar a una puerta acristalada que conducía a un pequeño jardín muy bien cuidado, en medio de este había una cabaña de madera. Karl abrió la puerta y vio a su jefe sentado en un sillón de orejas grandes, tenía la cabeza echada hacia atrás y a una chica arrodillada delante de él con la cabeza metida entre sus piernas.

—¡Fuera! —Empujó a la chica al ver a su socio frente a él.

La muchacha recogió la ropa del suelo y cuando se disponía a vestirse Johan la sujetó con fuerza del brazo, mientras clavaba su mirada con la de ella.

—No te vayas muy lejos, encanto. Todavía no hemos acabado.

Asintió con la cabeza y se encerró en la habitación contigua.

—Ha ido todo según lo planeado. —Karl siguió con la mirada a aquella joven, hasta que desapareció.

—Perfecto, ahora solo debemos esperar que nos revelen la fórmula —dijo Johan mientras se frotaba las manos.

—Tendremos que tener paciencia, todavía está sedada. —Señaló con la cabeza a Theresa.

La mujer estaba de pie con la vista perdida en aquel extraño lugar, sin entender nada de lo que ocurría.

Johan le ordenó que la acompañase a una estancia que había preparado para ella. Al llegar, la anciana comenzó a tararear una canción. Swachtz se detuvo a escuchar atento a cada palabra, sujetó un momento a la mujer por los hombros y corrió hacia el pasillo.

—Acabo de descubrir la fórmula. —Abrió la puerta de golpe para ver a su jefe desnudo a cuatro patas en el suelo, mientras la chica de antes le fustigaba el trasero con una vara de color negro.

—¡Maldito imbécil! ¿No sabes llamar?

—Lo siento —dijo atónito.

—¡Fuera no te quedes ahí mirando!

Karl era uno de los mejores, aunque le irritaban demasiado su rudeza y pocos modales.



Mientras tanto a unos cuantos kilómetros de allí, alguien celebraba su propia victoria.

—Es el mejor vino de mi cosecha —dijo mientras servía dos copas.

—Por nuestro éxito. —Alzó el vaso.

Muy pronto tendría la sonata completa, pagó mucho dinero a un hacker para que pirateara las cuentas de Rin, Almudena, Mihail y Angelo. La pianista fue la primera en caer en la trampa, creyéndose el bulo de que tenía que enviarla a un monasterio. El pirata informático se hizo pasar por el agente Moritz y así fue como se ganó la confianza de todos.

—Seremos dioses, muy pronto manipularemos a la humanidad a nuestro antojo.

CAPÍTULO 24

—¿Qué queréis saber? —dijo tajante.

Giuseppina era una mujer de mirada feroz y labios dibujados en el rostro en una fina raya, llevaba el cabello castaño recogido en un moño alto que le daba un aspecto todavía más severo, tenía alguna arruga tenue e iba vestida con una blusa blanca con hombreras abotonada hasta el cuello. Noelia le relató todo lo que había ocurrido.

—Ha pasado mucho tiempo —respondió—. Entrad, no es conveniente que nos escuchen.

Miró de reojo al pasillo, en ese momento salía del ascensor un hombre cargado con bolsas de la compra.

—Buenas tardes, Regina —saludó mientras buscaba la llave—. Parece que viene mal tiempo. ¿Son tus hijos?

Se estaba entrometiendo demasiado y la verdad, no le hacía ninguna gracia que metieran las narices en su vida.

—No son mis hijos —respondió de mala gana—. Es mi sobrina y dos amigos que han venido a visitarme

—Es una alegría recibir visitas.

Aquello ya era demasiado, de pronto le entró el miedo ¿Y si en realidad sabía quién era? Siempre fue muy cauta de no revelar su verdadero nombre e incluso falsificó sus documentos. Le dedicó una sonrisa a aquel vecino entrometido y cerró la puerta con llave.

—He vivido siempre con miedo de que me encontrasen. Esos monstruos son capaces de cualquier cosa.

La mujer les invitó a pasar al salón. Era una vivienda acogedora, las paredes estaban empapeladas de verde claro y solo tenía los muebles necesarios. Pina fue un momento a la cocina y regresó con una cafetera, la dejó encima de la mesita cuadrada que había en medio del comedor, después abrió la alacena acristalada y sacó unas tazas de cerámica blanca.

—¿Por qué no acudiste a la policía? —Noelia removía su café con la cucharilla.

—No hubiese servido de nada —respondió tajante—. ¿Queréis un poco de leche?

—Sí, gracias —respondió Oliver.

—Siempre es mejor hablar delante de un buen café. —La

dueña de la casa dio un sorbo y se limpió con una servilleta de tela.

—Encontramos el cuerpo mutilado de Otto Hank en la habitación donde se hospedaba Angelo Paganini.

—Señor Moritz, le tendieron una trampa. Él no mató a nadie.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Fue un plan para protegerle. —La mujer dejó la taza en la mesa—. Alguien se adelantó y asesinó a Otto. Nuestro objetivo era que Angelo ingresara en prisión por algo de menos importancia. Por desgracia, un traidor reveló nuestros planes e hizo que quedara como el principal culpable. Horas antes de morir, citó a los músicos que tenían parte de la sonata en su poder y les advirtió sobre ella.

—¿Por qué es tan importante esa pieza? —Amal se puso de pie frente a Pina.

—Están en juego muchas vidas —respondió—, buscan hallar la fórmula para expandir un virus mortal y así controlar a la humanidad.

—Todo virus tiene su antídoto.

—Se lo enseñaron en forma de canción a una niña, que ahora deberá tener unos ochenta años.

—¿La mujer de la que hablas es Nina Kleim? —Amal entendió por qué se lanzó aterrada al vacío.

Giuseppina suspiró al oír ese nombre, había visto con sus propios ojos oculta debajo de la cama, como aquellos gorilas vestidos de negro se las llevaban a la fuerza a ella y a Theresa. Tan sólo tenía siete años cuando ocurrió, sin embargo, jamás olvidaría el miedo dibujado en el rostro de esas mujeres.

—Theresa estaba embarazada, recuerdo que su hija mayor lloraba al ver como se llevaban a su madre.

—¿Qué fue de ellas? —preguntó Oliver.

—Una familia que no podía tener hijos la adoptó y de la criatura que llevaba en sus entrañas no se sabe nada.

—¿Tienes algún retrato de ellas? —dijo Noelia algo alterada.

Amal percibió en la chica un ligero temblor en las manos. Pina se levantó despacio y sacó un álbum de fotografías, buscó entre sus páginas y volvió a sentarse con sus invitados.

—¿Dónde está el padre de esas niñas?

—Murió de una larga enfermedad —mintió.

Les mostró la imagen de una chiquilla sonriente sentada en un columpio, el cabello rizado y rubio le llegaba hasta la cintura, tenía los ojos azules y redondos.

—Su cara me es muy familiar —dijo Oliver al acercarse a

la foto.

—Es Grettel, la hija de un condecorado coronel de Austria —respondió Amal—. Vi el mismo retrato en casa de Nina Kleim.

El agente se acarició el mentón, mientras dejaba que las ideas se aclararan en su cabeza.

—Ella compró el apartamento porque quería estar cerca de su sobrina.

—¿Por qué nunca le dijo quién era?

—Por miedo —interrumpió Pina—. Joseph Rasen fue...

De pronto les sorprendió un repentino apagón.

—Habría sido un cortocircuito, suele pasar en edificaciones viejas —dijo Amal.

Al encender el interruptor que daba electricidad a la casa, vieron a su dueña sentada con los ojos abiertos y un cuchillo clavado en el pecho, la blusa blanca comenzó a teñirse de rojo y en un instante de protección, el agente Moritz sacó su arma.

—Creo que tenemos compañía.

—Sí, lo sé, será mejor que peinemos la casa por separado —sugirió la agente.

Rastrearón la vivienda en busca de alguna pista que

los llevase al verdugo de la pobre Pina.

Oliver regresó apresurado al salón con un mal presentimiento: el bolso de la grafóloga estaba en el suelo y ella había desaparecido.

—¡Noelia! —Dentro de su ser guardaba la esperanza de que se hubiese ocultado en cualquier rincón.

—Te prometo que la encontraremos —dijo Amal—. Llamaré a las autoridades italianas y les pondré al corriente del asesinato de Giuseppina y de la desaparición de Noelia.

—¡Le advertí que esto no era ningún juego, joder!

—Recuerda que estamos de turismo en el país, no conviene que nos vean en la escena del crimen. —La agente Najem le apremió a salir de ahí.

Después de hacer el aviso regresaron a su hotel. Noelia tampoco estaba allí y comenzaba a temerse lo peor.

—No da señales de vida y está anocheciendo. —Oliver no paraba de dar vueltas en la habitación.

Su nerviosismo era más que evidente, Amal observó cómo se limpiaba la boca varias veces con una servilleta, un gesto que hacía cada vez que su cuerpo le reclamaba alcohol.

—Necesito un trago.

—No —dijo firme—. Mantén la calma, ¿quieres encontrarla, verdad? Te necesito al cien por cien en esto.

Oliver dio un puñetazo en la mesita de noche marrón claro e hizo que la lámpara en forma de tulipán se rompiera en mil pedazos al estrellarse en el suelo.

—No dejes que tome el control. —Se acercó a él y lo envolvió en un cálido abrazo.

Su respiración era agitada se sentó en el borde de la cama con la vista fija en el suelo.

—Gracias por estar siempre ahí. Tienes razón, necesito estar en plenas facultades para encontrarla. Amal, respecto a lo que te dije esta mañana, lo siento. No debí hablarte así.

—No te preocupes. —La agente le acarició el cabello antes de entrar en el cuarto de baño y relajarse bajo el chorro de agua tibia.

Cuando salió del aseo la habitación estaba vacía. No le dio ninguna importancia, pensó que Oliver habría bajado a despejarse, hasta que leyó la nota que se hallaba encima de la cama.

Acude a esta dirección, ven solo.

Si no cumples las instrucciones, ella morirá.

Arrugó el papel y lo lanzó contra la pared, dejó caer la toalla en el suelo y se vistió con lo primero que encontró

en la maleta y ocultó en sus botas marrones de piel sintética una Glock Parabellum de 9 milímetros.



El agente Moritz estacionó el vehículo frente a una mansión con tres torres que sobresalían por el tejado. La verja estaba abierta y se adentró por el gigantesco patio. Llamó al picaporte con forma de cabeza de león, a los pocos segundos la puerta se abrió con un sonido chirriante.

—Te estábamos esperando.

Una chica ataviada con un kimono de seda granate con un dragón dibujado en la espalda, le indicó que la siguiera, ocultaba su rostro bajo una capucha, caminaba con pasos cortos y rápidos.

La vivienda era de estilo gótico, la araña de cristal colgaba del techo del salón principal que acababan de atravesar, mostrando sus brazos dorados y las paredes estaban repletas de retratos de distintas personas.

—¿Quiénes son?

Ella le ignoró por completo, tenía órdenes de no decir nada y no quería recibir ningún castigo.

Vio con sus propios ojos como torturaban a la chica de antes por incumplir una sola norma. La arrastraron a una sala con poca iluminación, la pobre muchacha sollozaba al saber su destino y hasta el mismo diablo se aterró al ver ese horror. Le obligaron a mirar como torturaban sin piedad a su compañera para que aprendiera la lección, mientras la chica suplicaba que la mataran.

—Hemos llegado. —La joven llamó a la puerta y desapareció al instante.

—Adelante —ordenó una voz masculina.

Al entrar vio a Noelia sentada al lado de otra chica, iba vestida con un kimono negro y flores rosadas sobre su hombro, muy parecido al de la joven que le acababa de guiar hasta aquella estancia de grandes dimensiones.

—¿Estás bien? ¡Cómo le hayáis hecho algo, os juro que aplastaré vuestras cabezas! —Se encaró al hombre de mirada fría y sonrisa retorcida.

—Confías demasiado en las personas, cielo —dijo Noelia.

Moritz extrañado ante aquella respuesta, no vio acercarse a Grettel con una jeringuilla y antes de que pudiese reaccionar, le inyectó un potente tranquilizante.

CAPÍTULO 25

Las semanas transcurrían sin ninguna novedad, Angelo ensayaba para el concierto privado que le iba a ofrecer a Herman y en los pocos ratos libres iba a la Abadía con Anne y Demetrio.

—¿Qué piensas hacer cuando obtengas la libertad?

—Volveré a Italia, quizás me compre algún piso o un ático, necesito un hogar al que volver. Estoy harto de los hoteles —respondió el músico a su amigo.

—Tienes toda la vida por delante, Angelo. —El hombre le pasó un brazo por el hombro.

—Quiero volver a recuperar la vida de antes —le respondió.

Mientras conversaban sentados bajo la sombra de un árbol, vieron a Anne caminar hacia ellos con pasos

apresurados.

—Han encontrado a Pina con un cuchillo clavado en el pecho —dijo con voz entrecortada.

Demetrio se acercó a ella y la envolvió en un cálido abrazo.

—¿Hasta cuándo tendremos que soportar? —Al pronunciar estas palabras se dejó caer abatida sobre el banco de madera.

—Sé lo que significaba ella para ti. —Se acercó con suavidad al chico.

—Me cuidó como a un hijo —dijo con tristeza.

—Ha llegado la hora de que sepas toda la verdad —dijo Demetrio—. Pina entró en tu casa como niñera, era la candidata perfecta y nos mantenía informados de los planes de Adrienna y Dante, tus padres.

—Solo fui un instrumento para ellos. —Se lamentó—, envidiaba a los demás niños y niñas al ver como sus padres y madres les recibían con los brazos abiertos y una sonrisa al salir de la escuela. Jamás recibí una muestra de cariño de su parte. En cambio, Pina, me enseñó lo que era el calor de un hogar.



Spatz se llevó a la boca una copa con el mejor vino de su bodega, una reserva del año 1972 que guardaba para ocasiones especiales y esta era una de ellas. Miró a la ciudad cubierta bajo el manto de la noche desde la enorme ventana de la terraza.

Un hombre joven y atractivo cubierto con una toalla se acercó a él y puso sus manos alrededor de la cintura del alcaide.

—¿Qué celebramos, cielo?

—Angelo Paganini ha caído en la trampa.

—¿Y si se niega o se equivoca? —El chico miró a los ojos del alcaide.

—No te preocupes. —Herman se adelantó a sus pensamientos—. Tenemos el antídoto.



Theresa no había abierto la boca desde que Karl la sacara de la residencia, y él comenzaba a perder la paciencia.

—No cantes ahora. —Le decía una vocecita

cantarina en su mente enajenada.

Schwartz aproximó su rostro al de la anciana que permanecía estática con las manos sobre las rodillas y la mirada ausente.



Amal llegó a la Mansión de los Tres Picos y consiguió entrar, aunque con alguna dificultad. Tuvo que lidiar con un guardia de seguridad de casi dos metros de altura se interpuso en su camino.

—¡Eh! ¿Dónde crees que vas?

—Disculpe, vengo a hacer un reparto

—¿Y vienes con las manos vacías?

El vigilante se acercó de forma amenazante, dispuesto a patearle el trasero y sacarla de allí a la fuerza. Por suerte, ella le esquivó con un movimiento rápido. Estaba furioso ante la jugada y se abalanzó hacia la agente dando un alarido más animal que humano.

—Fuera de aquí, no tengo tiempo para jueguecitos. —
Acercó su rostro a escasos centímetros de ella.

Su aliento apestaba a carne podrida y la policía pudo ver algunas muelas picadas por las caries. Con toda su fuerza se quitó a ese armario de encima y en un movimiento rápido, le hizo una llave que aprendió en sus clases de defensa personal. El hombre cayó con todo su peso en el césped; Amal le comprobó el pulso, solo estaba inconsciente. Se aseguró de que no hubiese alguien más y entró en la mansión.

Caminó con mucho sigilo de no ser vista por los enrevesados pasillos hasta llegar a una escalera llena de telarañas polvorientas y moño. Reparó en una puerta grande de acero cerrada con llave, en la parte superior había una abertura minúscula, se puso de puntillas y vio a Oliver tumbado sobre una cama vieja de cabezal oxidado. Necesitaba una llave para entrar, pensó durante un momento que hacer y se percató de que tenía el broche de su madre en el bolsillo, lo abrió y hurgó en la cerradura.

Oliver se despertó con un profundo dolor de cabeza, todo le daba vueltas cuando se incorporó del colchón maloliente donde estaba. De pronto, una arcada subió por la garganta y vomitó en el suelo.

—Tranquilo, pronto te pondrás bien —dijo una voz conocida—. Bebe un poco de agua.

—Amal, ¿cómo me has encontrado?

—Te lo contaré todo más tarde, ahora no podemos perder tiempo. He despistado a alguno de ellos.

Abrió la puerta con cautela y se aseguró de que no hubiese nadie. La agente se giró hacia su compañero que avanzaba con pasos lentos y torpes a causa del veneno.

—¿Puedes caminar?

—Sí —dijo con una mueca de dolor—, se me pasará.

Se apoyó sobre el hombro de su compañera y subieron por unas escaleras bastante empinadas.

De repente oyeron unos pasos aproximarse hacia ellos, ella pegó la espalda en la pared y le indicó a Oliver que hiciese lo mismo.

—Has hecho un buen trabajo, ese policía entrometido no volverá a meter las narices donde no le llaman.

—Gracias, Johan, ahora debo deshacerme de su compañera, es una zorra muy lista.

Oliver Moritz reconoció al momento la voz de Noelia y corrió escaleras abajo lleno de ira.

—¡Tú!

—Veo que te encuentras mucho mejor. —Le rodeó con los brazos en actitud cariñosa.

—Has intentado matarme. —Se apartó de ella con un

movimiento brusco.

—No pierdas el tiempo y deshazte de él ahora mismo —le ordenó el hombre que estaba a su lado.

Vio como le encañonaban con una semi automática en el pecho y esperó a la muerte. De pronto, oyó una detonación, el cuerpo de Johan Braun se desplomó salpicándolo todo de sangre.

—¡No, padre! —Noelia presionaba la herida con las manos.

Amal se acercó sin soltar su arma. La chica lloraba al ver a Johan agonizando en el suelo, la bala le atravesó la nuca y el hombre jadeaba igual que un animal sediento, hasta que murió.

Presa del odio, golpeó con la culata de la pistola el rostro de la agente con toda su rabia e hizo que perdiera el equilibrio y se precipitase escaleras abajo.

Miró con altivez a Oliver, mientras una sonrisa de satisfacción cruzó su rostro.

—Ha sido tan fácil engañarte. —Se acercó y le besó en la comisura de los labios.

Había fracasado y lo peor de todo era que por su culpa, las vidas de la agente Najem y la de él mismo estaban pendientes de un hilo.

—Maldita hija de perra, ¿cómo has podido?

Se acercó a él caminando de forma sensual y le susurró:

—Yo escribí la nota que recibisteis en Francia, os hemos seguido desde el principio.

El agente Moritz se fijó en el anillo reluciente en el índice de la chica.

—Me queda bien, ¿verdad? Mi hermana dejó uno igual en la habitación de Angelo Paganini.

—Ojalá te pudras en el infierno.

Con un movimiento rápido sacó el arma reglamentaria y apuntó a la frente de ella.

—Si aprietas el gatillo moriremos todos. Este dispositivo hará que volemos por los aires.

—No te atreverás —le respondió sin dejar de apuntar.

Noelia pulsó el botón del mando y una parte de la mansión saltó por los aires e hizo que el suelo temblase a causa de la detonación.

—No sabes de lo que soy capaz, cielo.

—Tú ganas, ¿qué es lo que quieres? —Tiró el arma al suelo, no tenía escapatoria.

Llamó a un tipo de aspecto fiero y lleno de músculos que se presentó en pocos minutos.

—Enciérralos, ya me encargaré de ellos más tarde —

ordenó Noelia.

CAPÍTULO 26

—Que alguien contacte con la agente Amal Najem.
¡Es urgente!

El comisario dio la orden a una policía alta y fornida de espalda ancha con el pelo corto teñido de azul eléctrico.

—Señor, la agente Najem no responde.

—¡Maldición! Prueba con el de Oliver Moritz.

—Nada. —Negó con la cabeza—. No consigo localizarles.

Salió de allí sin perder tiempo. Dos de sus agentes estaban desaparecidos desde varias semanas y aunque Amal no le era muy simpática y Oliver le pareciera un auténtico fracasado, tenía que admitir que estaba preocupado.

—Mark —dijo Hans—, localiza los números de

Moritz y Najem y limpia esa guarida apestosa.

Mark Kruger era un informático brillante, capaz de rastrear cualquier dispositivo. Su carácter era muy cambiante, pasando de la calma al enfado en cuestión de segundos. Tenía el pelo largo hasta los hombros, llevaba gafas redondas metalizadas que le daban un aspecto algo infantil e iba vestido casi siempre con un chándal de color anaranjado.

—Has hecho que no pase al siguiente nivel —protestó

—¿Otra vez con ese maldito juego? ¿Cuántas horas le dedicas?

—No tantas como cree, jefe. Dame esos números, veré que puedo hacer.

Al teclear las cifras en el ordenador, aparecieron unos signos extraños en la pantalla.

—Ya casi lo tengo —dijo mientras continuaba con el rastreo.

El comisario seguía a su lado con la vista fija en la pantalla.

—¡Bingo! —El grito sobresaltó a Hans—. Les he localizado, están en Italia.

—¿Puedes ser más concreto?

—Según el localizador, están a sesenta kilómetros de Florencia.

—¿Se puede saber qué narices se les ha perdido ahí?

Contactad con las autoridades italianas ahora mismo.

El comisario parecía un animal enjaulado caminando de un lado a otro.

—Le buscan al teléfono, señor.

Un policía joven le hizo una señal y le indicó que se pusiera al aparato.

—Al habla Hans Horst, comisario de la Policía Federal austríaca.

—Señor Horst, hemos recibido el aviso. Nuestros agentes se encargarán de todo —dijo una voz de mujer algo fría y tajante.

—Señora...

—Inspectora Camelia Mancini, trataremos de localizar a sus agentes. Tendrán noticias nuestras.

Antes de que pudiera decir nada, cortó la llamada dejándole con la palabra en la boca.



—Hay dos agentes desaparecidos, Amal Najem y Oliver Moritz, aquí tenéis su descripción. Se les perdió el

rastro hace siete días y se sospecha que pueden estar cerca de Florencia.

—Inspectora —dijo un agente—. ¿Qué hace la policía austríaca en Italia?

Camelia Mancini era una mujer de unos treinta y ocho años, de estatura media, ojos marrones y piel tostada, tenía el cabello liso cortado a media melena con raya en el medio y casi siempre iba vestida con un traje de pantalón gris y raya diplomática. Se había ganado el puesto tras muchos años de esfuerzo y noches patrullando en Roma.

—¿Os suena el caso del violinista?

Las dos policías que estaban a su lado asintieron con la cabeza.

—Camelia, les he localizado. —Interrumpió un agente—. La señal me lleva hasta la Mansión de los tres picos.

La Mansión de los tres picos, era conocida en todo el país por los cadáveres que encontraron en la primavera de 1980 de una familia formada por un niño y sus padres. Después de estar meses desaparecidos, hallaron sus cuerpos troceados en un arcón con el rostro hundido formando un amasijo de carne sanguinolenta. La casa estuvo años cerrada, hasta que Johan Braun la adquirió.

—Gianni, Mía, venid conmigo. Saldremos de inmediato —ordenó la inspectora Mancini.

—¿Este caso no se resolvió con la detención de Angelo Paganini?

—Él solo fue un cabeza de turco, además fue puesto en libertad porque no encontraron suficientes pruebas en su contra.

—Dicen que Aurora Carusso era su abogada.

—Sí, en los juzgados la temen porque nunca ha perdido un caso.

Mia arrancó el motor en dirección a Pienza, un pueblo de dos mil habitantes situado en la Toscana, a una hora de la ciudad de Florencia.



Aquel sitio olía a humedad, Oliver despertó con un sabor amargo de boca. Una bombilla colgada de un cable era toda la iluminación que había en ese cuchitril, Amal seguía inconsciente a su lado.

«Malditos cabrones —pensó—. Tengo que buscar la manera de salir de aquí».

Se culpaba por haberse dejado engañar y ahora sólo

les quedaba esperar un milagro del cielo, aunque, él dejó de creer en ellos hace mucho tiempo después del accidente.

—Te sacaré de aquí —susurró mientras acariciaba el rostro de su compañera.

El sonido de la puerta al abrirse le sobresaltó, alguien dejó una bandeja con un mendrugo de pan y un poco de arroz blanco insípido. Puso la fuente en el suelo y dio media vuelta.

—Espera, por favor.

El hombre se volteó mirando con indiferencia al cautivo.

—Llevala a algún hospital, ha sufrido una contusión muy fuerte. Por favor, necesita que la examine algún médico. —Señaló hacia la cama donde estaba Amal inconsciente.

Se encogió de hombros y siguió su camino, poco le importaba si se morían ahí dentro, de hecho, lo deseaba. Estaba harto de bajar esos escalones tan empinados y después subirlos, sus rodillas reumáticas se resentían mucho.

El agente se dejó caer en el colchón pegado a la pared, estaba derrotado. El engaño le afectó en sobremanera porque sus sentimientos hacia ella sí eran sinceros. Si pudiera tomar un trago, todo estaría más claro, unos cuantos más y las heridas cicatrizarían. Notaba la garganta seca y por un momento, le pareció saborear alguna bebida alcohólica.



Noelia Braun irrumpió en la sala de reuniones con los ojos hinchados y coléricos, haciendo que los allí presentes la siguieran con la mirada hasta que ocupó su puesto.

—Johan ha muerto —dijo con la voz rota por el dolor.

Karl Schwartz se levantó preocupado.

—¿Qué has hecho con esa maldita zorra?

—No te preocupes, están encerrados en el sótano. Por el momento les mantendremos ahí dentro.

—No quiero tonterías, ¿me escuchas? Dile a tu hermana que venga —le ordenó.

Salió de allí ofendida por el tono que había utilizado con ella. Fue hasta una habitación amplia y abrió la puerta de una manera muy brusca.

—Karl quiere verte.

—¿Otra vez? —Grettel estaba tumbada sobre la cama con una toalla envuelta en su cuerpo.



Grettel nació en un calabozo, su madre la parió en la soledad de aquellas cuatro paredes. Solo estuvo con ella un par de horas, hasta que alguien se la arrebató. Desde entonces, Theresa Kleim jamás dejaría de buscar a su hija. Muchos años después, la encontró gracias a una imagen de un conocido periódico en la que salía junto al canciller austríaco y reconoció esa mirada de inmediato. Ese hombre, era el mismo que la torturó durante meses.

—Has hecho un buen trabajo, hermanita. —Le guiñó un ojo.

—He tenido a la mejor maestra —respondió Noelia.

Se incorporó y acercó su rostro a escasos centímetros de su hermana.

—No, pequeña. Tú has nacido para esto.



Camelia conducía el coche oficial, junto a ella iban dos de sus mejores agentes. Antes de llegar, les avisó del peligro que

podían correr.

—Apuesto a que es alguien forrado de dinero —dijo Gianni—. Esos capullos hacen cualquier cosa cuando van detrás de algo.

—¿Y en qué te basas para afirmar esa teoría? —le respondió Mia molesta.

—Claro, como tú estás podrida de dinero. —Chasqueó la lengua.

—Eres un imbécil, Gianni —dijo molesta.

—Encanto, tienes un piso en el mismo centro de Roma, no todo el mundo puede permitírselo y menos con el sueldo que ganamos. No lo niegues, eres una niña rica jugando a los polis.

La inspectora Mancini volteó la cabeza hacia los agentes y los miró con gesto severo.

—¡Ya basta! Debemos permanecer unidos en esto. Así que dejad aparte vuestras diferencias.

A los pocos minutos, apareció un desvío que no indicaba el navegador. Camelia dio un volantazo y siguió por aquella vieja carretera medio abandonada.

—Sería más prudente esperar a que amanezca, inspectora —sugirió Gianni.

—No pienso pasar la noche en este lugar, me pone

los pelos de punta de solo pensarlo.

El silencio y el miedo se adueñaron del vehículo conforme se acercaban al caserón, fue la inspectora Mancini quien rompió aquel silencio, a la vez que los recuerdos de niñez acudían a ella.

—Mi padre era inspector de policía cuando atrapó al desgraciado que acabó con esa familia —dijo Camelia—. El hedor era tan penetrante, que les lloraban los ojos. Ese loco tenía a los cadáveres metidos en un arcón. Recuerdo que le contó a mi madre que había sangre seca por todas partes y moscas pululando a su alrededor.

Estacionó el coche oculto entre unos arbustos y caminaron cerca del muro que rodeaba a la casa. Consiguieron adentrarse en el jardín custodiado por un par de hombres de negro, que bebían cerveza y gesticulan demasiado al hablar. Mia se acercó con sigilo y les dejó inconscientes con un golpe seco en la cabeza.

—El camino ya está despejado —les indicó a sus dos compañeros.

Al llegar a la puerta principal, Gianni sacó una llave maestra y abrió la cerradura con alguna dificultad.

—Nos mantendremos unidos —ordenó la inspectora Mancini. La señal de los policías desaparecidos provenía de aquí dentro.

Llegaron a la sala principal de grandes dimensiones

decorada con piezas de museo, en el medio había una mesa rectangular con sillas de respaldo alto a su alrededor. Los ventanales, adornados con tupidas cortinas de terciopelo, le daban un aspecto misterioso y lúgubre.

—Aquí hay una puerta —dijo Gianni mientras rasgaba el papel decorativo de las paredes del salón.

—Shhh —chistó Mia—, he oído algo.

El sonido los llevó a otra sala menos grande. Al entrar en ella, pudieron oír con más claridad una conversación entre dos mujeres.

—En Viena hubo demasiados fallos. No debiste montar aquel teatro.

—¿Estás cuestionando mi manera de hacer las cosas?

—Grettel miró con crueldad a su hermana.

CAPÍTULO 27

Herman se vistió con sus mejores galas, mientras su marido todavía estaba bajo la ducha, peinó su cabello rubio con gel fijador y se perfumó con su fragancia preferida.

—No tardará en llegar. Deberías estar vestido ya —dijo molesto ante la parsimonia de Fabrizio.

—Relájate, cielo. —Le masajeó los hombros.

En parte, su nerviosismo también tenía que ver con la noticia que acababa de recibir. Theresa Kleim reveló por fin el antídoto.

Tras muchos días de silencio, una tarde comenzó a tararear una especie de nana, Karl anotó la fórmula, oculta entre las letras de esa melodía infantil y silenció para siempre la garganta de la anciana con sus propias manos.

—¿Dónde está esa vieja demente? —le preguntó su

socio al verle entrar en la pequeña sala donde solía meditar.

—Ha ido a un lugar mejor. —Alzó los hombros con indiferencia—. ¿Acaso te importa?

—Es simple curiosidad —le respondió—. Ocúpate del cadáver.



El músico se preparaba para el concierto privado en casa de Spatz. Antes de salir del apartamento, se plantó frente al espejo de la entrada y la imagen que reflejaba, le agradó. Angelo Paganini, renacía de sus cenizas como el Ave Fénix y ante este pensamiento, esbozó una sonrisa.

En la calle los transeúntes se extrañaban al ver a un joven con una chaqueta negra de frac y pajarita blanca al más estilo Moulin Rouge y una funda de violín. Herman le iba a pagar una buena suma de dinero, aquella cantidad sería más que suficiente para adquirir su propia vivienda.

Todavía quedaba mucho tiempo para el tan esperado concierto, así que decidió hacer una visita a Demetrio. Después de coger varios autobuses, llegó al monasterio. Allí su único amigo le

esperaba sentado en el rincón del jardín donde solían pasar muchas tardes conversando.

—¿Estás preparado?

Angelo asintió con la cabeza y en su mirada, Demetrio pudo percibir una pequeña luz de esperanza.

—La cita no es hasta las doce, ¿por qué no damos un paseo? —Le sugirió el músico.

—Perfecto, espera que coja algún jersey. Mi reuma nota demasiado el frío.

Pasearon por el mercado artesanal que solían poner los domingos, las calles se cortaban y las artesanas y artesanos vendían sus obras para ganarse un dinero y darse a conocer. Demetrio se detuvo delante de un puesto de marionetas y en cierta forma, le recordó a su hijo. Él mismo le regaló una igual a la que tenía en las manos: una tirolesa tallada en madera con dos trenzas de lana amarilla, ante aquel recuerdo, la melancolía acudió a su corazón. La chica que las vendía, le sonrió mostrando unos dientes quizás algo pequeños para su boca grande.

—¿Le gusta?

—Sí, es muy bonita —le respondió—. ¿Cuánto pides por ella?

—La vendo a treinta euros, aunque a usted se la

dejaré a mitad de precio.

—De acuerdo, me la llevaré.

La vendedora introdujo el títere dentro de una bolsa de tela y se la entregó.

Tras visitar varios puestos y comprar algunos objetos, tomaron asiento en la mesa de una cafetería donde preparaban tarta Sacher casera. El local era grande y en las paredes había colgados cuadros de las personas más influyentes del país de todos los tiempos.

—No me has hablado mucho de Herman Von Spatz — dijo Demetrio mientras esperaban ser atendidos.

—Me pidió como un favor personal que tocara para él y su marido. No pude negarme, después de todo lo que hizo por mí mientras estaba encerrado.

—Sé que no fue fácil para ti.

—No. —El violinista recordó todas las vivencias ocurridas allí dentro—. De un día para otro pasé de tener el mundo en mis manos a no tener nada y todo por culpa de unas falsas acusaciones. Lamento la muerte de ese hombre, sin embargo, no puedo evitar odiarle por todo lo que causó en mí su asesinato.

—Debes dejar atrás el pasado y centrarte en el presente — le aconsejó.

—Cuando termine todo este mal sueño, volveré a Italia y

me encargaré de darle un funeral digno a Pina.

Un hilo musical los acompañaba durante el desayuno en aquel establecimiento agradable y acogedor.

—La primera tarta que probé fue a los cinco años. —Angelo jugueteaba con la cucharilla mientras miraba su plato—. Pina preparó un pastel para mi cumpleaños y hoy en día, aún puedo saborear las fresas mezcladas con las galletas y la mantequilla. Ella se convirtió en una verdadera madre para mí, incluso mucho antes que la muerte de mis padres biológicos.

—Lo sé. —Demetrio puso una mano sobre el hombro del chico—. A pesar de su aspecto regio, en el fondo era una persona muy afable. Ella te adoraba Angelo, por eso accedí a ayudarte, porque Pina me lo pidió.

El músico sonrió como única respuesta, le hubiera gustado tanto decirle cuánto falta le hacía y ahora no podría tener esa oportunidad, todo por culpa de la ambición de algunas personas. Se fijó en el reloj que había en la pared, eran casi la hora del concierto en casa del alcaide y conforme se acercaba el momento, notaba una especie de nudo en el estómago. En toda su carrera como músico, jamás había experimentado esa sensación y se extrañó ante ese nuevo sentimiento. Quizás porque tenía la intuición de

que no iba a ser una audición como las demás.

—¿Estás bien? Te has puesto pálido —dijo Demetrio.

—Sí, no te preocupes. Será mejor que nos vayamos, todavía me queda algo de camino hasta la casa de Hans.

—Puedes coger un taxi. —Demetrio dejó encima de la mesa unos cuantos euros.

—Iré en metro, prefiero no decir dónde voy a nadie. Me pidió total discreción.

Llegaron a la boca de metro, la gente bajaba y subía las escaleras con relativa prisa, algunas personas miraban el reloj y apresuraban el paso. Dentro de la enorme estación, el vaivén de idas y venidas era aún mayor. Su tren no saldría hasta dentro de quince minutos, así que esperó en la entrada aprovechando el poco sol que hacía en invierno. La calle estaba cubierta de una gruesa capa de nieve que proporcionaba a la ciudad una imagen idílica.

—Demetrio —dijo el violinista de pronto—. Aquella noche en la que murieron mis padres, una mujer me llevó con ella y recuerdo que su perfume dulce y fresco me era muy familiar.

—A estas alturas ya deberías saber que esa persona era Pina. Ella te sacó de aquel horror. Tú estabas echado sobre Adrienna con el rostro cubierto de lágrimas y sangre.

—Tenía intención de presentarme en su casa y decirle lo importante que es en mi vida y que por culpa mi maldito orgullo

nunca le dije. —El violinista se mordió el labio en un intento de calmar su rabia.

Su amigo vio en la mirada de aquel chico arrogante al que admiraban y odiaban a partes iguales, un destello de tristeza. No cabía duda de cuánto le importaba aquella buena mujer y el cariño que le tenía.

—Tú lo eras todo para ella y aunque su vida no fue fácil, contigo encontró la felicidad. Giuseppina estaba muy orgullosa de todos tus logros. —Sonrió al recordar a su buena amiga.

Aquellas palabras le reconfortaron, durante años creyó que ella también se había hartado abandonándole a su suerte cuando cumplió la mayoría de edad, y la odió por desaparecer de un día a otro. Sin embargo, ahora comprendía el por qué.

—A ella le dolió mucho dejarte. —Demetrio adivinó los pensamientos del músico—. Anne y yo le prometimos que cuidaríamos de ti.

Esbozó una ligera sonrisa apenas perceptible, Giuseppina era la única persona que le importaba en el mundo.

—Demetrio, ¿conocías a mis padres? Háblame de ellos.

—Sí, los conocí hace mucho tiempo. —Miró el reloj—. Es tarde, otro día te contaré su historia.

—Por favor —insistió—, cogeré el próximo tren.

A pocos metros de ellos se encontraba el Augarten, un parque público que contaba con los jardines barrocos más antiguos de Viena, donde se podían apreciar distintos tipos de flores y una zona flanqueada de Olmos, castaños, tilos, fresnos y arces. Allí también se encontraba diversas instituciones como los Niños cantores de Viena, la manufactura de porcelana, el museo de la porcelana y la Filmoteca de Austria.

—Adrienna era una mujer con una gran belleza, estudiábamos en la misma facultad y cada día nos cruzábamos en la puerta de la entrada, aunque yo para ella era invisible.

Angelo escuchaba con atención mientras paseaban en aquel pequeño paraíso.

—Más tarde —Continuó con el relato—conoció a Dante, tu padre. Él poseía un secreto que fue pasando de generación en generación. Hace muchos años, Luigi Paganini buscaba hallar un remedio para curar las dolencias que tenía la emperatriz de Austria, y comprobó horrorizado que había creado un virus letal.

—¿Qué ocurrió con ese hallazgo?

—Tu antepasado lo ocultó en una sonata compuesta por él mismo y la esparció para evitar que nadie se hiciese con su poder.

La familia de tu madre pertenecía a los que anhelaban hallar el virus y fue Adrienna quién lo consiguió. Aquella noche, tú ibas a interpretar esa pieza y revelar el secreto durante años custodiado.

—Entonces lograron reunir la sonata —dijo Angelo.

—Así es y tú debías de interpretarla sin ningún fallo. Mis camaradas y yo nos infiltramos y cuando empezaste a ejecutar la melodía, disparamos contra el matrimonio Paganini, nuestro principal objetivo. Sabíamos que si los líderes caían sembraríamos el caos en toda esa gente. En medio de todo ese barullo, me acerqué a ti y me guardé la partitura para dividirla de nuevo.

—Conozco demasiado bien esa historia. —El músico clavó la mirada en el suelo.

—Tú eras la pieza clave, Angelo. Dante y Adrienna te prepararon durante mucho tiempo para cumplir su fin. No se amaban, sin embargo, se necesitaban para alcanzar su objetivo.

De pronto se puso de pie frente a él con semblante serio y preocupado e incluso el violinista, notó un ligero temblor en la voz de su amigo.

—Está en tus manos parar todo esto. Si se descubre

la fórmula, la humanidad está perdida.

—Demetrio, las únicas personas que me importan sois Pina y tú, por desgracia ella ya no está aquí. Si paro todo esto, será por ti. Has sido el único amigo de verdad en toda mi vida.

El hombre se emocionó al escuchar las palabras del chico, es cierto que le había costado acercarse a él e incluso odió su arrogancia y desprecio hacia los demás, no obstante, observó algún cambio significativo en el violinista.

—Es casi la hora. —Las campanas de la catedral les interrumpieron con su tañido—. Te veré después, ya sabes dónde encontrarme.

Al salir de allí ambos tomaron caminos distintos. Demetrio regresó a la Abadía y él siguió calle abajo con el Stradivarius en la mano. Tras un largo paseo se detuvo frente a la fachada de una casa construida al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Encima de la enorme puerta de roble, había dos ventanas grandes adornadas con cortinas de encaje, la fachada era de color blanco, la adornaban dos especies de columnas con enredaderas que llegaban hasta el tejado. Llamó al timbre y esperó.

CAPÍTULO 28

—¿Qué vamos a hacer con esos dos? No podemos mantenerles ahí encerrados para siempre. —Noelia esperó alguna respuesta de su hermana.

Grettel se incorporó de la cama y con gesto de despreocupación dejó caer la toalla en el suelo, se acercó al armario y abrió la puerta buscando algún atuendo para ponerse.

—¿Acaso te importa? Ayúdame, no me decido entre el vestido negro o el granate.

—No quiero pasarme años encerrada, así que haz el favor de tomarte las cosas más en serio —dijo algo irritada al ver su actitud.

Salió del cuarto mientras su hermana seguía con el

armario abierto. Atravesó el salón principal, fue hasta la cómoda y buscó en los cajones de madera tallada hasta encontrar una llave grande que guardó en el bolsillo del pantalón vaquero.

—¿Habéis visto eso? —susurró el agente Gianni agazapado detrás del sofá de tela gris oscuro.

Camelia y Mia asintieron con la cabeza.

—Vamos a seguirla. Tened mucho cuidado —les indicó la inspectora.



En aquel sótano húmedo y maloliente, Oliver Moritz observaba a su compañera inconsciente sobre la cama. Pensó en alguna forma de salir de ahí, pero solo había una ventana demasiado alta para poder llegar hasta ella.

De repente, oyó aproximarse unos pasos hacia la puerta y como alguien abría la cerradura, la tenue luz dibujó la sombra de una mujer.

—¿Qué quieres, Noelia? —preguntó el agente con voz abatida.

—El gato cazó al ratón —le respondió con un tono

burlón—; en este caso, dos ratas demasiado entrometidas.

Notó cómo la rabia se agolpaba en su rostro, apretó los puños y se encaró hacia esa traidora.

—Te juro que...

La grafóloga se rio echando la cabeza hacia atrás y apuntó con un arma al rostro de la agente Najem.

—Si intentas atacarme, le dispararé —amenazó Noelia.

Estaba tan absorta en humillar a sus presos, que no se percató de la presencia de la inspectora Mancini y de pronto se vio en el suelo con una rodilla encima del cuello.

—Agente Moritz, la pistola. —Camelia dio una patada al revólver que estaba cerca de ella.

Oliver se abalanzó sobre el arma, desactivó el seguro y apuntó a la frente de Noelia Braun.

—¿Quién es la rata ahora? —El tono de Moritz estaba cargado de odio—. Estás atrapada, maldita hija de perra.

La inspectora se situó al lado del agente y se presentó con un fuerte apretón de manos.

—Soy la inspectora Camelia Mancini y ellos son mis agentes Mia Ambrosetti y Gianni Verdi. El departamento de la policía austriaca se puso en contacto

con el nuestro al no poder localizaros y la señal de vuestros teléfonos nos llevó hasta aquí.

—Soy el agente Oliver Moritz y ella es mi compañera, la agente Amal Najem. Necesita atención médica, hay que sacarla de aquí cuanto antes.

—Oliver —dijo muy segura Mancini—, Mia y Gianni se encargarán de ella mientras nosotros dos ponemos fin a todo esto. Pediré refuerzos y ordenaré que los arresten a todos.

En un momento de distracción, Noelia logró librarse del brazo del agente y le quitó el arma reglamentaria. Oliver giró sobre sí mismo en un intento de reducirla, sin embargo, ella fue más astuta y apuntó de nuevo hacia Amal.

—¿Pensabas que me habías vencido? —dijo con voz burlona.

El agente Moritz adivinó las intenciones de Noelia y se abalanzó sobre el cuerpo de su compañera, la bala salió del proyectil perforándole el pecho. Se cubrió la herida con las manos y a los pocos segundos, se desmayó.

—Oh, que escena tan romántica. —Se burló con el arma todavía humeante.

La inspectora italiana, presa de cólera, se encaró hacia ella y la derribó de un puñetazo en la nariz.

—¡Maldita hija de perra! —bramó fuera de sí mientras

continuaba golpeándola.

—Camelia, ¡basta! Gianni se encargará de ella.
Debemos llevarlos a un hospital —dijo Mia.

El agente comprobó el pulso de Moritz, éste era apenas inexistente y respiraba con dificultad.

—Dejad encerrada aquí a esta maldita, los refuerzos no tardarán en llegar.

Fueron directos hacia el hospital, conduciendo a más velocidad del límite permitido. Gianni presionaba la herida del policía austríaco con su chaqueta para evitar que se desangrara.

El equipo de urgencias se llevó al quirófano a los heridos. La inspectora Mancini se dejó caer sobre la silla de la sala de espera.

—Camelia, ¿estás bien?

—Estoy agotada solo quiero llegar a casa y abrazar a mi mujer.

Camelia se casó con su novia hacía apenas dos años. Ambas se conocieron en sus años de instituto y desde entonces fueron casi inseparables. Solo estuvieron unos pocos meses separados, cuando Amanda tuvo que salir del país por trabajo y al regresar, le propuso vivir juntas en su estudio de cincuenta metros cuadrados en el Barrio de San

Ambrosio. Un año más tarde, celebraron una boda íntima a la que solo acudieron su familia más cercana y sus mejores amigos.

Un enfermero se acercó a ella, caminaba con la espalda algo encorvada y no parecía tener más de cuarenta años.

—Acompáñame, por favor —dijo con voz nasal—. La doctora Martinelli quiere hablar con usted.

Se puso en pie y antes de ir con el sanitario, les dio la orden a sus agentes de que regresaran a la Mansión de los tres picos.

—Mia, Gianni. Las unidades policiales ya están allí, me lo ha confirmado el comisario. Llévalos hasta donde está retenida Noelia Braun y detened a sus cómplices.

—Mancini —dijo el agente—. Me juego el cuello de que hay alguien con mucho poder tras todo esto.

La inspectora asintió con la cabeza y caminó hacia la puerta del ascensor donde le esperaba el enfermero. Subieron hasta la última planta en el ascensor preparado para transportar camillas.

—Hemos llegado. —Le indicó el chico.

—Gracias, Guido. —Leyó la placa dorada que llevaba en el pecho con su nombre.

Camelia llamó a la puerta en espera de una respuesta, una voz grave y aterciopelada le invitó a entrar.

El despacho de Clara Martinelli, la directora del hospital estaba ordenado al mínimo detalle. Bajo el gran ventanal, los rayos

de sol apuntaban al escritorio de madera de roble repleto de dosieres y documentos de todos los pacientes, en una esquina de la mesa, se hallaba un ordenador de color gris, a la derecha de la ventana se podía apreciar una estantería que ocupaba toda la pared con libros y tomos sobre medicina.

—Adelante, tome asiento, inspectora —le invitó a sentarse.

Clara era una mujer de aspecto serio y algo severo, su cabello estaba teñido de color caoba, en un favorecedor corte a media melena por encima de los hombros, llevaba unas gafas de pasta negras rectangulares, tenía la espalda ancha y las caderas estrechas e iba vestida con un pantalón vaquero de corte recto y un jersey de perlé gris.

—Usted ha sido quien ha traído a dos policías austríacos a mi hospital —dijo sin apartar la vista de los informes.

—Exacto, estaban malheridos y precisaban de atención médica.

—De acuerdo, iré sin rodeos. La mujer no me preocupa, ha sufrido una fuerte contusión debido a una caída y debido a ello tiene las vértebras C1 y C3 destrozadas, con una buena rehabilitación y alguna intervención quirúrgica logrará caminar, aunque precisará

de un bastón para toda la vida.

—¿Y qué hay de Oliver Moritz?

Clara dejó escapar un suspiro largo, algo habitual en ella cuando se disponía a dar malas noticias.

—La bala le perforó el pulmón, tengo al mejor equipo de cirugía intentando salvarle la vida. Le voy a ser sincera inspectora Mancini: ha perdido mucha sangre y no guardo muchas esperanzas.

—Ha sido un placer. —Camelia se levantó y le dio un papel con su móvil anotado antes de ir hacia la puerta —. Doctora Martinelli, recuerde que los milagros existen.

—Muy a mi pesar, no creo en ellos —le respondió.

Mientras tanto, Gianni y Mia esperaban impacientes en la sala contigua a quirófano en espera de alguna novedad.

—Camelia. —Se levantó Mia —¿Hay alguna noticia?

—Sí, la agente Amal necesitará operarse y mucha rehabilitación, si no quiere pasarse el resto de sus días en una silla de ruedas y el agente Oliver se debate entre la vida y la muerte —dijo, derrotada—. Vamos, Paolo me ha confirmado que están en camino.

—Esa maldita les hizo mucho daño —dijo Gianni—. Espero que sus huesos se pudran en la cárcel.

La inspectora Mancini miró a su compañero y negó con la

cabeza.

—Lo dudo, es hija de alguien muy importante en Austria y aunque sea una psicópata capaz de asesinar a sangre fría, harán todo lo posible para que se libre de la cárcel. La justicia se ha vendido al poder —dijo asqueada—. Poned al corriente de todo al departamento de policía Federal austríaca.

Los dos agentes llegaron a las instalaciones policiales, casi todo el mundo había salido. Allí solo quedaban el traqueteo de los ordenadores y los focos LED de la entrada encendidos.

—Se me hace extraño ver esto vacío —dijo la agente Mia en voz baja.

Su compañero asintió con la cabeza mientras marcaba el número de la policía austriaca, tras varios tonos respondió la voz ronca del comisario jefe Hans.

—Soy el agente Gianni Verdi. Hemos rescatado a sus agentes, Amal Najem y Oliver Moritz.

—¿Puedo hablar con ellos?

—Lo siento, ambos están ingresados en María Beatrice Hospital.

Hans pronunció algunas palabras malsonantes y continuó con la conversación.

—Deme los datos exactos. Haré las llamadas necesarias para que les trasladen a Viena.

—Comisario, gracias a sus agentes hemos atrapado a la asesina de Otto, Grettel Braun, aunque creemos que no ha actuado sola.

—¡La hija del canciller! —dijo sorprendido—. Esto les encantará a los canales de televisión.

Colgó el teléfono y fue hacia su compañera que estaba sentada en el despacho de la inspectora Mancini con los pies sobre el escritorio y un café en la mano.

—¿Qué haces?

—Necesitaba tomarme un descanso y este sillón es perfecto, ¿has hablado con el comisario?

—Sí —le respondió—, mañana a primera hora estarán en Italia.



Noelia se despertó con un fuerte dolor de cabeza, incluso abrir los ojos le molestaba.

—¡Que alguien me saque de aquí! —Golpeó la puerta

enfurecida con los nudillos de las manos.

Al otro lado solo había silencio, ella misma cayó en su propia trampa.

«No debí confiarme, los tenía en mis garras, e incluso me gané la confianza de ese ingenuo de Oliver».

Regresó a la cama y cerró los ojos, no tenía nada mejor que hacer en ese lugar infecto lleno de cucarachas y ratas.

—Venga, levántate —le ordenó una voz demasiado conocida.

Se incorporó sobresaltada, frente a ella estaba Grettel de brazos cruzados y los ojos llameantes de rabia.

—Al fin mi hermanita, La Perfecta, se digna a sacarme de aquí —le reprochó.

Como respuesta obtuvo un sonoro bofetón que hizo que su cabeza se echara hacia atrás por el impacto.

—¿Te has vuelto loca? —Noelia se limpió con la mano el hilillo de sangre que manaba de su nariz.

—Nuestro padre ha muerto y la policía está a punto de detenernos. Has fracasado gracias a tu maldita arrogancia.

—Me atacaron tres agentes de policía. Es toda culpa tuya, tú solo tenías que disparar a Otto y dejarlo allí

para incriminar a Angelo Paganini, pero tú tenías que hacerte notar, ¿verdad? —dijo Noelia con la cabeza erguida.

—Cuida tu tono o haré que desees tu propia muerte.

Dio un respingo al oír aquellas palabras, sabía muy bien de lo que era capaz Grettel. Ella misma presencié muchas veces como su hermana llegaba al éxtasis viendo suplicar a sus víctimas.

CAPÍTULO 29

Demetrio regresó a la abadía, después una larga caminata por una avenida con el suelo pavimentado y árboles frondosos a los lados, que comenzaban a mostrar con timidez sus hojas verdes tras un largo invierno.

Al abrir la puerta del convento, vio a Anne junto a varias novicias enseñándoles su nuevo hogar. Las muchachas saludaron al recién llegado y continuaron con la visita. Cuando terminó de darles algunas instrucciones a las nuevas religiosas, la madre superiora regresó al jardín y tomó asiento en un banco de madera junto a su amigo.

—Les he preparado las habitaciones de arriba del todo —dijo mientras se pasaba un pañuelo por la frente —
. Mi querido Demetrio, te noto preocupado.

—A ti no te puedo ocultar nada —suspiró.

—Es por el concierto en casa de Herman Von Spatz, ¿verdad?

—Me he permitido hacer algunas investigaciones. Herman es hermano de Kristoph Hunsch.

—¿Hunsch? —Anne se levantó sobresaltada—. Recuerdo muy bien a esa familia.

El hombre se percató de la reacción de la monja. En su rostro tenía dibujada una mueca de rabia.

—¿Qué es lo que recuerdas? —dijo con suavidad.

Anne tragó saliva varias veces antes de responder, avivar aquel recuerdo la quemaba por dentro.

—Fuimos amantes. —Bajó la mirada ante aquel recuerdo—. Quedé prendada de él, yo solo era una chica ingenua que nunca había salido de su casa y él puso el mundo a mis pies. No se trataba de Kristoph, sino de su padre. Tenía veinte años cuando comencé a ver a mi prometido como un niño sin experiencia en la vida. Sin embargo, únicamente fui parte de su plan para encontrar a Theresa y Nina Kleim.

—¿Por eso te refugiaste en este lugar?

—El remordimiento apenas me dejaba vivir. Yo fui la causante del infierno de mis mejores amigas —respondió apenada.

Demetrio alzó con suavidad el rostro de Anne y durante

unos instantes, sostuvo su mirada con la de ella, a la vez que le acariciaba las manos llenas de arrugas producidas por el paso del tiempo.

—No debes atormentarte así. Gracias a ti, reunimos de nuevo la partitura e impedir que se salieran con la suya.

—¡Y a qué precio! —Alzó los brazos al cielo—. Todos nosotros estamos condenados y hemos perdido a buenas personas por esa maldita causa.

—La cruz con la que cargamos es muy pesada de llevar ¿Conocías al hermano de Kristoph?

—Sí, aunque en realidad eran hermanastros, Herman era hermano de parte de madre.

—Eso significa que Spatz pretende que el chico ejecute la obra para desvelar el secreto.

—Tranquilízate. Tengo entendido que es un gran melómano, acude a casi todos los conciertos junto a su marido.

—¿Su marido? —dijo extrañado.

—Sí, se casó hace poco con un italiano mucho más joven que él.

Demetrio miró el reloj, tan sólo quedaba una hora para que el violinista empezara su actuación.



A pocos kilómetros del convento, Angelo Paganini esperaba frente a la puerta del alcaide del centro penitenciario más importante de Austria. Fijó su vista en los picaportes de la entrada, dos cabezas de león talladas a mano de oro macizo.

—Adelante —dijo un hombre delgado vestido de negro—. Le estábamos esperando.

Caminaron en silencio por la entrada amplia e iluminada con una araña gigantesca colgada del techo, en la pared había un diván de tela rosa con flores blancas bordadas a mano. Atravesaron el salón rodeado de grandes ventanales cubiertos con cortinas de terciopelo de color verde, en el medio se podía ver una gran mesa presidiendo la sala rodeada de sillas de madera con el respaldo del mismo color que las cortinas.

Reconoció algunos cuadros de pintores reconocidos mundialmente. No había duda de que Herman vivía rodeado de lujo.

—Espere aquí —le indicó el mayordomo—. Los señores no tardarán en llegar.

El músico permaneció de pie en el salón y mientras

esperaba, se entretuvo mirando algunas pinturas. Hubo uno que le llamó la atención, en él se apreciaban a varios ángeles tocando el arpa y en medio de ellos, se podía ver a dos figuras demoníacas danzando al son de la música.

—Bienvenido a mi hogar. —La voz de Spatz le sobresaltó—. He dispuesto la sala de música para este momento.

—Gracias por abrirme las puertas de tu casa —dijo el violinista.

Tras las saluciones de rigor, el anfitrión condujo al músico a una sala donde había varias butacas de color granate y un escenario frente a estas.

Herman se había acicalado para la ocasión, iba vestido con un elegante traje de seda negra y una camisa de algodón egipcio color lila, llevaba puesta una corbata morada y zapatos de charol negro acordonados. En cambio, Fabrizio, vestía de manera más informal con un pantalón vaquero y un jersey gris claro con el cuello redondo.

—Angelo, tengo el gusto de presentarte a mi marido, Fabrizio.

—Encantado. —Estrechó la mano del músico—. Herman me ha hablado mucho de ti.

El matrimonio tomó asiento, mientras Angelo se

preparaba para la audición, ojeó por encima la partitura que había sobre el atril, sacó el violín de la funda y pronto se fundieron músico e instrumento en uno solo. Cada nota, cada silencio, le envolvían en una vorágine, alcanzando el cénit.

Herman se frotaba las manos a la vez que una sonrisa de satisfacción acudía a su rostro.

—Magnífico, has estado sublime. —Aplaudió tras finalizar la actuación—. ¿Nos disculpas un momento, por favor?

Después desapareció seguido de su acompañante. Angelo guardó de nuevo el violín en la funda y se sobresaltó al oír una detonación. Fabrizio regresó con la ropa llena de salpicaduras de sangre y una pistola con las manos enfundadas en unos guantes.

—Angelo Paganini, ¿no me reconoces?

El violinista le miró extrañado, estaba seguro de no conocerle hasta ahora.

—Es normal que no me recuerdes, solo éramos unos críos —dijo mientras se quitaba los guantes.

—¿Dónde está Herman?

—Muerto. Una bala ha atravesado su corazón.

—¿Por qué? —Dio un paso hacia atrás.

—Spatz consiguió obtener el antídoto, nosotros lo sabíamos y me casé con él para ganarme su confianza. Hace varias noches me confesó sus intenciones, al parecer lo guardaba una

pobre anciana que perdió la cabeza. Por ese motivo insistió tanto en que le ofrecieras un concierto privado. Él tendría el virus y el antídoto en sus manos. Su finalidad era esparcir el veneno y luego pedir una cantidad a cambio de ofrecerles la cura.

—Nunca imaginé que buscara infectar a la humanidad —dijo Angelo sorprendido—. Aún no me has dicho que me conoces.

—El antepasado de Herman trabajaba junto a tu tatarabuelo que fue quién creó el virus y lo ocultó en la partitura. Supongo que él solo quería tener el poder en sus manos. Y respeto a tu pregunta, estudiamos juntos en el Luigi Cherubini, ¿ves esta cicatriz? —Señaló una marca casi invisible en la mejilla izquierda.

—¿Fabrizio Caprese? ¿Aquel pianista mimado e insoportable?

—Exacto, el mismo al que marcaste con un vidrio tras una pelea. Espero que nos volvamos a encontrar y quizás ofrecer un concierto a piano y violín.

—Si no nos encierran cuando descubran el cadáver —dijo el violinista.

—No te preocupes, tenemos coartada. Unos ladrones nos atacaron. Herman intentó hacerles frente y le

dispararon.

Fabrizio le golpeó con el puño cerrado en la mejilla e hizo que la piel del violinista se abriese y un hilo de sangre recorriera su piel.

—¿Se puede saber qué haces! —Se encaró Angelo.

—Hay que hacerla creíble. Adelante, puedes pegarme. —
Le ofreció su rostro.

Sin pensarlo dos veces, le dio un puñetazo en la nariz y cayó en el suelo a causa del impacto.

—Ya basta de juegos. —Ambos reconocieron de inmediato aquella voz.

—¿Demetrio!

—Sí, soy yo, al fin ha terminado todo. —Por su rostro arrugado surcaron lágrimas de felicidad—. Coge la partitura, bastantes problemas nos ha causado ya.

—¿Qué piensas hacer con ella? —Fabrizio se situó al lado del violinista.

—Eso no es de tu incumbencia. —Demetrio se guardó los papeles en el interior de la chaqueta.

Mientras salían de la propiedad por la parte trasera, oyeron a las sirenas de la policía acercarse.

—¡Ey, chico! ¿No vienes? —Dijo Demetrio al ver que Fabrizio se quedaba atrás.

—No, alguien tiene que contar que ha pasado y yo soy el viudo —le respondió.

CAPÍTULO 30

El comisario austríaco se presentó en el despacho de la inspectora Mancini, abrió de un portazo y la amenazó con el dedo.

—Este caso es mío, no permitiré que la policía italiana se lleve el mérito.

Mientras hablaba, la papada gelatinosa temblaba dándole un aspecto cómico.

—Cálmese —dijo Camelia—, estamos a un paso de atraparles. Debemos trabajar unidos.

Hans se desplomó sobre la silla que crujió al soportar un peso de cien kilos. Estaba agotado, apenas había dormido las últimas veinticuatro horas.

—Dos de mis agentes se están debatiendo entre la

vida y la muerte. Acabemos con esto cuanto antes.

—Estoy de acuerdo con usted, aunque debo advertirle que nos enfrentamos a gente muy preparada y peligrosa.

La inspectora salió de su oficina seguida de Hans y el resto del equipo para ir hacia la Mansión de los tres Picos. Tras un buen rato al volante, estacionaron cerca del muro que rodeaba la casa. Camelia Mancini bajó del vehículo oficial, Mia y Gianni la imitaron.

Hans, que había llegado veinte minutos antes, se acercó junto a dos de sus agentes.

—Inspectora, le presento a Maud y Eva. ¡Bien! Acabemos con esto y sobre todo que nadie se haga el héroe. Mancini, vosotros ya habéis estado aquí antes, será mejor que vayáis delante.

—Hemos reducido a la mujer que atacó a Moritz y Amal —le informó Camelia.

—¡De acuerdo! —dijo Hans—. Peinaremos la zona. Maud, Eva, vosotras dos os encargareis de la parte trasera y derecha. Camelia, te dejo a ti el resto.



En el interior de la mansión, Grettel estaba demasiado ocupada fustigando a su propia hermana como para preocuparse de lo que ocurría en el exterior.

—Por favor, te lo suplico —dijo Noelia con voz llorosa.

La chica se abrazó a sí misma, mientras Grettel golpeaba su piel desnuda con un látigo de cuero de nueve colas y las puntas acabadas en metal. El dolor era cada vez más agudo y ella se debilitaba cada vez más, cada golpe le laceraba la piel y le desgarraba la carne.

Las súplicas le animaban a seguir golpeándola con más fuerza. Disfrutaba con el dolor ajeno y le asqueaba la debilidad, por eso cada vez que su víctima suplicaba, ella le golpeaba más fuerte. Se pasó la mano por la frente sudorosa, tenía la boca seca y empezaba a dolerle el hombro. Echó un vistazo al cuerpo maltrecho de Noelia que yacía con los ojos abiertos mirando al techo.



Hunsk abrió una botella de Camus Ile de Ré Fire

Island y se sirvió una copa, el líquido marrón le quemó la garganta. Pensó en las hijas de su fiel amigo, a ninguna de ellas les temblaba la mano si tenían que apartar a cualquiera que interfiriera en sus planes. Siempre fueron violentas, siendo unas niñas ya torturaban a animalitos indefensos, mientras él observaba su mirada vacía y carente de sentimientos.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no escuchó la puerta abrirse a sus espaldas, Grettel estaba de pie con el rostro desencajado y una mueca torcida a modo de sonrisa

—¿Dónde está tu hermana? —Ya conocía la respuesta al ver la sangre salpicada en la ropa.

Grettel se abalanzó sobre él y le golpeó la cabeza hasta deformarla por completo convirtiéndola en un amasijo de huesos y sangre.

Muy cerca de allí la policía buscaba algún indicio que los llevara hasta la principal sospechosa. De pronto, Camelia se detuvo al oír un golpe seco parecido al de una sandía cuando cae al suelo.

—¿Lo habéis oído? —susurró.

Mia, Gianni y Hans asintieron con la cabeza.

—Viene de ahí. —El comisario señaló hacia una puerta blanca.

Todas las pruebas apuntaban hacia Grettel Braun. La policía científica encontró un trozo de uña donde estaba el cuerpo

sin vida de Otto y al analizarla, no hubo ninguna duda.

—Culpamos a un pobre inocente —dijo el forense.

—¿Pobre? Ese tipo nos puede enterrar con billetes —le respondió su ayudante.

—Le privamos de su libertad y eso no tiene precio.

Terminemos con esto cuanto antes.

A Klaus no le agradaba mucho compartir el laboratorio con un desconocido, ya que lo consideraba su pequeño santuario y cuando le comunicaron que un recién salido de la universidad de medicina iba a hacer prácticas allí mismo, no le hizo ninguna gracia. En realidad, no tenía nada en contra del chico, era solo que prefería trabajar solo.

—También se le relaciona con la muerte de varios mendigos. Parece ser que se ganaba su confianza y los asesinaba después.

—Un auténtico angelito —dijo el forense con sarcasmo.



Grettel Braun observó el rostro desencajado de

Hunsk, el cráneo aplastado y los sesos desparramados. Estaba tan absorta que no vio a la inspectora Mancini lanzarse sobre ella.

—Quedas detenida por asesinato en primer grado —dijo mientras la esposaba.

No reaccionó, sus ojos azules miraban al cadáver a la vez que se le dibujaba una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Camelia fue hacia la entrada de aquella mansión con la principal sospechosa detenida. En la calle la esperaban Mia y Gianni junto al comisario vienés.

—Inspectora —dijo un agente—, encontramos el cuerpo sin vida de una joven.

Mancini se acercó a la camilla donde estaba la fallecida y apartó la sábana blanca que la cubría para ver su rostro hinchado y deformado.

—Por fin ha terminado todo. —Hans estrechó la mano de la inspectora.

—Ha sido un placer trabajar con usted —le respondió ella.



Horas después volaban de nuevo hacia Austria. El avión

atterrizó en el aeropuerto de Schwechat, situado a dieciocho kilómetros de Viena. Grettel fue todo el viaje custodiado por dos policías.

Un furgón policial le esperaba a la salida del aeropuerto, el conductor se sorprendió al ver a la hija de la canciller esposada, durante el trayecto hasta comisaría nadie abrió la boca. Al llegar a las instalaciones policiales, dos agentes acompañaron a la culpable a la sala de interrogatorios.

En aquel habitáculo frío e impersonal, les aguardaba la policía encargada de interrogar a los detenidos.

—Grettel María Braun, se te acusa de asesinato en primer grado. Tienes derecho a un abogado. —Kristen se sabía el procedimiento de memoria y ni se preocupó en levantar la vista de la pantalla del ordenador.

La acusada estalló en una carcajada sonora y burlona. Los policías que la observaban desde la pared acristalada no entendían aquella actitud.

—¿De qué te ríes? ¡Habla! —Apoyó los brazos sobre la mesa metálica mientras mantenía su mirada fija.

—Pobres ilusos, en poco tiempo estaré en la calle. Tengo contactos y dinero más que suficiente para pagar la fianza. Mientras tú, bola grasienta —Giró la cabeza hacia

el comisario—, has perdido a dos policías y te va a costar un expediente de tus superiores.

Hans se incorporó de un salto y empujó con todas sus fuerzas la silla de la acusada e hizo que su cabeza chocara contra el suelo.

—Patético —dijo entre risas.

—Comisario, haga el favor de salir de esta sala —le exhortó Kristen.

El hombre caminó hacia la puerta y cerró con toda la rabia acumulada dentro de su ser.

—No te pases de lista, ¿para quién trabajas? —le preguntó la policía.

—Jamás lo entenderías. ¿Alguna vez has sentido el poder en tus manos?

—Responde a la pregunta —dijo en tono seco.

—¿Sabes qué hace falta para ser dioses? Un virus mortal con su respectiva cura.

—¿Pretendías infectarnos a todos? —Miró a Grettel horrorizada.

—Llámalo estrategia política —respondió con indiferencia—. La gente habría hecho cualquier cosa para hallar una cura y nosotros se la hubiéramos ofrecido a cambio de una gran suma de dinero. Era una táctica perfecta.

—Has asesinado también a tu padre y a tu propia hermana. Eres una maldita psicópata.

—Solo son daños colaterales. Además, Noelia solo era hermana por parte de mi padre.

—Grettel Braun, mis compañeros te acompañarán al centro penitenciario, hasta que se celebre el juicio.

CAPÍTULO 31

El juicio se celebró a las pocas semanas y Grettel María Braun fue acusada de asesinato en primer grado. En todas las cadenas de televisión salió como ingresaba en la prisión estatal. Un periodista se acercó a ella y la fotografió cubriéndose la cara con las manos.

La agente Amal Najem se incorporó al trabajo tras pasar muchos meses de baja. La caída que sufrió, le provocó un pinzamiento en la columna vertebral y le fracturó la pierna por tres sitios. Al principio iba en silla de ruedas, aunque poco a poco recuperó la movilidad gracias a los ejercicios de rehabilitación.

Entró en su despacho y se llevó una grata sorpresa al ver un ramo de flores sobre el escritorio con una tarjeta

firmada por todos sus colegas.

—Me alegra que hayas vuelto. —Oliver le guiñó un ojo—. Te hemos echado de menos.

—¿Oliver? —dijo sorprendida—. Pensaba que...

—Me he reincorporado hace unos días —le respondió—. Trabajar me mantiene la mente ocupada. Ya sabes por todo lo que he pasado. Primero Odette muere en un accidente y cuando vuelvo a abrir mi corazón, me llevo otro golpe.

La policía le dedicó una sonrisa a modo de respuesta. En ese momento, entró Hans con los brazos abiertos.

—Agente Najem, es una alegría poder contar contigo de nuevo.

—Gracias, comisario —le dijo con sinceridad.

—No es nada —respondió mientras se disponía a regresar a su despacho.

Los días pasaban monótonos, desde la detención de Grettel solo hubo algún acto vandálico y alguna que otra multa por exceso de velocidad.

—Hans, me gustaría hablar contigo. —Amal tomó asiento frente a él.

El despacho olía a beicon ahumado y patatas fritas. El comisario apartó los papeles grasientos que estaban encima de la mesa.

—¿Qué ocurre?

—Tras pensarlo mucho, he decidido tomar una excedencia. Necesito considerar muchas cosas —se sinceró.

—¡Maldita sea! No estarás rumiando en dejarnos, porque, aunque no me seas nada simpática, quiero que estés en mi equipo y ese capullo de Moritz igual. —Al hablar escupió varias gotitas de saliva.

—No me vas a perder de vista. Es solo que la muerte de mi madre me ha afectado demasiado y necesito un cambio de aires.

El hombre levantó sus manazas en señal de aprobación. Acto seguido, sacó unos documentos del cajón y los puso encima de la mesa.

Después de firmar cogió la muleta que dejó apoyada cerca de la puerta y se despidió del resto de compañeros.

—¿Alguien sabe algo de Oliver?

—Ha salido hace una hora —le dijo la recepcionista.

Sabía demasiado donde encontrarle, así que fue directa hacia el cementerio municipal, estacionó el coche muy cerca y lo encontró frente a la tumba de su prometida.

—Oliver. —Le puso la mano en el hombro—. ¿Es un mal momento para hablar?

—Me estoy despidiendo de ella.

Amal se percató de que tenía los ojos empañados en lágrimas y sostenía una rosa blanca entre las manos.

—No te imaginas cuánto la echo de menos y me duele pensar, que por mi culpa ya no está aquí. —De pronto sostuvo las manos de la agente con las suyas—. Te pido que me ayudes, porque quiero salir de este pozo.

—Cuenta conmigo, cariño —dijo en tono suave—. He pedido una excedencia, quizás deberías hacer lo mismo.

—No creo que sea una buena idea —le respondió—. El trabajo me mantiene firme y sobrio. Por cierto, ¿qué vas a hacer en todo este tiempo?

—Viajaré al Líbano. Mi hermano mayor ha puesto el piso donde pasé una parte de mi infancia en venta y quiero arreglarlo a mi gusto.

—¿Lo has comprado tú? —dijo sorprendido.

—Así es, me hizo un buen precio, ¿por qué no vamos a otro sitio? Me da escalofríos estar aquí.

Caminaron hasta la puerta de entrada y fueron hasta una taberna donde servían salchichas ahumadas con cada pinta.

—He comprado un billete para la Toscana. Antes de ir a mi antiguo hogar, pasaré unos días en casa de Camelia —dijo la policía.

—¿Cuándo volverás?

Oliver no soportaba la idea de estar alejado de ella. Amal era su mayor apoyo y temía no volver a verla.

—No lo sé, necesito tiempo —susurró en voz baja.

Oliver se acercó a ella y la apretó contra su pecho, deseando que el tiempo no pasara nunca.

—No quiero despedidas tristes ¿Qué te parece un paseo por el centro?

Pronto llegaría la Navidad y las calles estaban adornadas con luces de todos los colores, varios Santa Claus llamaban la atención de los más pequeños con su típica risa.

Se pararon frente a una mujer que vendía castañas asadas en un pequeño fogón y compartieron unas cuantas.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —preguntó Oliver.

—Mi avión sale a las cinco de la madrugada, así que tendré que levantarme una hora antes para llegar a tiempo, y ya sabes lo mucho que odio madrugar.

—Puedes dormir en mi apartamento, vivo a pocos metros del aeropuerto.



Los primeros rayos de sol asomaban por la ventana. El aroma intenso a café recién hecho terminó de despertarla y caminó hacia el cuarto de aseo envuelta con la sábana.

—Buenos días —saludó con el pelo todavía mojado—. ¿Cómo has dormido?

—Me voy a plantear comprar un sofá nuevo —respondió Oliver—, tengo la espalda destrozada. He preparado desayuno.

Puso encima de la mesa los cafés, una jarra de leche, unas rebanadas de pan tostado y dos tarros de mermelada de fresa y de melocotón.

El salón solo contaba con la mesa y un par de sillas de color blanco. Debajo de la ventana que abarcaba toda la pared, estaba el sofá y frente a este, el televisor de pantalla plana de cuarenta pulgadas encima de un mueble auxiliar de color gris.

Tras el desayuno, pusieron el equipaje en el maletero del coche y emprendieron rumbo hacia el aeropuerto. La carretera estaba vacía a aquellas horas de la madrugada. Amal se recostó en el asiento y miró a su amigo que tenía toda la atención puesta en el volante.

El aeropuerto estaba lleno de gente cargada con maletas que iba y venía. Su vuelo no tardaría en salir y fue directa hacia la cabina de embarque. Mientras guardaba su billete, no pudo evitar

sentir un nudo en el estómago y tuvo que reprimir las ganas de llorar.

—Oliver Moritz, te echaré de menos. Prométeme que te cuidarás. —Le abrazó.

—Yo también te voy a echar de menos, y ahora vete, o me vas a hacer llorar.

Antes de desaparecer por la puerta de embarque, se giró una última vez para ver cómo se desvanecía entre la multitud.



El clima cálido y el sol abrasador, la golpearon al bajar del avión. Salió del aeropuerto arrastrando una maleta grande, muy cerca de allí la esperaba Camelia Mancini, vestida con un pantalón de tela gris y una blusa azul celeste, iba acompañada de una mujer de piel oscura, que llevaba el pelo anaranjado remangado sobre la nuca, sentada en una silla de ruedas.

La inspectora fue hacia la agente Najem y la saludó con un efusivo apretón de manos.

—Bienvenida, Amal —dijo Mancini—. Ella es Amanda, mi esposa.

—Camelia me ha hablado muy bien de ti —sonrió.

Las tres entraron en una cafetería que tenía las paredes llenas de posters de las mejores películas del cine clásico. Tras ser atendidas por la camarera, tomaron asiento en una mesa situada al fondo del local.

—Me apetece hacer un poco de turismo —dijo Amal—. ¿Qué os parece pasar el día fuera y así me enseñáis la ciudad?

—Genial —respondió Camelia entusiasmada—. Amanda hará de guía, ella conoce todos los secretos que esconde Florencia, ¿no es así, preciosa?

—Mi trabajo como historiadora hace que conozca unos cuantos. —Amanda le dedicó una tierna sonrisa a su mujer.

Visitaron los lugares de la capital de la Toscana más emblemáticos como La Piazza del Duomo, el Ponte Vecchio, la Galería Uffizi y el Jardín de Boboli.

El cielo comenzaba a teñirse de tonos anaranjados, el astro rey dejaba paso a una luna majestuosa que iluminaba toda la ciudad.

—Ven mañana a comisaría —le sugirió Mancini—. Mis agentes se alegrarán de conocerte. Oliver Moritz y tú, sois los héroes de Italia.

—No lo hubiéramos conseguido sin vuestra ayuda.

Al llegar al piso donde vivían Camelia y Amanda, lo primero que hizo al entrar en la habitación fue llenarse la bañera de agua caliente y disfrutar de un baño relajante.



Al día siguiente se presentó en las instalaciones policiales, era un bloque moderno reformado hace cinco años. Tenía una entrada amplia rodeada de césped y claveles rojos por todas partes. El edificio contaba con dos plantas que se comunicaban con una única escalera y un ascensor situado al lado.

—Bienvenida —sonrió la inspectora—. ¿Te apetece un café? Por suerte hoy es un día bastante tranquilo.

—Sí, se agradecen tras todo lo que hemos pasado. Por cierto, Grettel confesó quienes estaban tras su retorcido plan.

Al dejar el vaso encima del escritorio, le llamó la atención una noticia, en ella decía que Angelo Paganini tocaría en Milán dentro de una semana.

CAPÍTULO 32

Angelo saboreaba un Spresso sentado en una terraza, cuando alguien se le acercó:

—Es una sorpresa encontrarte aquí.

—Fabrizio ha pasado mucho tiempo —dijo con la taza suspendida en el aire.

—Sí, después de lo sucedido en casa de Herman, me fui a Burdeos una temporada. Tengo trabajo como profesor de conservatorio y me he comprado un ático. Y bueno, parece que a ti tampoco te va mal. —Sonrió.

—Dentro de siete días tocaré en La Scala, en Milán —le respondió—. Será mi regreso a los escenarios.

—Me alegro, el mundo necesita tu talento. Durante este tiempo, no he dejado de pensar en ti. —Fabrizio

acarició de forma sutil la mano del violinista.

A él no le desagradó del todo aquel gesto y esbozó una sonrisa.

—Mi apartamento está a unos minutos de aquí. Podríamos continuar allí esta conversación.

No tardaron en llegar al edificio construido a principios del año dos mil. El portero reconoció a Angelo y le saludó con un efusivo apretón de manos.

Tras vender la casa de sus padres, obtuvo una suma de dinero bastante considerable. El piso estaba en pleno centro de Milán, la vivienda contaba con salón comedor, una cocina con barra americana, un dormitorio y una terraza amplia desde donde se podía ver la ciudad entera.

Al entrar, le indicó a Fabrizio que se pusiera cómodo, mientras él sacaba unas bebidas.

—¿Qué has hecho con la propiedad de Herman?

—Al quedarme viudo, la mitad de los bienes me pertenecían. Vendí la casa y me fui.

—Se te ve muy afectado —dijo el violinista con sarcasmo.

—Me casé con él con una única finalidad y ahora, por favor, no hablemos más del tema.

Angelo se fijó en los rizos negros que caían sobre el rostro de Fabrizio y en sus ojos verdes, se acercó a él y puso un dedo

sobre sus labios, haciendo que éste soltase un pequeño suspiro. Sin dejarle tiempo a pensar, le desabrochó la camisa y acarició sus pectorales definidos, mientras el violinista notaba como engrandecía su miembro dentro del pantalón.

—Será mejor que vayamos a la habitación —dijo con voz entrecortada.

Los dos acabaron desnudos y enredados en las sábanas de lino, acariciando cada parte del cuerpo y entregándose al placer hasta acabar extenuados.

—Hoy es el último día que estaré en Milán.

—No tienes por qué darme explicaciones. —Se puso a horcajadas sobre él y le silenció con un beso—. Podemos repetir siempre que quieras.



Solo faltaba una semana para volver a los escenarios, y aunque estaba más que acostumbrado a ellos, no dejaba de preguntarse cómo le recibiría el público después de tanto tiempo. Por una parte, anhelaba regresar a ellos, aunque también aprendió a apreciar la soledad y a no ser siempre el

centro de atención.



Amal disfrutaba de la ciudad con la inspectora Mancini y Amanda. De momento, no sentía necesidad de regresar a Viena.

—Pequeña, es un cambio muy grande, ¿estás segura? Dejas Austria y tu trabajo, con lo que te ha costado llegar hasta dónde estás —dijo al otro lado del teléfono.

—Papá, necesito ese cambio. La pierna me duele horrores por culpa de la prótesis y el clima helado de Viena no me ayuda mucho. Además, he aceptado un puesto vacante en una multinacional de exportación.

—Ser policía era tu sueño. ¿Qué te ha ocurrido?

—Y lo sigue siendo, es solo que necesito apartarme una temporada.

—De acuerdo, hija. Tu felicidad es lo que más me importa.

—Gracias, papá. Te volveré a llamar y cuando llegue a Jebail os enviaré fotos.

Amal siempre tuvo una relación especial con su padre, él era la única persona que sabía cómo estaba en cada momento y

estar alejada de él durante tanto tiempo, le iba a ser difícil. Sobre todo, porque desde que enviudó, su alegría se esfumó y por ese motivo, cuando se despidió de sus hermanos, les hizo prometer que estarían pendientes de él.

Quedó con sus amigas para comer en una pizzería, donde cocinaban las pizzas en horno de leña. Miró el móvil y leyó un WhatsApp de Amanda:

Paso a buscarte en diez minutos.

Iremos a por Camelia a comisaría,

Definió sus rizos con espuma moldeadora y se puso un pantalón de talle alto y un jersey con escote de pico color rosado que resaltaba su piel morena, después se maquilló con un poco de delineador y pintalabios rojo.

No pasó mucho tiempo, cuando oyó el claxon del sedán de Amanda. Tras comprobar que lo tenía todo en el bolso cerró la puerta.

—Estás muy guapa —le dijo Amanda nada más verla—. Te favorecen mucho los colores claros.

—Gracias, a ti se sienta genial ese vestido.

Amanda llevaba un vestido de corte Baby doll color verde oscuro, unas medias tupidas de color beige y botines

marrones a juego.

Tras recoger a la inspectora Mancini, fueron a un establecimiento situado en una callejuela muy poco transitada. El local era casi diminuto, tan sólo contaba con tres mesas cuadradas de madera y sillas de color rojo. Al fondo estaba la cocina y el horno donde el pizzaiolo cocinaba las pizzas.

Las tres se decidieron por una Margarita para compartir, una ensalada Caprese y un vino rosado.

—Cariño, tengo una sorpresa para ti. —Camelia sacó del bolso un sobre alargado de color marfil.

Amanda rasgó el papel y no pudo evitar soltar un pequeño grito al ver dos entradas para el concierto del violinista Angelo Paganini.

—¡Gracias, preciosa! —Se acercó a su mujer y la besó con ternura.

—Amal, también hay una entrada para ti —le dijo Mancini.

—Estaré encantada de acompañaros, será una buena forma de despedirme. Al día siguiente de la actuación sale mi vuelo.

Después de comer pasearon por el Mercado de San Ambrogio, mientras observaban los puestos de flores, alimentos frescos y antigüedades.

La hora del tan esperado concierto se acercaba, cientos de

periodistas esperaban cámara en mano, junto al teatro para immortalizar a los artistas. Las personas más influyentes de toda Europa habían acudido vestidos con sus mejores galas.

El edificio estaba rodeado de policías, que mantenían a los curiosos detrás de la zona acordonada. Tan solo faltaban unos minutos para que abrieran la puerta principal.

Camelia, su mujer y Amal se encontraban a primera fila cuando un desconocido se acercó a ellas y preguntó por la agente Najem.

—Soy yo —respondió Amal.

—Sígueme, por favor.

Antes de desaparecer por la puerta, les indicó a sus amigas que le guardasen el asiento.

—No te preocupes —le respondió Amanda—. Tenemos asientos reservados.

En el escenario, los músicos ensayaban bajo la batuta de Nazanin Aghakhani, una joven directora de orquesta. Cuando terminó el último ensayo, Almudena Rialto vio a Amal en una esquina y la estrechó entre sus brazos.

—Querida, me alegro mucho de verte —dijo la soprano.

—Yo también me alegro. Pensaba que te habías retirado.

—Esta será mi última actuación. —Sonrió y con un ademán de manos, llamó a los otros músicos.

Primero se acercó un hombre de ojos azules y barba muy blanca que iba vestido con smoking negro y corbata color burdeos.

—Me llamo Mihail, encantado de conocerla. —Le estrechó la mano con firmeza.

Una joven de cabello azabache y ojos rasgados se acercó con timidez. Tenía la voz suave y llevaba unos guantes de lana blancos.

—Un honor que esté con nosotros. Soy Rin Tanaka. —Se presentó.

—El honor es mío, me llamo Amal Najem.

Angelo dejó el violín encima de una silla y se acercó a ella.

—Veo que has conocido a mis compañeros y compañeras de profesión, te he reservado un sitio muy especial. —El músico la acompañó hasta el palco.

—Lo siento, no puedo aceptarlo. Tengo una butaca reservada con dos amigas.

—Me alegro de verte de nuevo, agente Najem —respondió—. Debo regresar a mi puesto.



El público tomó asiento en las butacas de terciopelo rojo. A los pocos segundos, en el teatro se escuchaban los murmullos del público asistente.

La directora subió al cajón ataviada con un traje negro, se volteó hacia los espectadores y acto seguido, tras un movimiento de su batuta comenzó el espectáculo. El escenario se quedó a oscuras, solo un foco iluminaba la figura de Angelo Paganini. El músico frotó el arco sobre el violín que descansaba en su hombro y comenzó a tocar. La música de aquella pieza le embriagaba e incluso bailaba al son de ella. Los demás artistas también se vieron extasiados por aquella conocida pieza y acompañaron al violinista.

El público aplaudía, Angelo sintió la ovación y el calor de éste. Cuando cesaron los aplausos, el violinista inclinó su cuerpo hacia delante de forma grácil y elegante a modo de saludo y desapareció de la tarima.

—Gracias por esta maravilla. Sin duda, me he despedido de los escenarios a lo más alto.

El violinista se giró al oír la voz de Almudena

Rialto, la mujer fue hacia él y le envolvió en un cálido abrazo.

—No tienes por qué agradecerme nada —dijo con una media sonrisa—. Si me disculpas, voy a visitar a un amigo.

Fabrizio estaba de pie en la entrada del teatro conversando con algunas personas, llevaba puesto un smoking blanco que realzaba su piel morena.

—Pensaba que habías vuelto a Francia —le dijo Angelo al acercarse.

—¿Y perderme tu regreso a los escenarios? —Dijo Fabrizio—. Además, tienes mucho que enseñarme de esta ciudad.

—¿Y por qué no te buscas un guía? Y ahora si me disculpas, tengo que volver con mis compañeros.

—A veces pareces idiota. —Fabrizio atrajo hacia sí al violinista y le calló con un beso—. Me gustas mucho, Angelo Paganini.

Al sentir el aliento cálido de Fabrizio sobre sus labios, sintió unas mariposas traviesas en la boca del estómago.

—Jamás me he comprometido con nadie.

—Siempre hay una primera vez—. Le guiñó un ojo.



Amal se reunió de nuevo con Amanda y Camelia, sus amigas estaban encantadas con el espectáculo.

—Esta es mi última noche en Italia. Os estoy muy agradecida y sin duda tenéis un lugar especial en mi corazón.

—Me vas a hacer llorar —dijo Camelia—. Eres una mujer excepcional y una buena amiga.

Amanda empujó la silla de ruedas hacia unas macetas grandes puestas a los lados de la acera y arrancó una margarita.

—Me encantan estas flores —le dijo emocionada—. Si la guardas entre las páginas de algún libro se secará y así cada vez que la mires, te acordarás de nosotras.

Amal sujetó la delicada flor con las manos y abrazó a sus amigas. Después se secó las lágrimas y la guardó en el bolso.

—Por favor, cuídate mucho —le dijo Mancini—. Sabes que cuentas con nosotras para lo que necesites.

—Y vosotras conmigo. Recordad que las puertas de mi casa están abiertas para vosotras.



A la mañana siguiente, volaba sobre Italia hacia su nuevo hogar. Tras unas horas de vuelo, el avión aterrizó en el aeropuerto Internacional Rafic Hariri. El calor agobiante la golpeó al salir a la calle y el sol le cegó los ojos al quitarse las gafas oscuras.

En la entrada había varios Uber aparcados en fila india, la mayoría de los conductores estaban apoyados sobre sus coches. Se acercó al primero de ellos y le pidió que le llevase hasta Biblos. El chófer asintió con la cabeza y le ayudó a cargar las maletas en el maletero.

El vehículo emprendió su rumbo, a aquellas horas la carretera estaba casi vacía, encendió la radio para escuchar las noticias, como solía hacer siempre. Amal sacó el Smartphone y marcó el número de su padre.

—Papá, soy yo, he aterrizado hace poco. Te volveré a llamar cuando esté instalada.

—Gracias por llamar, cielo. Tu hermano mayor me ha pedido que pase unos días con ellos, aunque no estoy muy convencido, ya sabes que sus hijos son muy pequeños y no hay mucha tranquilidad en esa casa.

—Te vendrá bien un poco de compañía. Desde que murió mamá, te hemos notado muy triste y estar con tus nietos te alegrará.

—La echo tanto de menos. —Su voz comenzó a temblar.

—Yo también la extraño mucho —musitó Amal.

—Lo sé, cielo, lo sé. Ella estaba muy orgullosa de ti.

—Te quiero, papá.

Guardó de nuevo el teléfono en el bolso y se fijó en los carteles que anunciaban la entrada a la ciudad.

—¿Has venido a visitar a la familia? —El conductor la miró a través del espejo retrovisor.

—Sí, se podría decir así. Regreso al hogar de mi infancia.

—Espero que te encuentres a gusto aquí. Yo vivo con mi esposa en Trípoli, ¿cómo te llamas? Me gusta dirigirme a mis pasajeros por su nombre.

—Amal, y ¿usted? ¿Tiene hijos? —le preguntó.

—Yo me llamo Said y tengo dos hijas que están estudiando en Beirut ¿Y tú tienes hijos?

—No, mi trabajo como policía me mantiene demasiado ocupada ¿Qué estudian?

—La mayor está preparándose para ser cirujana y

mi hija pequeña quiere ser profesora de matemáticas.

—Estoy segura de que tus hijas cumplirán sus metas.

—Sí, las dos son muy inteligentes y siempre han tenido claro sus objetivos. Bueno hemos llegado, ha sido un placer viajar contigo.

Amal sacó unos billetes de la cartera y los puso en la mano del taxista.

—Lo mismo digo, espero poder tener otra charla así de agradable.

—Si algún día vienes por Trípoli, mi mujer y yo estaremos encantados de invitarte a nuestro hogar.

Caminó por la calle amplia y larga, donde había varios negocios, alguna cafetería acogedora y árboles que proporcionaban una sombra agradable, conforme avanzaba, se dibujaron los recuerdos de cuando era niña e incluso le pareció escuchar las voces de sus hermanos mayores cuando jugaban a perseguirse, mientras su madre compraba en la frutería de abajo del edificio. Se paró frente al local donde tantas veces habían ido y aunque estaba con la persiana bajada y un cartel de se vende, le pareció escuchar la voz aguda del señor Ibrahim y el aroma a fruta fresca que emanaba de la tienda.

Al entrar en su antiguo apartamento, el olor y el polvo acumulado durante años, le provocó una tos molesta y varios

estornudos. Los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas, incluso el viejo e inservible televisor. Conforme recorría la vivienda, recordaba con claridad los buenos momentos allí vividos. Entró en la que fue su habitación situada frente al cuarto de sus hermanos, en la cama vio un perro de peluche marrón con dos botones por ojos que su madre le cosió cuando se acercó a ella llorando y le dijo que su peluche no podría ver, entonces le besó la frente y le dijo que no se preocupara, cogió hilo y unos botones del costurero y a los pocos segundos, su juguete preferido volvía a tener ojos e incluso más bonitos. Apretó el juguete contra su pecho, mientras dos lágrimas surcaban su rostro al recordar algo tan bonito. Debajo de la ventana había un escritorio blanco y una silla del mismo color, miró en el cajón y para su sorpresa, todavía estaban los dibujos que hacía después de salir del colegio, al llegar, se sentaba con sus lápices de colores y pintaba pájaros coloridos y árboles, sobre la parte superior de la cama, se encontraba una balda llena de libros infantiles. Atravesó el pasillo largo y estrecho para ir a la cocina donde tantas veces se preparaba baklawa los días especiales, olió el aroma a agua de azahar y le pareció oír la voz de su padre tarareando una conocida canción, mientras la alzaba al vuelo y bailaba con ella, era

bastante grande y luminosa, con armarios en las paredes y una nevera medio oxidada al lado del fregadero, en la encimera había una capa de polvo y suciedad acumulada por los años. Se fijó en los azulejos blancos con una bodega de frutas dibujada en algunos de ellos. Al lado de la puerta, oteó que había colgada una cesta de tela con la que solían ir al mercado en busca de productos frescos. Comprobó si la encimera de gas funcionaba, y como era de esperar, no hizo ninguna reacción. Fue al cuarto de aseo, que contaba con un bidé al lado de la taza del váter, una pila mediana al lado de la bañera y un armario estrecho donde guardar las toallas y los jabones, abrió un grifo y salió el agua a presión de color rojizo, aunque poco a poco fue recuperando su habitual tono.

Las paredes del piso eran de color gris claro, menos los dormitorios que estaban pintados de azul celeste, fue al cuarto principal y se acercó al tocador de su madre, donde cada noche antes de dormir cepillaba su cabello largo hasta la cintura, encima de las mesitas estaban puestas dos lámparas de porcelana con forma de tulipán, abrió uno de los cajones y se emocionó al ver un retrato de boda de sus progenitores. Fue al salón y apartó las cortinas de encaje amarillentas de las puertas acristaladas que daban al balcón, destapó los muebles muy bien conservados y se desplomó en el sofá.

El viaje la había dejado agotada y en su nuevo hogar

quedaba mucho por hacer, lo primero sería arreglar la cocina y la caldera de agua.

La vivienda fue adquirida un año después de que naciera su hermano mayor y vivieron allí hasta que a su madre le salió una oportunidad en el principal hospital de Viena.

Se cambió de ropa y fue a explorar la ciudad que la había visto crecer. Tras un rato paseando el hambre empezó a asomarse, así que entró en un establecimiento donde ofrecían comida típica. Tomó asiento en una mesa situada al lado de la ventana, el camarero se acercó a ella y le entregó la carta de menús y desapareció para aparecer de nuevo con una agenda para tomar comandas.

—¿Se ha decidido ya, señora? Le recomiendo que pruebe nuestra *mezze*.

—¿No será mucho para una sola persona?

—No se preocupe, tenemos raciones más reducidas.

—Entonces, de acuerdo y para beber, me gustaría tomar una copa de vino blanco, por favor.

Cuando terminó de comer, pagó e incluso dejó una buena propina. Salió del establecimiento y como aún era pronto, dedicó toda la tarde a explorar la ciudad para perderse por sus rincones más emblemáticos.

Tras cenar un shawarma de pollo con salsa de yogur en un local cercano, regresó a su piso y no tardó en meterse en la cama, al día siguiente tenía que presentarse temprano en el edificio de oficinas donde iba a trabajar. Desde Viena le hicieron una entrevista telemática y a los pocos días le informaron de que había sido seleccionada para el puesto de directora de marketing.

La empresa se dedicaba a la exportación de productos gastronómicos y artesanales en Europa, en especial en Alemania, por lo tanto, buscaban a una persona que hablase alemán con fluidez.

Se presentó en el despacho de su superior vestida con un traje de chaqueta negro a rayas verticales, una blusa blanca y mocasines negros que le proporcionaban un aspecto serio y profesional llevaba el pelo recogido en un moño y un maquillaje tenue que realzaba sus ojos almendrados.

—Adelante, tome asiento, señorita Najem.

Tras explicarle las funciones que debía realizar la acompañó al que iba a ser su despacho. Las paredes de la oficina eran de cristal para darle un aspecto cálido y acogedor, el escritorio de madera oscura se hallaba en medio, frente a él estaba la silla de cuero negro con el respaldo alto y reposabrazos acolchados.

—Espero que se encuentre a gusto en la empresa, señorita Najem —le dijo la jefa de personal.

CAPÍTULO 33

Oliver Moritz caminaba hacia el edificio donde acudía todos los miércoles a la terapia que le ayudaba con sus problemas de alcoholismo, tras varias recaídas decidió pedir ayuda y aunque al principio le costó abrirse a su nueva terapeuta y ahondar en sus propio miedos, algo que al principio le resultaba muy difícil e incluso pensó en abandonar las sesiones con su psicóloga. Sin embargo conforme pasaba el tiempo, aquello le ayudó a sobrellevar el dolor de la pérdida de su prometida y comprendió que el pasado no se puede cambiar, a la vez que su alma se liberaba del dolor y de un demonio llamado alcoholismo que se debilitaba cada vez más. Por primera vez en mucho tiempo, le sonrió a un presente y un futuro lleno de nuevas oportunidades.

En cuanto al trabajo todo seguía como siempre, extrañaba mucho a Amal y en los últimos días no dejaba de pensar en ella de una forma especial, aunque quizás siempre lo hizo y hasta ahora no lo admitió. Extrañaba aquellas charlas infinitas mientras paseaban por Karntnertrasse, su risa, cada vez que le contaba alguno de los chistes malos, su eterno apoyo en los momentos más oscuros. Ahora ella estaba a miles de kilómetros y aunque cada día hablaban, él notaba cada vez más su ausencia.

Una mañana se presentó en el despacho del comisario para pedirle una excedencia. Su jefe refunfuñó unas palabras, mientras Oliver aguardaba a que le concediera el permiso.

—Vamos, Hans —dijo Moritz—. Así me pierdes de vista durante una buena temporada.

—¡Maldita sea! Hay crímenes todos los días y nuestro deber es velar por nuestros ciudadanos y ciudadanas. —Se levantó de la silla como un resorte.

—La semana anterior ingresaron en el cuerpo cuatro agentes. Hay suficientes policías, comisario —le respondió.

—No me fío de esos novatos Moritz, necesitan a alguien con experiencia y había pensado en ti. Toma lee esto. —Puso unos papeles encima de la mesa.

Tras leerlo, miró al comisario jefe y volvió a dejar los documentos sobre el escritorio.

—Oliver me parece un tipo insoportable, aunque debo admitir que estás muy cualificado para el puesto de subinspector —se sinceró el comisario.

—No sé qué decir... —Su voz era casi un susurro.

—No tienes que decidir nada todavía.

Estaba a punto de cruzar la puerta, cuando la voz de Hans le hizo detenerse.

—¡Eh! Ve a por ella y llévale un ramo de flores. Hazlo bonito.

—No sé a qué te refieres —dijo Oliver extrañado.

El comisario soltó una sonora carcajada haciendo que la papada subiera y bajara a su antojo.

—Todo el mundo sabe que te mueres por sus huesos. Y ahora, desaparece de mi vista.

Moritz sonrió y fue hasta el Volkswagen que tenía aparcado en el parking, puso el motor en marcha y tomó rumbo hacia el aeropuerto.



Demetrio paseaba por el jardín de la abadía de

Nonnberg, el aire fresco le acariciaba el rostro, se extrañó de que la madre superiora no llegaba para acompañarle en su paseo matutino como solía hacer siempre.

«Quizás tenga que atender algunas cuestiones».

Llegó hasta la zona dedicada al huerto, en aquel rincón se plantaban algunas verduras y hortalizas, recolectó algunas de ellas y se las llevó a la monja encargada de la cocina.

—Gracias, con esto prepararé un buen estofado.

Demetrio le devolvió la sonrisa y subió a la planta de arriba donde Anne tenía su despacho. Llamó a la puerta varias veces, sin obtener respuesta alguna.

—Anne, soy yo. ¿Puedo pasar? —Insistió varias veces.

Aquel silencio no le gustaba, así que abrió de golpe y se encontró a la mujer tendida boca arriba en el suelo.

—¡Anne! Por todos los santos. ¿Estás bien? —Apoyó su cabeza sobre las rodillas.

Abrió los ojos y comenzó a balbucear unas palabras en voz baja. Demetrio acercó el oído a la boca de su amiga para escucharla.

—Se la han llevado. —Señaló hacia el escritorio que estaba bajo la ventana.

El hombre se levantó del suelo y se precipitó hacia la mesa y vio que la sonata no estaba allí.

—¡Nooo! —Profirió un alarido desgarrador.

Se acercó de nuevo hacia ella y recostó su cuerpo debilitado sobre la pared.

—Te pondrás bien, aguanta. Voy a pedir ayuda.

—No, mi querido amigo, no voy a vivir mucho tiempo. Escúchame, te lo ruego.

—Tranquila, no hables ahora.

—Debo decirte algo muy importante. Yo misma he ingerido el veneno.

—¿Por qué lo has hecho?

—Soy demasiado vieja, estoy agotada para soportar un futuro incierto. Han conseguido entrar aquí y llevarse la partitura. Sabes demasiado bien qué ocurrirá. Aguardarán el momento perfecto para llevar a cabo su plan maquiavélico. No hay esperanza.

Su rostro se volvió azulado y las convulsiones eran cada vez más fuertes, hasta que exhaló su último aliento sobre las rodillas de Demetrio.

—Descansa en paz, Anne. —Le cerró los ojos y salió para siempre del convento.

Depositó el cuerpo sin vida de su querida Anne con los ojos humedecidos por las lágrimas en el frío suelo. Fue hasta su cuarto y puso las pocas pertenencias que tenía en una pequeña bolsa de viaje, para vivir apartado del mundo

en una casa de madera en los Alpes. Pronto se acostumbró a la soledad de aquel paraje y a dormir bajo el cielo estrellado con la única compañía de un retrato de su mujer y de su hijo sobre la mesita.



Al descubrir el cadáver de la madre superiora, las religiosas confesaron a la policía entre lágrimas haber visto la figura de una mujer encararse hacia el despacho principal de la abadesa.

Muchas horas antes de que Sor Gertrudis abriera la puerta y se encontrase con la abadesa tendida en el suelo, una desconocida oculta tras un pasamontaña subió con mucho sigilo hasta la última planta y abrió la puerta de la única habitación de aquella zona.

—Al fin has venido, Grettel. —La mujer estaba de espaldas a ella.

—¿Acaso pensabas que habíais vencido? Solo os dimos un poco de ventaja y ahora dime donde está o te mataré con mis propias manos.

La religiosa sacó del bolsillo del hábito una botellita de vidrio que contenía un líquido transparente y se lo bebió de un

solo trago.

—Es cianuro, me matará en unas horas —le respondió—. Jamás te diré dónde está.

—¡Maldita vieja! —La abofeteó.

Grettel revolió los cajones de los estantes, la partitura no estaba allí. Se giró enfurecida hacia la anciana y vio dibujada una sonrisa de satisfacción en el rostro de ella.

—Aparta de ahí. —La mujer chocó contra el suelo a causa del impacto.

Abrió el cajón donde estaba oculta la sonata, tiró al suelo los documentos y papeles que durante años se fueron guardando.

—Aquí está lo que se nos fue arrebatado —dijo con la partitura en su poder.

El veneno comenzaba a hacer efecto. El corazón de Anne se aceleraba, sentía la piel fría y las manos comenzaron a temblarle.

Grettel se perdió por unas enrevesadas callejuelas asegurándose de que nadie la había seguido y entró en el edificio abandonado.

—Señor, aquí está. El poder es nuestro.

—¿Nuestro? —Rio a carcajadas—. No te

equivoques, pequeña zorra.

—¡He arriesgado mi propia vida e incluso he asesinado a mi padre y a mi hermana por ti!

El hombre fijó sus ojos fríos e inexpresivos en ella y por un momento, Grettel Braun se estremeció de miedo.

—Me has sido muy útil, no obstante, todo tiene su final y, a decir verdad, no te soporto ¡Schwartz, encárgate de ella!

Al escuchar ese nombre un escalofrío recorrió todo su cuerpo, conocía demasiado bien los métodos de aquel tarado.

—Por favor, te lo ruego. Siento haberte faltado el respeto —suplicó.

Karl Schwartz que esperaba de pie junto a la puerta, la cogió del brazo y desapareció con ella por un pasadizo oscuro.

No pasó mucho tiempo, cuando comenzaron a oírse sus súplicas. Tobías subió el volumen del altavoz para silenciar aquellos gritos. La música inundó su pequeña oficina, se recostó en el sillón con las manos sobre la cabeza y cerró los ojos complacido.

Mientras la hija del canciller suplicaba su propia muerte, Oliver Moritz aterrizó en el aeropuerto libanés. El Uber que contrató al reservar el billete de avión, le esperaba a la puerta. El conductor, un hombre vestido con un elegante traje negro, le ayudó a cargar la maleta y encendió el motor.

—¿De vacaciones? —preguntó el taxista.

—Sí, he venido hasta aquí por una persona muy especial —dijo Oliver.

Se dio cuenta de que estaba enamorado de Amal cuando casi estuvo a punto de perderla en la Mansión de los tres picos o quizás, lo estuvo desde que se conocieron y no se dio cuenta hasta ese fatídico momento.

La ropa se le adhería al cuerpo por culpa de la humedad, notaba las gotitas de sudor caerle por el rostro, se pasó un pañuelo por la frente y dio un trago de agua fresca de la botella que compró en el Duty free.

El coche entró en la ciudad conocida por sus restos arqueológicos fenicios. Moritz observaba todo a su alrededor, se adentraron en una avenida amplia con árboles a los lados de las aceras. El taxista puso las luces de emergencia y bajó para ayudarle con el equipaje.

—No se preocupe —le dijo con amabilidad—. No hay mucho que cargar.

—Es la costumbre —respondió el hombre—. Aquí tiene, espero que tenga suerte con esa persona.

Oliver le dio una buena propina y vio cómo se alejaba. Volvió a mirar de nuevo la dirección anotada en un trozo de papel. En ese momento, unos vecinos salían del

inmueble por lo que aprovechó para entrar y cuando estuvo delante de la vivienda de ella, contó hasta diez y llamó al timbre.

—¡Un momento! ¿Quién es? —Reconoció su voz al instante y le invadió una especie de cosquilleo.

Al abrir la puerta, se llevó una enorme sorpresa al ver a su compañero de pie frente a ella.

—Oliver, ¿qué haces tú aquí?

Le invitó a sentarse en el salón y preparó dos tazas de café para ambos.

—Y bien ¿Me vas a contar cómo me has encontrado?

—Tu padre me dio la dirección —le respondió—. Así que compré un billete y bueno, aquí me tienes.

—Me la podrías haber pedido a mí, hablamos casi todos los días. —Cogió un cojín y se lo lanzó entre risas.

Hablaron durante casi toda la tarde, Oliver le contó que le habían ascendido a subinspector y que el comisario pensaba en concederle a ella el puesto de inspectora.

—No puedo aceptarlo, todavía no quiero volver.

—Tranquila, recuerda que tienes una excedencia ¿Cómo te va por aquí?

Amal sirvió otra taza de café para su compañero y otra para él.

—Estoy trabajando para una multinacional como directora

de marketing en exportación e importación. Oye, deja de dar rodeos y dime que haces aquí.

—Amal, hay algo que necesito decirte. —Conforme se acercaba a ella, sentía latir su corazón con más fuerza.

—Creo que no hacen falta palabras. —Su voz se convirtió en un susurro y ambos juntaron sus bocas en un beso anhelado durante mucho tiempo.

—Me di cuenta de que quiero pasar el resto de mi vida contigo cuando estuve a punto de perderte. —Oliver entrelazó sus manos con las suyas.

La chica esbozó una sonrisa, a decir verdad, ella también sentía lo mismo, aunque siempre negó aquel sentimiento que iba creciendo dentro de ella, por temor a perder su bonita amistad.

—¿Cómo lo vamos a hacer? Tú estás en Austria y yo no tengo intención de volver ahora.

—He pedido una excedencia en el trabajo, tenemos mucho tiempo para nosotros.



Angelo Paganini volvió a actuar en los mejores escenarios e incluso le entrevistaban en las cadenas más mediáticas de televisión.

—No puedo seguir este ritmo —dijo Fabrizio mientras desayunaban en la terraza de un hotel en Suiza—. Me ha costado mucho esfuerzo obtener la plaza de profesor y no quiero perderla.

El violinista se echó el cabello hacia atrás, sabía que ese momento iba a ocurrir. A Fabrizio no le gustaba esa vida de hoteles y aunque deseaba más que nunca estar con él, no podía ser egoísta.

—Lo sé —dijo con un hilo de voz—. No pretendo que aceptes mi estilo de vida.

—Angelo no quiero renunciar a lo nuestro, ni tampoco que dejes los escenarios, porque si por mi culpa rechazaras a lo que más te gusta, no me lo perdonaría nunca.

—¿Cuándo piensas volver a Burdeos? —Fijó su mirada con la de Fabrizio, le encantaba perderse en sus ojos color esmeralda.

—Quizás dentro de un tiempo. Me han llamado de dirección que necesitan que regrese.



Meses más tarde se despidieron con la certeza de que

pasaría mucho tiempo hasta estar juntos de nuevo. Al día siguiente de su llegada a Burdeos, fue al conservatorio y siguió su vida de siempre.

Angelo ofrecía conciertos por toda Europa y Asia, sin embargo, al entrar en la habitación donde se alojaba tras cada actuación se sentía muy solo. Extrañaba la risa de Fabrizio, quedarse hasta altas horas de madrugada hablando y despertar desnudos y abrazados.

Eran casi las dos de la mañana y no conseguía conciliar el sueño, miraba una y otra vez el número de él y dudaba si llamarle o no, hasta que al final le pudo la debilidad y pulsó el botón de llamada.

—Cielo, es muy tarde —dijo Fabrizio con voz somnolienta.

—Lo sé, no puedo dormir. Te extraño demasiado.

—Y yo a ti, más de lo que te imaginas.

—Te dije que no pienso renunciar a ti. Habrá alguna forma. Te quiero Fabrizio.

Una corriente eléctrica recorrió su espina dorsal, había esperado tanto tiempo para escuchar esas palabras.

—Yo también siento lo mismo por ti —respondió al otro lado del aparato.



Tobías abrió con manos temblorosas el documento que Grettel consiguió sustraer del convento. Al fin, tras mucho tiempo volvía a estar en su poder. Salió del edificio con la sonata metida en el bolsillo del abrigo y fue a visitar a un viejo conocido.

—Adelante, te estaba esperando.

—¿Qué piensas hacer? —Le entregó la partitura.

El hombre alargó la mano para coger el papel con una sonrisa cínica dibujada en su rostro, después se levantó y guardó la melodía en una caja fuerte.

—Esperar nuestro momento, mi querido amigo.

El tan ansiado momento había llegado, se reunieron de nuevo en su lugar secreto, el mismo donde Dante y Adrienna Paganini hallaron la muerte. Al fin lograron aquello por lo que tanto lucharon. Ahora tenían el dominio absoluto, eran auténticos dioses jugando con vidas humanas como si se trataran de marionetas. Los gobiernos de todas las naciones les suplicarían desesperados un antídoto para evitar más muertes y estarían dispuestos a pagar cualquier precio, incluso a hacer unos cuantos sacrificios.

¿FIN?

